

Hans Steffen

Contribución a la historia del descubrimiento y la exploración de las cordilleras sudamericanas.

CAPÍTULO I

LAS MAS ANTIGUAS EXPLORACIONES EN LA COR- DILLERA EN SUS EXTREMOS BOREAL Y AUSTRAL

El hecho de que Colón y sus inmediatos sucesores hayan debelado el continente sudamericano, primero en su costa norte, ha tenido como consecuencia que desde allí se esparciera la noticia de la existencia de una elevada cadena de montañas, cuyas ramificaciones alcanzan hasta el mar.

El conocido piloto y cartógrafo Juan de la Cosa acompañó en el año 1499 a una expedición de Alonso de Ojeda, la que navegó en el mar Caribe en dirección al W., hasta el cabo de Vela (en la península de Coajira) y en su carta, aparecida un año después, fijó el monte Santa Eufemia como el punto más alejado de la expedición, el que quizás pueda ser identificado con la Sierra Nevada de Santa Marta. (a) La carta de Cantino, de dos años después, cuyas denominaciones posiblemente se deriven de las empleadas por Vespuccio en el mismo viaje, presenta la observación en un punto de la costa más oriental de *montanbis albissima*, expresión que se repite como montañas altísimas en la carta de CANERIO, en la lámina *Terrae Novae* de la edición Ptolomeo de Estrasburgo de 1513, en la de Schoener de 1515, en la de Waldseemüller y otras (b).

Los descubrimientos fueron continuados por Rodrigo de

Bastidas, en cuyo viaje (1500 - 1502) volvió a formar parte el piloto La Cosa. Avanzando hacia el W. del cabo de la Vela los expedicionarios alcanzaron la costa de la provincia de Citarma o Saturma, designándola también como tierra nevada, detrás de la que se yerguen los montes de Santa Marta coronados por nieves eternas, y uno de los miembros de la comisión de Bastidas permaneció más de un año en esta provincia, donde aprendió la lengua de los aborígenes.

Aquí los navegantes españoles, ya en los primeros años del siglo XVI, se habituaron con la existencia de una cadena de montañas nevadas en la zona tropical del Nuevo Mundo. La noticia de este descubrimiento muy pronto encuentra eco en las publicaciones de los autores contemporáneos (c). También la primera representación geográfica completa que abarca los parajes recién descubiertos de la América, la *Suma de Geographia* de Fernandez DE ENCISO, que podía jactarse de personal conocimiento de ese tramo de costa, presenta un párrafo respecto a la montaña nevada de Santa Marta: «las sierras nevadas comienzan en Santa Marta. . . . é lo que parece encima blanco como nieve, é de allí van fasta de en par de Venezuela, é de allí van hacia á la tierra de adentro, no se sabe adonde, porque no es ganada la tierra, ni las Indios dan dello más razon de que van muy lejos.» (d) Por el año de 1519, en el que se imprimió la obra de Enciso, no se había avanzado en la convicción de que la elevada cadena de montañas que se divisaba desde la costa de Venezuela se extendía hasta muy adentro de las tierras.

Tan sólo en el cuarto decenio del siglo XVI se tuvo noticias del interior del país en la región comprendida entre la costa y el curso inferior y mediano del Orinoco, como consecuencia de expediciones guerreras a las que están ligados los nombres de Diego Ordaz, Alonso y Gerónimo Ortal (1531 - 36). El Cronista Mayor de Indias, OVIEDO Y VALDÉS, presenta relaciones detalladas en su *Historia General y Natural de las Indias* en la que encontramos la representación más antigua basada en reconocimientos efectivos de un tramo de la cordillera, a saber, de la región costera de Venezuela.

La cadena de montañas está dibujada como un muro montañoso que avanza hacia el mar y del que fluyen numerosos ríos, cuyos nombres son los comúnmente empleados hoy (Guarico, Tisnados, Pao, Tinaco, etc.) y que afluyen hacia la gran arteria recolectora del Guayapari u Orinoco. A lo largo

del litoral se observa la inscripción, «Cordillera o costa de Tierra Firme». El empleo del término cordillera nos indica que en la América española desde el principio no significaba un cordón de elevadas montañas.

Una segunda carta de Oviedo, que representa el lago Maracaibo y región vecina hacia el oeste y sur, ha sido diseñada con el propósito de ilustrar su relación de la aventurera expedición del capitán alemán Ambrosius Alfinger, emprendida para encontrar la región del Dorado. (1531 - 33) (e). La expedición partió desde el lugar de Maracaibo, primero hacia el noroeste, luego siguió por el valle de Upar, entre la Sierra Nevada y la Sierra de Perijá, en dirección al sur, hacia las llanuras en el río César y Magdalena, más tarde retrocedió al oriente por la montaña, rodeando el lago Maracaibo. La denominación de «Cordillera» no aparece en esta carta, pero en cambio se han trazado dos poderosos cordones de montañas, separadas entre sí, la Sierra Nevada y la Sierra de los Bures. Esta última, que contornea el lago Maracaibo a alguna distancia hacia el W. y S., corresponde aproximadamente a la cordillera de Mérida actual, con sus ramificaciones la Sierra de Perijá, aunque las direcciones orográficas de la carta no correspondan exactamente a la realidad.

Como fecha de publicación de las dos cartas mencionadas de Oviedo se indica comúnmente el año 1532, (g) pero en lo que se refiere a la carta del lago Maracaibo demostró R. Schuller (h) que cuando más puede haber sido publicada a fines de 1533 o a principios de 1534 y posiblemente ha sido diseñada aún después de 1536.

* * *

La introducción de antojadizas cadenas de montañas, que probablemente no hayan tenido más objeto que llenar espacios vacíos en las cartas, para lo cual no se disponía de original alguno, la encontramos a menudo en las más antiguas representaciones del hemisferio austral del Nuevo Mundo. Como ejemplo típico puede considerarse la carta esférica de Johan Schoener de 1520, en la que la leyenda *Ultra incognita permansit* cubre el frente occidental del continente, en su mayor parte desconocido, por una poderosa cadena de montañas de gran extensión.

En la misma forma deben ser evaluados los dibujos de

las montañas que aparecen en la carta de Bernardus Sylvanius de la edición Ptolemeo de 1511, en el así llamado globo de Lennox de 1510 - 1512, en la carta mundial de Francisco Monachus (1526) en el globo áureo parisiense de 1528 y otras más.

Es cierto que no se debe olvidar que quizás ya a los primeros descubridores de la costa brasilera, en especial a los de las bocas del Amazonas, y quizás también durante los viajes a lo largo de la costa boreal, hayan obtenido noticias vagas de parte de los aborígenes con respecto a la existencia de un elevado cordón de montañas en los confines del W. o SW. respectivamente. Así el curioso volante *Neue Zeytung aus Presillg Landt* que probablemente reproduzca las exploraciones de una expedición portuguesa en el primer decenio del siglo XVI, relata: «Tierra adentro existen grandes montañas. Dicen que en algunas partes jamás pierden las nieves como lo han dado a saber los aborígenes.» (i)

Cuando Pedrarias Dávila, en su viaje a Darién en Julio de 1541, navegó a lo largo de la costa norte, escuchó, como lo relata Martyr, que el gran río Marañón tiene su origen en montañas nevadas, de las que nacen muchos otros ríos que afluyen hacia esta gran arteria colectora. Harrisse, que llamó la atención hacia este párrafo, explica así el hecho que el Amazonas figure como un río que nace en el interior del continente, en los Andes, ya treinta años antes de su primer recorrido por Orellana. (j)

Igual interpretación debe adoptarse cuando se observa en algunas cartas cadenas de montañas que corresponderían a los Andes Perú - bolivianos, ya mucho tiempo antes que fueran descubiertos por europeos. Si se contempla la carta de la América del Sur, como por ejemplo, en el Mapa - mundi de Weimar de 1527, el de Orontius Finaeus, del año 1531, o la carta del Nuevo Mundo pertinente al *Libridelle Indie* de RAMUSIO, se llega a la conclusión de que las montañas han sido dibujadas como líneas divisorias de aguas para los grandes sistemas fluviales en cuyos orígenes afectan un marco en forma de corona.

* * *

El sitio donde los navegantes europeos divisaron por primera vez las montañas del frente occidental de la América del

Sur y desde muy cerca se encuentra en el extremo sur del continente.

Cuando Magallanes y sus acompañantes, en Noviembre de 1520, durante la primera travesía, pasaron el canal marítimo denominado hoy con el nombre del jefe de la expedición, y cuando se aproximaron a la parte donde dobla, llamada hoy Cabo Froward, divisaron los montes, cubiertos de bosques vírgenes, y sus cumbres de nieves persistentes y de ventisqueros, de la cordillera patagónica. «Sierras muy altas y nevadas y con mucho arbolado» (*k*) a cuyo pie fondearon más tarde en un reducido puerto, donde como lo dice Pigafetta, desemboca un río formado por los derrames de los campos de nieve de los faldeos de las alturas.

En relación con este hecho se nos presentan noticias respecto a la exploración y ascensión supuesta de un monte cerca de la costa, en forma de campana, que en recuerdo de uno de los expedicionarios fué denominado «Campana de Roldán». La ubicación de este monte, centinela de la cordillera austral, como también de los demás citados en la expedición de Magallanes, tropieza con dificultades. En consecuencia me remito al razonamiento del acápite que sigue.

* * *

La expedición de Magallanes en su viaje por el tramo occidental del Estrecho ha reconocido por lo tanto la naturaleza de aquellas cordilleras como montañas boscosas coronadas por numerosas cumbres nevadas. Respecto de su extensión hacia el norte pudieron formarse juicio una vez alcanzado el océano libre.

El diario de bitácora de Francisco Albo anota el rumbo de las naves, en el tramo que entra en consideración en la siguiente forma: «y del dicho cabo Feroso (se refiere al actual cabo Pilar, en el extremo NW. de la isla Desolación) después fuimos al noroeste y al norte y al nornordeste y por este camino fuimos dos días y tres noches y a la mañana vimos tierra, unos pedazos como mogotes y corre norte - sur (así corre la costa del Mar del Sur) lejos del Cabo Feroso obra de 55 leguas y esta tierra vemos el primer día de Diciembre..... y el primer día de Diciembre que estábamos en derecha della (de la tierra) está en altura de 48° S.»

Las presentes indicaciones, por desgracia, no permiten

establecer el punto preciso en el cual la expedición pudo contemplar los montes de la cordillera costera de la Patagonia occidental. Desde luego la indicación de la latitud (48°) y la distancia a Cabo Fermoso no es posible armonizarlas. Si se traza desde el Cabo Pilar un rumbo paralelo a la configuración exterior de las islas en la expresada distancia de cincuenta y cinco leguas, más o menos trescientos kilómetros (*m*), se llega, cuando más, a una latitud de $49^{\circ} 50'$, o sea un poco más al norte del canal Trinidad, o sea que se arriba a un punto casi dos grados más al sur del que arroja el diario para el 1.º de Diciembre. Por otra parte, los datos de latitud dados por Albo fallan en exactitud. Así, por ejemplo, coloca el Cabo Vírgenes a la entrada oriental en 52° de latitud sur y el Cabo Fermoso de la entrada occidental en los mismos 52° , luego al primero asigna una latitud menor en $20'$ y al segundo en $43'$.

Para la fijación del punto alcanzado el 1.º de Diciembre en 48° encontramos una corroboración en el mapa - mundi de Turín de 1523, para cuyas coordenadas el propio Albo (*n*) posiblemente haya suministrado los datos. La costa occidental patagónica, para la cual no existían más datos que los de la expedición de Magallanes, está trazada hasta los 48° exactos, donde presenta dos pequeños islotes con la denominación de «tierra de Diciembre». En la continuación hacia el norte, hasta más o menos $4^{\circ} 30' N.$, no hay indicios de un diseño de costa. En vano se busca esta «tierra de Diciembre» en las cartas posteriores y que no cabe duda deriva del descubrimiento de Magallanes del 1.º de Diciembre de 1520. (*n*)

Parece por consiguiente inútil pretender establecer con precisión los «mogotes» o «trozos de tierra», mencionados en el diario de Albo. Los islotes de los Evangelistas, en la salida NW. de la boca occidental, con los que pretende identificarlos R. Guerrero Vergara (*o*) no entran en consideración porque se encuentran demasiado al sur (en $52^{\circ} 25' S.$). La expresión «pedazos con mogotes» (*p*) indica montes aislados de bastante elevación, que se presentan en gran número en los contornos de las islas de la Patagonia occidental, y en general de altura tal que permite divisarlos desde gran distancia, como la de veinte leguas, en la que se encontraban las naves en conformidad a las anotaciones del diario. (*q*) Completamente errada es la opinión de Denucé (*r*) según la que la tierra avistada el 1.º de Diciembre era constituida por una serie de dunas.

Más importante que la identificación de los dos mogotes, lo es el establecer el hecho de que la expedición de Magallanes, como se deduce del párrafo considerado, logró establecer la dirección norte - sur de la faja de tierras, haya estado en 48° (si se le asigna mayor valor a las cincuenta y cinco leguas desde el Cabo Pilar) o sea que se encuentra en los 50° S. (s).

Hasta dónde han tenido a la vista la costa durante la prosecución de su viaje hacia el norte no resulta esclarecido por los datos de Albo, la menciona una segunda vez el dos de Diciembre: «A los dos días de Diciembre..... estábamos en 47° y un cuarto, y este día nos hallamos tanto avante como está toda esta tierra en la misma altura. (t) Si se traza el rumbo de la expedición, de acuerdo con el diario después de los 48°, llegamos más o menos a la siguiente situación. A la altura del golfo de Penas y frente a Tres Montes el rumbo se aparta bastante de las tierras y a la altura de los Chonos está ya en mar abierta, donde el 5 de Diciembre en 44° 15' S. alcanza el meridiano del ochenta W. Después el rumbo cambia y se viene acercando nuevamente a la costa mientras más al norte va alcanzando, hasta que el 13 de Diciembre se encuentra por los 40° de latitud Sur, nada más que a unas veinte millas de Cabo Galera, al sur del puerto de Corral. Continúa ahora más o menos hasta los 36° 30' con rumbo aproximado N., que debe haber conducido por fuera de la isla Mocha, pero la distancia a la costa de Arauco no debe haber excedido de treinta millas. En los 36° 30' el rumbo es enderezado claramente al NNW. (u) y se aleja ahora bastante de tierra. (v)

J. Denucé y J. T. Medina (w) suponen que durante el lapso de tiempo del 1.º al 16 de Diciembre no han perdido de vista la costa; sin embargo, se podría sostener que la expedición ha tenido suficiente contacto con la tierra para reconocer con seguridad su continuidad en dirección norte sur. Que Magallanes, precisamente a los 36° 30', ha enderezado definitivamente rumbo al NW., probablemente no sea casualidad sino consecuencia de que la costa chilena en esta latitud asume una dirección NNE. por unos tres grados de extensión, la que Magallanes no ha tenido deseo de seguir porque lo apartaba demasiado de su objeto fijado, las Molucas. (x)

En realidad habría sido posible que Magallanes y sus acompañantes, en condiciones de tiempo bonancibles, no tan sólo hayan logrado divisar la línea más oscura de la costa

patagónica occidental y austral de Chile, sino que además, por encima de ella, uno que otro de los picos nevados de las cordilleras. En verdad que semejante aspecto se les ha podido presentar desde diferentes puntos a las alturas de Chiloé, desde la ruta frecuentada hoy por los vapores transatlánticos, pero la tradición nada nos descubre y trascurren más de dos a tres decenios después del viaje de Magallanes desde el sur, en que descubridores españoles provenientes desde el norte confirman la existencia de una elevada cadena de montañas que se prolonga hasta los confines australes del continente.

De la expedición de Fr. García de Loaysa, quien en el año 1526 cruzó las aguas magallánicas en dos meses de bordadas antes de alcanzar la boca occidental del Pacífico, tenemos un diario del piloto Martín de Uriarte (y) que presenta algunos datos respecto a las serranías de ambos lados del Estrecho, a las alturas del Cabo Froward donde dobla de dirección, lugar que es designado «como entrada del Estrecho nevado». Describe algunos montes del lado norte del Estrecho que avanzan como promontorios hasta la costa oriental de la península Brunswick, en más o menos 53° 30' S. Uno de ellos debe ser el monte denominado «San Felipe», el que a pesar de su escasa altura (z) como lo hace notar Fitz Róy, constituye un *conspicuous and picturesque object* (un conspicuo y característico punto de referencia) y que para los buques que vienen acercando desde el norte, en conjunto con los elevados montes de la isla Dawson, parecen interrumpir la continuidad del Estrecho. (aa).

Al mismo tiempo son mencionados los montes nevados distantes que aparecen hacia el S.S.E. de la cordillera de la Tierra del Fuego «y en la costa del sureste son montañas muy altas y llenas de nieve, y por encima de las primeras sale una gran montaña ahorcada que hace dos puntas como «Santa Entrega» sino que es muy alta». Este gigante nevado que sobresale de los montes que lo anteceden de cumbre bifurcada es el monte Sarmiento (así llamado desde la expedición de King y de Fitzroy) que no cabe duda se puede reconocer fácilmente. Su primera mención remonta pues al diario de Uriarte, donde está registrado con fecha 16 de abril de 1526, la denominación (Volcán Nevado) se la dió Sarmiento de Gamboa medio siglo después.

La relación de Uriarte presenta una descripción topo-

gráfica muy exacta de la salida occidental del Estrecho de Magallanes, donde en su costa norte nombra a un Cabo San Alifonso (bb) «que es la salida del Estrecho. . . . y doblado este cabo. . . . dobla y torna la costa al nordeste y tiene tres pequeñas islas en la costa del nordeste cerca del cabo». Las tres pequeñas islas parecen ser las del grupo de los Evangelistas que aquí son mencionados por primera vez aún cuando su actual denominación sólo se generó en el siglo xvii.

Una vez claro del Estrecho, el rumbo de la expedición de Loayza fué NW., luego distante de toda tierra, de manera que un reconocimiento de «la tierra de Diciembre» y de otros puntos de la costa no entra en consideración.

Episodio conocido de la expedición de Loayza es el viaje de la nave *San Lesmes*, al mando de Francisco de Hoces, que por un temporal en la entrada oriental del Estrecho de Magallanes, se vió obligado a correr hasta la latitud de 55° S., donde creyeron haber alcanzado el extremo del continente. (cc) En vista del dato de latitud dado y del tiempo relativamente escaso transcurrido (fin de Enero hasta 12 o 13 de Febrero) que el buque puso en este involuntario avance hacia el sur y su regreso a juntarse con el grueso de la expedición, la tierra avistada posiblemente no ha sido el Cabo de Hornos, como muchos suponen, sino que más bien el Cabo San Diego, el extremo oriental de la Tierra del Fuego en el Estrecho Le Maire.

Para la consecutiva ampliación del conocimiento de la dirección y extensión de las cordilleras este avance no ha tenido más importancia que un viaje de cualquier nave española, como el de otra nave de la misma expedición *Santiago* al mando de Santiago Guevara, que, como se sabe, después de haberse separado del convoy en el Océano Pacífico, llegó a un puerto cerca de Tehuantepec sin haber recalado en las costas de la América del Sur. Consecuencia muy importante de este viaje fué la posibilidad de alcanzar las costas del mar descubierto por Balboa, que hasta el Perú ya habían sido reconocidas, por la ruta del Estrecho de Magallanes, y solucionar al mismo tiempo la continuidad de la cadena de montañas descubiertas en ambos extremos del continente, su dirección meridional y los contrafuertes que destaca.

NOTAS

(a) O. PESC EL, *Historia de la época de los descubrimientos*, Stuttgart, 1877; pág. 247. También HARRISSE manifiesta igual presunción, *The discovery of North-America*, Londres y París, 1892, pág. 332.

(b) La suposición de HARRISSE que bajo estas altísimas o albísimas montañas debe entenderse la Sierra Nevada de Citarma o de Santa Marta no parece justificada por la diferencia de situación. En la carta de de La Cosa figura un «Monte Alto» aproximadamente en el sitio de las montañas altísimas. Quizas los dos corresponden a los elevados montes del litoral del mar Caribe o venezolano, cerca de La Guayra.

(c) A. v. HUMBOLDT, *Investigaciones críticas sobre el desarrollo histórico de los conocimientos geográficos del Nuevo Mundo*. (Edición J. L. Ideler) tomo II, Berlín, 1836. pág. 500 - 501. Cita un párrafo de Petrus Martyr de Anghiera, *De rebus oceanis et Nove Orbe* Dec. 2, lib. 2, pág. 140.

(d) M. FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Colección de los viajes y descubrimientos*, etc. tomo III, Madrid, 1829, pág. 388.

(e) El aspecto de la montaña caribe (según SIEWERS, *Sud-América y Centro-América*, 3.ª edición, 1914, pág. 433) presenta signo evidente de desgaste, de erosión y de senectud. Están mucho más agrietadas y hasta cierto punto arrugadas y su zócalo arcaico está más al descubierto que el de las «Cordilleras». También algunos de los cordones de colinas y los bordes de la planicie de la región montañosa del Paraguay son designados comúnmente como cordilleras en la costumbre del país. En el esquema de Oviedo que aquí presentamos «Cordillera» es sinónimo de «costa montañosa continental».

(f) La relación se encuentra en Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, lib. 25, (edición Madrid, 1852, tomo II, pág. 269 - 331).

(g) S. RUGE, *El desarrollo de la cartografía en América hasta 1570*, *Petermanns Mitteilungen*, cuaderno complementario N.º 106, 1892, pág. 53.

(h) The date of Oviedo's Maps of the Maracaibo region, *Geographical Review*, 1917. N.º 4, pág. 294 - 302.

(i) R. SCHULLER, *A nova gazeta da terra do Brasil. . . . es sua origem, mais provavel. Annaes da Biblioteca Nacional*, tomo 33, Río de Janeiro, 1914. En el, una valoración crítica de la extensa literatura pertinente respecto al volante.

(j) *The Discovery of North-America*, págs. 564 - 565.

(k) NAVARRETE, *Colección*, tomo IV, págs. 215 - 216.

(l) Navarrete, además de otras partes, en pág. 216.

(m) La legua marina española igual a 5,6 kilómetros, de 20 leguas por grado del Ecuador.

(n) J. T. MEDINA, *El descubrimiento del Océano Pacífico*, Santiago de Chile, 1920, pág. CCLXII anotación 62.

(ñ) Llama la atención la indicación que aparece en las cartas del vizconde Maiollo de 1527, en la región que más o menos corresponde a la tierra de Diciembre. Porta el nombre de Cº de todos los Santos, está aislada en todo el trazado costero, carente de denominaciones, cuya dirección es NNW. Su proveniencia es difícil de explicar.

(o) *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo v, pág. 394

(p) De acuerdo con el *Diccionario* es mogote un monte aislado de cumbre plana. *El Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo VII, pág. 506, observa que el término mogote en Náutica (como también el adjetivo amogotado) se aplica a «las puntas de peñas que sobresalen» o sea a las escolleras rocosas afloradas.

(q) En las latitudes entre 50 y 48º que entran en consideración en los contornos occidentales de las islas exteriores (Mornington, Tagart, Kalau, Stosch, Esmeralda, Covadonga, Patricio Lynch y Campana), a distancias más o menos corta entre una y otra, se encuentran más o menos una docena de montes aislados o mogotes, los más de una altura entre 600 y 800 metros y siguiendo aproximadamente por el meridiano de 75º30' de longitud W.

De S. a N. son los siguientes:

Monte Corso.....lat.	49º46'	470	mts. z
Pico Spartan.....	49º40'	650	>
Monte Spite.....	49º25'	798	>
Monte Nadelkissen	49º12'	950	>

Monte Valenzuela.....	49°00'	721 mts.
Picos Paralelos.....	48°45'	630 o 780 mts. (?)
Pico Pardo.....	48°36'	600 mts.
Pico Breaker.....	48°29'	646 »
Monte Roth.....	48°14'	600 »
Monte Serrucho.....	48°09'	785 »
Pico Dora Sur.....	48°07'	698 »

Derrotero de las costas de Chile, tomo III, Valparaíso, 1919. *Anuario Hidrográfico* tomo XXXIII, pág. 319. Corresponden las cartas chilenas N.º 162 y 163.

(r) *Magellan, La question des Moluques*. Bruselas, 1911, pág. 296.

(s) Muy clara es también la relación de Maximilianus Transylvanus «que la tierra firme que Magallanes veía que a la derecha iba dejando, daba vuelta y se volvía hacia la parte septentrional y enderezó su viaje contra aquella parte entre el occidente y el septentrion», etc.

(t) Navarrete, *Colec.*, tomo IV, pág. 216.

(u) En la relación de Antonio de Brito al rey de Portugal del año 1528, la alteración decisiva del rumbo se lleva a cabo tan sólo cuando alcanzaron a 32º grados Sur. Luego que se vieron fuera en ancha mar gobernaron directamente a la línea..... y cuando estuvimos a 32º tomaron la vía del oes - nor oeste. (Navarrete, *Col.* tomo IV, página 308.)

(v) Un trazado general de la ruta que coincide con los datos la da O. Kolliker. *El primer viaje de circunnavegación de la tierra*, Muenchen y Leipzig, 1908, hoja 30, parte primera. También J. Denucé, *Magellan*, etc. Bruselas, 1911.

(w) También en otro párrafo, pág. CCLXVI.

(x) Denucé, pág. 299.

(y) Navarrete, *Cl.*, tomo V, documento 14. El bastante detallado diario que contiene la descripción del Estrecho de Magallanes ha sido publicado en el *Anuario Hidrográfico* chileno, tomo V, pág. 406 y siguientes, con numerosas anotaciones y explicaciones por R. Guerrero Vergara.

(z) En conformidad a la carta de Fitzroy de 1308 pies, en conformidad a Chaigneau «Derrotero del Estrecho de Magallanes», *Anuario Hidrográfico*, tomo XXII, pág. 217, aproximadamente 443 metros de altura.

(aa) *Narrative of the surveying voyages*, etc. Londres, 1839, *Anuario Hidrográfico*, tomo XXII, pág. 207.

(bb) En conformidad a Guerrero Vergara idéntico con el Cabo Victoria de Magallanes que más tarde se denominó Cabo King. 52°24' S. y 74°42' long. W.

(cc) «les parecía que era allí acabamiento de tierras» (Urdaneta, en Navarrete, *Col.*, tomo V, pág. 404.)

CAPÍTULO II

LA «CAMPANA DE ROLDAN» Y OTROS PROBLEMAS DE TOPOGRAFIA MAGALLANICA

Un estudio crítico del material de archivo relativo a la cuestión de la identificación de la campana de Roldán (véase Cap. anterior) nos da el siguiente resultado:

En las relaciones originales y documentos del viaje de Magallanes no se hace mención de una ascensión ni de la campana de Roldán. Pigafetta no habla más que de un viaje de exploración de tres días de una chalupa, que fué enviada durante la estada de la expedición en un «puerto de las Sardinias», situado en la costa norte del Estrecho, con el objeto de reconocer el cabo de la otra mar, y que regresó con la noticia que había divisado dicho cabo y un gran mar. Que semejante viaje de exploración en realidad fué llevado a cabo y que los participantes de él han desembarcado en alguna parte, queda testimoniado por un documento según el cual dos de los individuos enviados recibieron el premio establecido para la primera expedición del Estrecho. (a)

Respecto de la identificación del puerto Sardinias, R. Guerrero Vergara, en el *Anuario Hidrográfico* (tomo V, pág. 393, nota 38), estableció una discusión que se basa particularmente en los datos de la relación de Loaysa, con respecto a un fondeadero del mismo nombre, y en la suposición de que es idéntico con el en que fondeó Magallanes. Llega a la conclusión de que el puerto Sardinias se identificaba con la bahía San Andrés cerca del cabo Holland, más o menos a 30 kilómetros hacia el NW. del Cabo Froward.

También Sir Clements Markham ha adherido a esta supo-

sición. (b) J. T. Medina cree que debe darse la preferencia a la bahía Woods, porque en esta situación un poco al oriente de la de San Andrés, desemboca un río (el río San José de las cartas modernas) lo que encuadraría con la descripción de Pigafetta. (c) A conclusión divergente arriba E. Greve, quien basándose en el derrotero de la expedición de Loaysa, de Hernando de la Torre, y valiéndose de diferentes cartas antiguas y otros indicios sitúa al puerto mucho más al oeste, a saber en la costa norte del llamado *Long Reach*, a medio camino entre el Cabo Froward y la salida del Estrecho, y manifiesta la presunción de que posiblemente sea idéntico con «Playa Parda» de Sarmiento. (d) Según mi opinión la cuestión no puede ser dilucidada por completo valiéndose del material de que disponemos, pues no ha quedado establecido fehacientemente que el puerto Sardinas, en el que fondeó Magallanes, sea idéntico con el del mismo nombre en que fondeó la expedición Loaysa, aunque hay ciertos motivos para suponerlo así.

Que el viaje de la chalupa exploradora, enviada por Magallanes, ha estado ligado con una ascensión a un monte es probable, teniendo en vista la gran distancia entre la salida occidental del Estrecho y el puerto Sardinas, aún cuando no se le identifique con la bahía Woods, sino que con otro puerto más próximo a la salida occidental del Estrecho. Hay que dejar establecido que en ninguna de las relaciones más antiguas se hace referencia a una ascensión de monte, tampoco en el relato conocido del cronista Herrera sobre la campana de Roldán, a la que se remiten la mayoría de los autores posteriores y cuyo texto reza como sigue: «La campana de Roldán, una peña grande en medio, al principio de un canal, diéronle este nombre porque la fué a reconocer (e) uno de los compañeros de Magallanes, llamado Roldán, que era artillero.» (j)

La campana de Roldán aparece en la mayoría de las cartas más antiguas del Estrecho de Magallanes que han sido conservadas. La carta de la Laurentiana de Florencia de 1525, la carta anónima de Weimar de 1527 y la carta de Diego Ribeiro la indican, y en concordancia en el lado sur del Estrecho, cerca del punto donde tuerce hacia el NW. Una ubicación concordante de la campana puede deducirse de la relación de viaje de Juan Ladrillero, quien hizo un prolijo reconocimiento del Estrecho en 1558, y que hizo una descripción excelente de él, considerando las condiciones de entonces. La situación del monte, que Ladrillero denomina brevemente la

«Campana» es caracterizada por la frase siguiente: (g) «Desde estas islas (se trata de las islas Carlos III, Infantas y Príncipes) corre el Estrecho al sureste cuarta del este diez leguas hasta la Campana, que es una peña que está sobre una sierra la que parece campana y está en una ensenada de la parte del sureste (quizás el canal San Pedro) y la sierra de la Campana está cerca al canal del Estrecho y de la ensenada. Sobre el canal y cerca de esta dicha Campana, hasta tres leguas de la vuelta el Estrecho,» etc. Aún en dos o tres partes de su diario Ladrillero suministra datos respecto a la situación de la Campana. que no dejan lugar a duda que sus informaciones se refieren a un monte que debe buscarse al lado sur del Estrecho en las orillas de uno de los esteros de la isla Clarence.

«Roldán Bell» de la carta del Estrecho de Magallanes, de King y de Fitzroy, corresponde a esta situación. (h) En las informaciones de Ladrillero debe apoyarse López de Velasco en cuya *Geografía y Descripción General de las Indias* de los años 1571 - 74, la situación de la Campana queda indicada como sigue: «La Campana de Roldán en la costa de la parte sur, después de la canal que entra al sureste y va a salir a los Boquerones (se refiere al ensanche del Estrecho donde desembocan los canales Magdalena y Gabriel). . . . llamóse así por una peña grande que parece campana y púsole este nombre Magallanes.» (i)

* * *

Un resultado muy distinto arroja la descripción del Estrecho de Magallanes del cronista Oviedo, quien, según propia exposición, se sirve de todos los datos hasta el año 1546, y que principalmente se apoya en las relaciones de los participantes de la expedición de Loaysa como también en las cartas oficiales, como la del cosmógrafo Alonso de Chávez, de 1536, que es sensible no haya sido conservada hasta nuestros días.

En el capítulo XVI del tomo XX de la *Historia General y Natural de las Indias*, dice: «Este cabo (el cabo Deseado en la entrada occidental del Estrecho) está en cincuenta y dos grados o algo menos de la otra parte de la equinoccial, desde el cual, corriendo la costa arriba veinte leguas al este, está la canal que llaman de «Todos Sanctos» (corresponde

posiblemente al golfo de Xaultegua de la parte norte del Estrecho) en frente de la cual, en la costa al oposito, está una bahía que llaman la Campana de Roldán.» Y luego después: «Desde aquesta Bahía Grande de la costa austral (se refiere al ensanche del Estrecho frente a la entrada del canal Magdalena) volviendo atrás otras veinte leguas al occidente, está la dicha Campana de Roldán que se dijo de suso, etc.». Luego, como lo indica Ladrillero, no serían tres sino que veinte leguas las que habría que seguir hacia el occidente, desde el ángulo de la costa para llegar a la Campana que Oviedo por otra parte no designa como monte sino que como bahía. También su ubicación frente al canal Todos los Santos indica que sería una bahía situada en el extremo NW. de la isla Santa Inés. En realidad, E. Greve, quien ha dado la preferencia a la exposición de Oviedo, ha creído reconocer la Campana de Roldán en el monte Wharton de poco más de 1300 metros de altura en el S.W. de la bahía Havergal. (j)

Si se recurre a las cartas más antiguas del Estrecho de Magallanes, en ninguna se encuentra alguna indicación en favor de la ubicación que le ha dado Oviedo. En especial en el mapa - mundi de Ribeiro, de 1529, se ve a las claras que el monte no se encuentra situado frente al Canal de Todos los Santos, próximo al extremo NW. del Estrecho, sino que en la costa sur frente al codo que hace el cabo Froward actual. (k) Tan sólo la carta de Sebastián Cabot de 1544 (que según Medina ha sido impresa en 1547) presenta una ubicación un tanto divergente. En vez de la configuración en ángulo casi recto, que afecta el Estrecho en esa parte, y que ya aparece con toda corrección en la carta de Turin (1523); y en la de Ribeiro, se observa aquí un canal marítimo más o menos rectilíneo, que corre de E.—W. con numerosos esteros en ambas bandas, y entre las consideradas nomenclaturas se observa en la parte occidental del lado norte el Canal de Todos Santos, frente al cual y en el lado sur se ha situado la «Campana de Roldán». Representación semejante del Estrecho de Magallanes con distorsiones semejantes de sus contornos se encuentra a menudo en las publicaciones cartográficas del siglo XVI y la conservación de los nombres derivados de la expedición de Magallanes es muy arbitraria en ocasiones, como, por ejemplo, en la carta de la América del Sur del atlas de Georgio Sideri (denominado Callapoda) del año 1563, que se encuentra en la Biblioteca de San Marcos de Venecia. (l)

Además de las expediciones de Magallanes y de Ladrillero ha sido de sumo provecho el viaje del marino, cosmógrafo e historiador Pedro de Gamboa, que hizo una exploración prolija del Estrecho de Magallanes del oeste hacia el oriente, entre el 23 de Enero y el 24 de Febrero de 1580, y que fué de gran importancia para la determinación de las denominaciones de las diferentes localidades. En su relación detallada Sarmiento hace referencia a determinadas relaciones antiguas, pero sin precisarlas. Debe hacerse hincapié en la circunstancia que parece no tener noticias del viaje de Ladrillero y de su relación de tan sólo veinte y ocho años anterior.

Para la cuestión que nos preocupa entra en consideración el párrafo siguiente de la relación de viaje de Sarmiento: (m) «Donde esta bahía de San Simón (la bahía de la misma denominación actual en el lado sur del Estrecho en 53° 55' de la Latitud sur y 72° 10' de Longitud W., en el extremo NW. de la isla Clarence) en la costa al este tres leguas hasta una punta que se llama Tinquichigua. Desde esta punta va la vuelta del Sudueste una gran bahía (Campana, Bell bay) donde está un monte muy alto delante de unas sierras nevadas. Este monte es el que llaman las relaciones antiguas, la Campana de Roldán. Toda esta bahía de la Campana es cercada de sierras altas y nevadas», etc.

Las comisiones hidrográficas británicas de King y de Fitzroy, que han investigado en el terreno los datos de Sarmiento, identifican la punta Tinquichigua con el promontorio occidental de la bahía llamada por ellos «Bell Bay», en la costa sur del Estrecho, y la Campana de Roldán con el *conspicuous mountain at the back of the bay on its southeastern side* (n). En la carta del Estrecho de Magallanes que se encuentra adjunta a la obra de la expedición de King y de Fitzroy, figura el monte «Roldan Bell» sin acotamiento de altura. (ñ) Luego la relación de Sarmiento ubica la Campana en el mismo sitio en que es posible deducirlo de los datos de Ladrillero, carta de Ribeiro y otros documentos más antiguos. Por otra parte, no deja de observarse cierta concordancia entre la relación de Sarmiento y la de Ladrillero, lo que este último describe como «peña que está sobre una sierra que parece campana» lo define Sarmiento como «monte muy alto agudo delante de unas sierras nevadas».

La representación de Sarmiento ha recibido una interpretación exagerada, y en parte también errónea, por algunos

autores posteriores. En particular la *Conquista de las islas Molucas*, aparecida en Madrid en 1609, debe hacerse responsable por algunas deformaciones como lo han indicado Vargas Ponce y Navarrete. También la información respecto a la Campana de Roldán no ha escapado a esta desventura. El «monte muy alto agudo delante de unas sierras nevadas», de Sarmiento, en Argensola se transforma en «un monte altísimo, blanco, de envejecida nieve, cercado de sierras. Relaciones antiguas lo llaman Campana de Roldán». (o)

Guerrero Vergara quizás no incurra en error al manifestar que con esta indicación debe tener relación la curiosa opinión de Fitzroy (a pesar de la rectificación de «Roldans Bello» en su carta) que la Campana de la expedición de Magallanes descrita por Herrera debe identificarse con el monte nevado bautizado por la expedición inglesa con el nombre de «Monte» Sarmiento», el «Volcán Nevado» de Sarmiento que en las descripciones antiguas y modernas es descrito con admiración por sus contornos elevados y empinados. (q) J. G. Kohl ha vuelto a revalidar esta insostenible opinión de Fitzroy en su *Historia de los viajes de descubrimiento al Estrecho de Magallanes*, pero no lo ha podido fundar. (r) Su enfática explicación que dice: «Así como el grandioso Fusijama figura en todas las representaciones de las paisajes del Japón, así también en todas las cartas antiguas del extremo austral de Sud-América figura la Campana de Roldán», es errada. Ya en las cartas del Estrecho de Magallanes y de la Tierra del Fuego, que aparecieron en el siglo xvii, para los viajes de los Nodales y de los holandeses, se busca en vano la Campana, lo mismo pasa con los atlantes de Sansón de Abbeville, Blaeuw y de L'Isle. Tan sólo en la carta del Estrecho de Magallanes de Juan de la Cruz Cano y Olmedilla del año 1769, aparece la Campana de Roldán, la punta Tinquichigua y muchas otras localidades citadas en aquella relación, (s) pero la representación cartográfica no pasa de ser una fantástica interpretación a la que no puede asignarse nada más que muy escaso valor para la situación de las singularidades topográficas deducidas de la relación de Sarmiento. (t)

Cruz Cano y Olmedilla ha vaciado otra representación del Estrecho de Magallanes en su gran carta de Sud América de 1775, confeccionada por orden de la Corona de España, en cuyas numerosas reproducciones ha sido dado a conocer el aspecto desfigurado del Estrecho. Ciertamente que más tarde tuvo

oportunidad de poder rectificar la representación valiéndose de los levantamientos de la fragata española *Santa María de la Cabeza* (1785 - 86) y los agregados de los años 1788 - 89. En la obra de viaje de estas dos expediciones (u) encontramos una «Carta reducida del Estrecho de Magallanes», desde el puerto de San Miguel hasta su desembocadura en el Océano Pacífico, construída sobre las observaciones hechas en los viajes de 1786 y 1789, que en el margen inferior tiene la inscripción: «Grabada por Juan de la Cruz, Geógrafo de S. M.»

Los oficiales de la última expedición mencionada, durante sus trabajos en el Estrecho de Magallanes, se han ocupado en considerar la nomenclatura adoptada por Sarmiento, como se puede ver paso a paso en su «Derrotero» aunque en las costas levantadas por la comisión se han mantenido nada más que unos pocos nombres de los descubridores más antiguos y de los dados por Sarmiento.

La descripción de la costa sur, en la región de la isla Clarence actual, aproximadamente en el meridiano del Cabo Holland, contiene los párrafos siguientes: «Sigue la costa. . . . con un frontón, en cuyo remate se ve una bahía o brazo de mar que entra al SSW. con un islote algo grande y dos pequeños a la boca. . . . Parece que Sarmiento llamó a ésta bahía de San Pedro.» (Este nombre se ha mantenido hasta hoy y se refiere al saco que divide la isla Clarence en dos partes, cuya continuación austral termina en un angosto brazo de mar, el canal Acwalisman que conduce hacia el canal Cockburn). «Después de ella. . . . sigue la costa al NW., como dos leguas, siendo este paraje, esto es, frente al Cabo Holandés, poco más del ancho del Estrecho. . . . Todo este frontón es de tierra con diferentes picachos de figura extraña, con poco arbolado y presentando el aspecto de tierra más miserable. La punta W. de este frontón es alta y escarpada y es la del E. de una gran bahía o brazo de mar a que Sarmiento llamara bahía de la Campana a causa de un monte alto, gordo y redondo que está en su costa E. delante de unas sierras nevadas con aquella figura, y es notable entre cuantos se presentan en este pedazo de costa. En la boca de esta bahía hay un islote y la punta W. . . . llamó Sarmiento, Tinquichigua». (v)

El paraje recién expuesto, y el estudio de la carta pertinente de Estrecho de Magallanes del año 1788, no deja lugar a duda respecto a la situación de la bahía Campana de Sar-

miento y del cerro del mismo nombre, según la opinión de los oficiales de la «Santa María de la Cabeza». La ubican en la extensión del frontón que se encuentra frente a Cabo Holland, entre el seno San Pedro en el oriente y la bahía San Simón en el occidente, o sea, precisamente en la misma ubicación en que sitúa la carta de Ribeiro la Campana de Roldán de Magallanes, y donde la situaron más tarde King y Fitzroy en sus levantamientos.

* * *

Como resultado del examen que antecede se puede, pues, decir que precisamente los viajeros más antiguos que han dispuesto de observaciones y conocimientos del Estrecho de Magallanes, como Ladrillero, Sarmiento de Gamboa, los oficiales de la expedición española de 1786 y 1788, como también King y Fitzroy, ubican la Campana de Roldán en concordancia a la situación en que la hizo figurar la carta de 1529 de Diego Ribeiro, o sea, en el fondo de un seno que se interna en la isla Clarence desde su costa norte. A este respecto no pueden pesar ni las noticias de segunda mano de Oviedo, ni las conjeturas de los cartógrafos posteriores, como Cruz Cano y Olmedilla, que ubicaron todo el grupo de localidades, casi en un grado de longitud más hacia el oeste, a saber al otro lado del canal Bárbara.

NOTAS

(a) Véase la traducción del párrafo de Pigafetta por O. Kolliker, *Primer viaje de circunnavegación de la tierra*, Muenchen y Leipzig, 1908, pág. 116. El acta del reparto de la gratificación reza: «Cuatro mil y quinientos maravedís que se pagaron a Ocasio Alonso y a Hernando de Bustamante, por cédula de S. M., los cuales Hernando de Magallanes les mandó de albricias, cuando saltaron a tierra y se descubrió el Estrecho». J. T. Medina, *El descubrimiento del Océano Pacífico*. Santiago de Chile, MCMXX, pág. CCXLI.

(b) *Early Spanish voyages to the Strait of Magellan*. Works issued by the Hakluyt Society, 2nd series, N.º XXVIII, Londres, 1911, pág. 95

(c) También en otra parte, CCXL nota 20.

(e) *Sobre el estado de progreso de la náutica en la época del descubrimiento del Estrecho de Magallanes*, Santiago, de Chile, 1921, págs. 81 - 85.

(5) La expresión reconocer no envuelve una ascensión a un monte.

(f) *Descripción de las islas y tierra firme*, etc., Cap. XXIII.

(g) *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo VI, pág. 493.

(h) Véase la carta en *Narrative of the surveying voyages*.

(i) Edición de Justo Zaragoza, Madrid, 1894, pág. 547.

(j) También en otro lugar, págs. 76, 78 y 85.

(k) Luego es un error cuando Medina afirma (además en otros lugares) en págs. CCXLVII que la carta de Ribeiro indica la misma situación de la Campana que la de Oviedo.

() Reproducida por K. Kretschmer, *El Descubrimiento de América*, 1892, Berlin, Atlas hoja XXII.

(m) *Anuario Hidrográfico*, tomo VII, pág. 500.

(n) *Narrative*, etc., tomo I, pág. 130.

(ñ) Sólo en las ediciones posteriores de las cartas marinas inglesas se encuentran la anotación de la altura del monte (2780 pies ingleses). Las cartas marinas chilenas y los Derroteros no hacen mención de la Campana de Roldán, el monte de la más antigua denominación del dominio de Chile.

(o) Véase el extracto de la obra de ARGENSOLA, *Viaje al Estrecho de Magallanes*, por el capitán Pedro Sarmiento de Gamboa, Madrid, 1768, pág. LIII.

(p) *Narrative*, etc., pág. 271, nota.

(q) *Anuario Hidrográfico*, tomo V, pág. 500, nota 152.

(r) *Zeitschriften d. Ges. f. Erdkunde*. Berlin, 1876, págs. 345 - 6 y 366.

(s) Reproducido en el *Anuario Hidrográfico*, tomo VII, pág. 542.

(t) De este origen proviene la ubicación de la Campana de Roldán en la carta de la América del Sur del primer tomo de *Chronological history of the discoveries in the South Sea*, Londres 1803. En la página 371 del texto dice el autor: «The Strait Magellan is taken from the spanish chart constructed in 1788, as it is published in the *Relación del último viaje al Estrecho*». La Campana de Roldán que no figura en la carta española de 1788, ha sido extraída como también algunos otros agregados, de la carta de Cano y Olmedilla de 1769, y aparece en la costa sur del Estrecho de Magallanes, oblicua y frente al cabo Quod. Luego no es más que cuestión de arreglo de diseño que no puede aducirse como en favor de una ubicación exacta.

(u) *Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes por la fragata de S. M. Santa María de la Cabeza*, etc., Madrid MDCCLXXVIII. La carta está adherida en el apéndice de la relación, etc. La publicación se hizo por consiguiente tres años después de la muerte del cartógrafo Cruz Cano y Olmedilla, que acaeció en Madrid en 1790.

(v) *Relación del último viaje*, etc. pág. 131 - 2.

CAPÍTULO III

LOS PRIMEROS INTENTOS DE LOS ESPAÑOLES Y DE LOS PORTUGUESES PARA AVANZAR A LAS CORDILLERAS DESDE EL ORIENTE

Las primeras tentativas de penetrar al interior del continente desde el oriente han suministrado muy escasos conocimientos dignos de consideración en lo que se relaciona con las Cordilleras.

Se nos han transmitido algunas noticias de los sobrevivientes de la expedición de Juan Díaz de Solís (1515 - 1516), que habían quedado en la costa austral brasilera y que establecieron relaciones con los nativos. Lo confirman los documentos de la expedición de Sebastián Cabotó, quien fondeó en Octubre de 1526 en las aguas de la isla Santa Catalina, y quien interrogó a dos españoles de la tripulación de Solís respecto de los yacimientos de oro y plata que se presumía existían en el interior. La más importante fuente de información es una carta de un miembro de la expedición de Cabotó, de apellido Ramírez, de 10 de Julio de 1528, en la que entre otras cosas, dice: «Luego llegó Enrique Montes («uno de los españoles radicados en esta tierra») a la nave Capitana y en conversación con el capitán general..... contó de las grandes riquezas en aquel río (el río La Plata). Como estaba bien informado al respecto porque dominaba el idioma indígena del país, voy a dar algunas noticias. Dijo estaba seguro que si seguíamos por el río Solís, llegaríamos al caudaloso río Panamá..... El expresado río Panamá y otro afluente de él, limitaban en una sierra hacia donde traficaban los indígenas

y que en esta sierra existían muchas clases de metal. Esta sierra atravesaba el país a una distancia de unas doscientas leguas y en sus laderas había muchas minas de oro, plata y de otros metales.» (a)

Un compañero del ya nombrado Montes, de apellido Melchor Ramírez, agregó por su parte mayores detalles a estas informaciones, a cuyo respecto el mismo documento, expone: «En la misma tarde llegó al buque el compañero de Montes, Melchor Ramírez, y manifestó que había sido intérprete de una armada de Portugal en el río Solís. Que siete individuos de esta armada habían quedado en el río Solís y que cinco habían continuado hacia el interior a fin de ir a reconocer los tesoros de la sierra e informarse de un rey en las proximidades de la sierra, vestido como nosotros» (junto a la sierra había un rey blanco que traía. . . . vestidos como nosotros») Que estos exploradores habían anunciado en una carta que aún no habían alcanzado a la sierra, pero que habían alternado con indios de las cercanías de la sierra que ostentaban adornos de oro y de plata en la cabeza y en el cuello.» etc. (b)

Que estas noticias referentes a la «Sierra», la montaña rica en minerales, que se extiende a más de 200 leguas hacia el interior, en cuyas cercanías vivía un pueblo semejante a los europeos, vestido como éstos, gobernado por un rey y que se aderezaba con adornos de oro y plata, no pueden referirse más que a los Andes de la región cultural antigua peruana, y al respecto tenemos una indicación en otro párrafo del mismo documento, donde Luis Ramírez trata de las noticias de los indios querandíes transmitidas a la expedición Caboto. «Estos querandíes», dice, «nos dieron muchas informaciones respecto a la sierra y al rey blanco, de las que ya he hablado. . . . También nos contaron que por el otro lado de la sierra limitaba el mar y que como lo manifestaron se hinchaba y se recogía en ocasiones en apreciable altura y de repente, y de esta noticia el capitán Caboto cree poder deducir que es este el mar del Sur, lo que si es la realidad es un descubrimiento de no menor importancia que el de la sierra de los tesoros argentados. (c)

Según esto, ya en 1527, o sea, cuatro años antes de que Pizarro llegara al Perú y ascendiera a las regiones andinas para someterlo, ya los españoles radicados en el Plata habían tenido noticias de que existía una alta montaña en el occidente, que constituía un muro de separación con respecto al mar

del Sur. Esta noticia, en especial la riqueza mineral de aquella sierra, en la que sospechaban el origen del Paraná y de sus afluentes occidentales, fué confirmada por diversos conductos, pero nuestras fuentes de información son muy pobres y hasta cierto punto de dudosa veracidad. En todo caso no dispone-mos más que de vagas indicaciones.

A los expedicionarios hacia el interior, que pueden haber aportado noticias respecto a la supuesta riqueza de una lejana montaña, pertenece la de un portugués Cristóbal Jacques, que en 1526 ascendió por el Paraná, y del cual Caboto tuvo referencias durante su estada en Pernambuco. Posiblemente el ya nombrado Montes ha estado a su servicio como intér- prete. (d)

Respecto de otra expedición que fué llevada a cabo por un español, posiblemente en el año 1521, por orden del rey del Portugal, da noticias un documento del Embajador español en Portugal, Juan de Zúñiga, dirigido al Emperador, fechado, Evora, el 27 de Julio de 1524. (e) El nombre del navegante no es indicado. El viaje fué emprendido con dos carabelas tres años antes, luego en 1521, y condujo a lo largo de la costa brasileña, hacia el sur de Pernambuco, donde a unas tres- cientos leguas del lugar expresado encontraron a nueve indi- viduos dejados por la expedición de Solís y que allí vivían con mujeres aborígenes. Luego continuó el viaje en otras 350 leguas de ancho (el La Plata). Fué seguido su curso, río arriba, y se pudo saber que provenía de muy lejos. Algunos individuos con quienes alternaron los expedicionarios les obse- quiaron trozos de plata y cobre, también algunas piedras pre- ciosas con vetas de oro, y les dijeron que según sus conocien- tos una montaña que se encontraba a unas trescientas leguas de distancia presentaba muchos de estos tesoros. (f) Además los viajeros comunicaron que habían divisado numerosas ove- jas monteses, ciervos y avestruces. La hostilidad manifiesta de los aborígenes ocasionó su retorno. La denominación de «ovejas monteses» que comprende posiblemente a las llamas y a las vicuñas, parece ser indicio de que la montaña distan- te trescientas leguas debe buscarse en la cordillera boliviana oriental.

Datos más detallados nos los ha transmitido Rui Díaz de Guzmán en su *Historia Argentina*, (1612) libro I, Cap. V, respecto a una expedición de cierto Alejo García, ordenada por el Gobernador portugués, Martín Alonso de Souza, quien

partiendo de San Vicente (el Santos actual) en compañía de otros cuatro portugueses y de más de doscientos indios a través de las grandes llanuras al oeste del río Paraguay (es de presumir que sea la región sur - oriental de Bolivia) que limita con el Brasil y el Paraguay. Se presume que hayan alcanzado a penetrar hasta el dominio de los Incas. Las localidades de Presto y Tarabuco son citadas como los puntos del más extremo avance de esta expedición. Rechazados por la hostilidad de los indios charcas, García y sus acompañantes, se dice que volvieron al Paraguay cargados de botín en vestiduras, metales y joyas de plata y cobre, volviendo por otro camino (¿por el Gran Chaco?). Se dice que García envió de aquí a su jefe a algunos indios con trozos de oro y plata y una relación de la expedición, pero que luego fué asesinado por los indios conjuntamente con sus compañeros. Sólo un niño, el hijo de García, a quien pretende haber conocido Guzmán, había escapado a la carnicería. La expedición de García fué el impulso para otras depredaciones de los indios guaraníes del Paraná y del Paraguay en los confines del imperio de los Incas. (g)

Después de Guzmán relatan la expedición de García, Guevara (*Historia del Paraguay*), Lozano (*Conquista del río de La Plata*), Charlevoix (*Histoire du Paraguay*) y otros más. En tiempos recientes también E. von Nordenskjöld ha intentado un estudio documentado respecto a la cuestión, (h) en que trata de demostrar que la relación de Guzmán es digna de fe, pero que la expedición de García no ha sido insinuada por Martín Alonso de Souza, y que posiblemente haya sido realizada algunos años antes. Cree que las relaciones de Guzmán y de Luis Ramírez y la carta del embajador Zúñiga (i) en realidad se refieren a la misma invasión en el año 1522, que avanzó hasta los confines orientales del imperio de los Incas en las cordilleras bolivianas, en vida del último gran gobernante indígena, Inca Huayna Capac, y que fué organizada por algunos portugueses en compañía de numerosos indios guaraníes.

La expedición de Caboto, que siguió por el río Paraná y después por el Paraguay, hasta la desembocadura del río Bermejo, negoció con los indios que habitaban en sus riberas y obtuvo de ello trozos de plata y unas ovejas de la tierra (llamas) que envió al rey de España. Una relación anónima, de 20 de Abril de 1537, refiere con respecto a la procedencia

de estas muestras de plata que atestiguaban la riqueza de las lejanas montañas de que estos objetos les habían sido arrebatados a los indios del Perú durante las guerras sostenidas con ellos. (i)

Por otra parte hay relaciones contemporáneas de las que se deduce que no tan sólo les han llegado noticias a los españoles radicados en el Plata, respecto de las montañas del Alto Perú y de Bolivia, sino que de otra sierra mucho más próxima de gran riqueza mineral.

Caboto al entrar al Paraná, en una de las islas del delta, encontró a un español quedado de la expedición de Díaz de Solís, llamado Francisco del Puerto, que dominaba el idioma de los aborígenes; interrogado por Caboto le refirió respecto a los supuestos tesoros existentes hacia el interior de la tierra. De acuerdo con el relato de Caboto éste decidió continuar río arriba en el Paraná hasta su unión con el río Carcarañá: «ques donde aquel Francisco del Puerto le había dicho que descendía de las sierras donde comenzaban las minas de oro y plata.» (k) Como se sabe en este sitio fué erigido entonces el fortín Sancti Spiritus, el primer establecimiento fortificado de los europeos en la región del Plata. También los indios querandíes de las vecindades «los cuales son vecinos del pie de la sierra donde tenía relación que había la dicha riqueza fueron interrogados y expusieron que los yacimientos de oro y plata se encontraban la tierra adentro a setenta u ochenta leguas de donde ficieron la casa» (significa tierra adentro con respecto a Sancti Spiritus). Pero cuando Caboto se decidió a marchar con ellos hacia allá, se resistieron, porque en el camino de ocho días no se encontraba agua en la región y Caboto prefirió seguir las informaciones que indicaban más hacia el Norte y Noroeste y continuar por el Paraná y luego después por el Paraguay.

No se yerra si se deduce, por las relaciones anteriormente expuestas, que es la primera información que se tiene de la sierra de Córdoba y de la otra vecina, también conocida por su riqueza mineral, la sierra de San Luis. De la primera nacen los manantiales que constituyen el río Carcarañá, también la distancia indicada hasta Sancti Spiritus correspondería a la verdadera.

Sancti Spiritus constituyó el punto de salida de la primera marcha más extendida de los españoles que debía conducirlos hacia el misterioso interior del lejano oeste. Francis-

co César, a quien Caboto encomendó la dirección de la expedición, ya con anterioridad había realizado viajes a ultramar; Caboto lo consideraba entre sus familiares y lo había investido con el título de «gentilhombre» de su guardia personal, y en sus desacuerdos con sus demás comandantes podía contar siempre con el apoyo de César. La licencia otorgada a él y a otros individuos indicaba en forma vaga: «que fué a descubrir las minas y otras riquezas de la tierra de adentro.» (l)

J. T. Medina, que ha examinado los documentos pertinentes con toda prolijidad, no presenta más que muy escasas noticias respecto a la expedición de César. La partida probablemente no se ha realizado a fines de Noviembre de 1528. El número de los expedicionarios es fijado en «quince» por el mismo Caboto. Los testigos en un proceso instruído más tarde contra Caboto declaran que la columna marchó dividida en tres pelotones diferentes: «Los unos por los querandíes é los otros por los curacuraes é los otros por el río del Curacuraz.» (m)

Llama la atención que en los numerosos y voluminosos documentos que Medina ha reunido sobre la expedición de Sebastián Caboto no se encuentre noticia alguna referente a esta empresa, que debía alcanzar a la región origen de los tesoros tan apetecidos del interior de las tierras. Lo que el propio Caboto declara en una exposición ante los funcionarios de la Casa de Contratación de Sevilla, a 28 de Julio de 1530, se reduce a la breve explicación de que el Capitán César fué uno de aquellos a quienes envió tierra adentro. Que había regresado con siete compañeros, que habían comunicado que habían divisado grandes riquezas en oro, plata y piedras preciosas. (n) Casi del mismo tenor es la declaración de Juan Valdivieso, uno de los miembros de la empresa de César, quien en forma categórica declara que él personalmente había visto las riquezas en oro, plata y piedras preciosas. (ñ)

Con respecto a la vuelta de César y de sus compañeros encontramos un dato importante en los archivos de Sevilla, de 27 de Agosto de 1530, en el que se dice que se realizó «dentro de ocho días» después de la vuelta de Caboto al fuerte Sancti Spiritus (o) y a saber, con siete de los individuos que habían sido autorizados para la empresa. Con respecto a la suerte corrida por la demás gente de la expedición, Medina ha calculado por los datos y antecedentes que la vuelta de César

a Sancti Spiritus se realizó a mediados de Febrero de 1529, y que toda la empresa puede haber ocupado más de dos meses y medio. (p)

Con respecto a otras relaciones documentadas debemos agregar la declaración prestada por César con otros compañeros en su «memorial» a la reina para fundamentar sus pretensiones por paga de su desempeño durante la expedición de Caboto. En él menciona el descubrimiento de los tres grandes ríos, Uruguay, Gran Paraná y Paraguay, como también de su avance tierras adentro en trescientas leguas, donde encontró muchas tribus de pueblos y un país rico en oro, plata y piedras preciosas. También en esta relación se repite la trillada expresión de la riqueza del interior y por otra parte para la cuestión de la distancia avanzada hacia el interior es de importancia, pues la fijación de las trescientas leguas parece no referirse tan sólo al del avance de César sino que a la expedición completa de Caboto. (q)

Francisco César durante el último tiempo de su permanencia en el Plata, y en el séquito de Caboto, no ha realizado más expediciones hacia el interior, lo que por otra parte habría sido un intento vano en vista de la destrucción de Sancti Spiritus por los indios, muy poco después de su retorno, y volvió a España en compañía de su jefe hacia fines del año 1529.

Con esto se han agotado las noticias fidedignas respecto de la expedición más antigua de los españoles llevada a cabo desde las orillas del Plata hacia la Cordillera. Hay que tener presente este escaso material para poder justipreciar la plétora de fantásticas relaciones que se generan en posteriores tradiciones. Con respecto a la última, que posiblemente por su índole aventurera ha constituido un incentivo para la exploración de la cordillera austral, voy a referirme en un capítulo posterior.

NOTAS

(a) Este importante documento fué publicado por primera vez en la *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Brasil*, tomo xv, Rio 1852, págs. 14 a 41, más tarde fué reproducido por E. Madero de una copia hecha por Jiménez de la Espada en la Biblioteca del Escorial. *Historia del Puerto de Buenos Aires*, 1892, págs 350 - 352 y por J. T. Medina, *El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España*, Santiago de Chile, 1908, tomo I, 442 - 457. El acápite aludido también en la misma obra pág. 445.

(b) Medina, obra citada pág. 449.

(c) Medina, pág. 141.

(d) J. T. MEDINA, *Los viajes de Diego García de Moguer al río de La Plata*. Santiago de Chile, 1908, págs. 37 - 42

(e) «Dijeron que toda aquella montaña tenía mucho de aquello y que (duraba), posiblemente error de imprenta por distaba, a lo que ellos señalaban CCC Leguas.»

(f) *Colección de obras y documentos relativos a la historia del río de La Plata*, de Pedro de Angelis, tomo I, Buenos Aires, 1836.

(g) *The Guarani Invasion of the Inca Empire in the sixteenth century: an historical Indian migration. The geographical Review*, IV, New York, 1917, págs. 103-121. Compárese P. A. Means, *A note on the Guarani invasion of the Inca Empire*, la misma Revista págs. 482-484.

(h) La suposición de E. v. Nordenskjöld entre otras partes págs. 119-120, que el documento del Embajador Zúñiga se refería al viaje de descubrimiento del portugués Jacques, no resulta, pues en el referido documento el descubridor es considerado expresamente como «castellano». Véase el texto del documento en MEDINA, *Los viajes de Diego García de Moguer*, Santiago de Chile, 1908, pág. 38. Medina duda que las expediciones de Alejo García y las de los compañeros de Montes y de Ramírez sean idénticas. (*El veneciano Caboto*, tomo I, págs. 141-2, notas 20 y 21)

(i) Del Archivo de Indias. Véase Medina, Caboto, tomo I, págs. 1- , nota 8. Compárese al respecto *Geografía y Descripción universal de las Indias*, edición de J. Zaragoza, Madrid, 1894, págs. 551. «Sebastián Caboto. . . . subió e río más de doscientas leguas, desde donde volvió y habiendo hallado plata que había venido de mano en mano de los indios de la Asunción, que en tiempos antiguos habían traído de hacia los indios Charcas, llamó el río de La Plata por esto de este nombre.»

(f) Información hecha por los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla, etc. 28 de Julio de 1530 (MEDINA, *El veneciano Sebastián Caboto*, etc. tomo II, pág. 150-9).

(k) Interrogatorio presentado por Sebastián Caboto, Sevilla 27 de Agosto de 1530. (Medina, en diferentes partes, además en el tomo I, pág. 465.)

(l) Medina, entre otros, tomo II, pág. 436. Si se rectifica la expresión en apariencia corrompida de «Cucaraes» y «Cucarcuraz» y se las reemplaza por «Carcaranaes» o bien por «Carcarañá» se podría deducir que la ruta de marcha de la columna ha sido hacia el W. y más bien hacia el WSW. La región de los indios querandíes debe buscarse hacia el W. de Buenos Aires y de la orilla derecha del Paraná inferior tierras adentro. El propio Caboto en su Mapa - mundi de 1544, indica aquí un río de los querandíes, el que como lo ha demostrado Outes se puede identificar con el actual río Arrecifes, un afluente del Paraná, latitud aproximada 33°45'. Compárese por otra parte con Azara, «*Descripción e Historia del Paraguay y del río de La Plata*, Cap. 18, N.º 7. El río Carcarañá, así llamado porque vivían allí los Guaraníes llamados Caracaraes». Outes, *Notas para el estudio de Geografía histórica rioplatense, La Matanza y el río de los Querandíes, Anales de la Facul ad de Derecho y Ciencias Sociales*, III, 3.ª serie, págs. 643-91, Buenos Aires, 1917.

(m) «Por relación del capitán César que fué uno de los queste declarante envió la tierra adentro, que volvió con siete compañeros, les habian dicho que habían visto grandes riquezas en oro e plata e piedras preciosas.» Medina, entre otros, tomo II, página 160.

(n) «E queste testigo vido las dichas riquezas del dicho oro é plata e piedras preciosas.» Medina, entre otros, tomo I, pág. 468.

(ñ) Medina, entre otros, pág. 465, tomo I.

(o) Parece que Caboto, persuadido por la relación de las gentes de César en el primer instante había optado por colocarse personalmente a la cabeza de una expedición hacia aquel país de oro supuesto, así al menos, es el tenor de las declaraciones de testigos, y así lo indica una carta que Caboto dirigió a su lugar - teniente Grajeda, el que habíe quedado al cuidado de las naves en el puerto San Salvador. Pero en realidad abandonó muy luego este plan, pues la iniciación de las hostilidades de los indios y la destrucción del fortín Sancti Spiritus imposibilitó empresa semejante.

(p) Medina, entre otros, tomo II, pág. 80.

CAPÍTULO IV

EL SUPUESTO PRIMER DESCUBRIMIENTO DE LA CORDILLERA PATAGÓNICA POR LA FUERZA EXPEDICIONARIA DE SIMÓN DE ALCAZABA

El hidalgo portugués Simón de Alcazaba fué uno de los favorecidos con la adjudicación de una Gobernación en el extremo austral de la América del Sur, tal como lo fueron Diego de Almagro y Pedro de Mendoza, de orden de Carlos V, en el año 1534. Debemos contraernos con mayor estudio a la expedición de Simón de Alcazaba que por ese motivo constituye el primer empeño de alcanzar el interior de la Patagonia, y que según la opinión corriente fué la primera expedición que llegó a la cordillera patagónica desde el Atlántico.

Disponemos de un material documental para este estudio, ante todo las relaciones originales detalladas e independientes de dos miembros de la expedición, el «Escribano de S. M.» Alonso de Vehedor (deletreado en ocasiones también Veedor) y de Juan Mori, ascendido más tarde a jefe de columna, como por los datos recogidos por Oviedo en Santo Domingo, de los sobrevivientes de la aniquilada expedición. (a)

* * *

Ya un año antes de que Almagro y Mendoza emprendieran sus expediciones a Chile o al río de La Plata, Alcazaba, en Septiembre de 1534, se había dado a la vela desde España con dos naves y unos doscientos hombres en demanda del Estrecho de Magallanes. Alcanzó el Estrecho, pero a instancias del Capitán Rodrigo Martínez, que comandaba la segun-

da nave «San Pedro» volvió y continuó a lo largo de las costas orientales de la Patagonia hasta un puerto Lobos o Leones, donde Martínez había recalado ya en el viaje de venida a fin de proveerse de agua, y donde estableció sus cuarteles de invierno. Alcazaba, convencido de que la Gobernación que se le había designado se extendía desde el Océano Atlántico hasta el Pacífico, hizo prestar juramento de fidelidad a todas las tripulaciones en su calidad de Gobernador, y el 9 de Marzo de 1535 emprendió la campaña hacia el interior con toda su gente. Aunque esta empresa de Alcazaba oficialmente se basaba en la intención de hacerse cargo de su gobernación, parece sin embargo, que el impulso principal para realizar la campaña por tierra lo fué la información obtenida de los indígenas por el capitán de la «San Pedro» con respecto a la existencia de oro. (b)

El cómodo y enclenque Alcazaba regresó con parte de la tripulación inepta a las naves después de haber nombrado a Rodrigo de Isla como su representante ante el resto de la columna en marcha.

A fin de poder establecer una referencia para la determinación de la más conveniente ruta de marcha y para poder apreciar hasta dónde ha alcanzado la expedición al interior, debemos desde luego tratar de establecer la situación del puerto Leones o Lobos.

La anotación más importante al respecto la encontramos en el diario de Vehedor que es del tenor siguiente: «I llegamos a la bahía del Cabo Santo Domingo..... y entramos en un río que se hacía entre dos montañas, que podía tener seis brazas de pleamar y de baja casi tocaban en seco las naos; púsose a éste por nombre el puerto de los Leones. Item estuvimos en el dicho puerto desde el 26 de Febrero fasta el 9 de Marzo, aderezando todas las cosas..... para entrar a la tierra adentro..... la cual tierra estaba de altura como de cuarenta y cinco grados.» La relación de Mori no nos suministra informaciones para la determinación de la situación del puerto, tan sólo expresa que era «un puerto muy pequeño y muy seguro y junto con tierra». De mayor importancia, es un documento citado por Morla Vicuña (c) del año 1538, y que es constituido por una carta del «Presidente y oidores de la Audiencia de Santo Domingo» dirigido al rey, que indica a las claras que es la expresión de los sobrevivientes de la expedición que después de muchas peripecias al fin lograron

desembarcar en Santo Domingo. La carta expresa que Alcázaba, después de haber abandonado el Estrecho de Magallanes, «se vino la costa abaxo hacia el río de La Plata duzientas leguas de la boca del Estrecho a un puerto que se dice de los Leones, con pensamientos de pasar allí el invierno.»

La misma fuente de información parece haber sido aprovechada por Oviedo, que a decir verdad, nada refiere respecto a un puerto Leones, pero que cita el Cabo Santo Domingo: «y en veynte días llegaron al Cabo de Santo Domingo que decían éstos (los sobrevivientes por él interrogados) que está doscientas leguas poco más o menos, desta parte del Estrecho.» (d) También intentó armonizar la distancia de doscientas leguas hasta el Estrecho de Magallanes con sus cartas, lo que no le ha resultado, pues observa un tanto molesto: «Esto es lo que a mí me aborrece de los cartógrafos que pintan estas cartas de navegar, porque en cuantas que yo tengo, ninguna está conforme en este Cabo Santo Domingo.» Alude a la carta de Alonso de Chávez (por desgracia extraviada) en la que el Cabo Santo Domingo figura nada más que a 170 leguas del extremo oriental del Estrecho de Magallanes.

Del examen de los lugares indicados no se deduce una definida situación del punto de salida de la expedición terrestre. O se acepta la indicación de la latitud de Vehedor (45° aproximados) y se identifica en conformidad a la proposición de R. Guerrero Vergara, (c) al Cabo Santo Domingo con el Cabo del Sur actual, y el puerto Leones con una muy pequeña inflexión entre este Cabo y una isla costera llamada isla Leones, en 45° 04', o bien se prefiere la relación de la Audiencia de Santo Domingo, o sea la relación de Oviedo, y entonces aún aceptando la indicación de nada más que de 170 leguas, debe buscarse el puerto Leones en más o menos un grado de latitud más al norte, o sea, en 44°.

Así Burney, que no conoció la relación de Vehedor, (f) más que por un antiguo derrotero para el tramo de costa entre el río de La Plata y el Estrecho de Magallanes (g), creyó que el puerto Leones situado en 44° de latitud debe ser el considerado como el sitio de fondeo de Alcázaba. Pero también podía ser considerado como tal otro punto de la misma denominación, que según Alcedo (h) estaría ubicado en 44° 13' S.

Hay que rechazar la disertación de J. G. Kohl (i) respecto de la situación del puerto Lobos o Leones, y que llega a la conclusión de que había que buscarlo, ya sea en la actual bahía

«San José (opina que es el puerto San José una bahía amplia de forma elíptica en la costa norte de la península Valdez en 42° 20' a 42° 10' S.) o bien en el vecino golfo Nuevo, en cuyas proximidades tenemos una punta Lobos. No tan sólo los datos de latitud y de distancia de la relaciones originales se contradicen con una ubicación tan al norte del puerto. También la calificación de él, como «puerto muy pequeño y muy seguro y junto con tierra (Mori) corresponde a una inflexión más pequeña de calidad fluvial, y no al amplio y abierto golfo costero de la península Valdez. Por otra parte, la descripción de las islas de la costa pobladas por muchos lobos de mar que hace Vehedor (*j*) corresponde con la topografía cerca del cabo del Sur en 45° 04» (*k*).

* * *

En la consideración que sigue respecto de la expedición de Rodrigo de Isla y de su tripulación hacia el interior, nos fundamos en la relación detallada de Alonso de Vehedor, que es complementada en algunas partes por la de Mori. Debe hacerse notar que la marcha ordenada, al parecer, por el propio Alcazaba, que aún después de su retorno a las naves, siguió desarrollándose, condujo hacia el norte y noroeste («arrimándose algunas veces al norte y otras al noroeste, llevando siempre del Noroeste la derecha») (*l*) y fué determinada por un piloto quien provisto de compás, astrolabio y una carta marina marchaba a la cabeza de la columna (Mori: «como si fuésemos por la mar».)

Después de las primeras quince leguas, contadas desde el puerto se alcanzó una región extensa, desierta, de difícil trayecto («harto mal camino») donde no encontraron que comer, ni madera para lumbre, pero por suerte un par de lagunas con aguas de lluvias estancadas. Después alcanzaron a un caudaloso río, según Vehedor, de 41 a 43 leguas de distancia, y según Mori de 38 a 39 leguas desde el punto de salida de la expedición. Que este río no puede haber sido otro que el río Chubut, el único río caudaloso de la Patagonia occidental, siempre provisto de agua desde su origen a la desembocadura, fué suposición original de Guerrero Vergara (*m*), mientras que J. G. Kohl, que como ya se ha dicho, ha situado el punto de salida en la península Valdez, entre 42 y 43°, pretende relacionarlo con el río Negro. (*n*). Vehedor acentúa lo caudaloso

del río y su profundidad, para cuya travesía tuvieron que fabricar una balsa de madera de sauce. Mori da cuenta que por la semejanza de su caudal y del color de las aguas le asignaron el nombre de Guadalquivir, de este conocido río español, y que el piloto sostenía que desembocaba en la bahía «Sin Fondo».

La indicación recién citada de Mori es particularmente notable. La Bahía Sin Fondo, o como ahora se llama San Matías (*n*), que como se sabe fué descubierta por la expedición de Magallanes el 24 de Febrero de 1520 y explorada con más detención, se encontraba según Albo por los $42\frac{1}{2}^{\circ}$ (*o*) y estaba registrada como una notable inflexión de la costa en las cartas más antiguas. Aparece ya en forma definida en las cartas marinas primitivas. Ya en la carta de Turin de 1523 quedaba bien definida y también en la de Ribeiro, aquí como bahía semi-circular con la denominación «B. sin fondo». Es, pues, natural que el piloto ya mencionado a la cabeza de la expedición, provisto de una carta marina, haya presumido que el gran río «Guadalquivir», que cruzaba el camino de la expedición, tenía su desembocadura en aquella bahía. Aunque esta suposición resultó errada, pues el río Chubut no desemboca en el golfo de San Matías, sino que un poco más al sur, por los $43^{\circ} 20'$, tenemos aquí un importante indicio indirecto para la identificación del Guadalquivir con el río Chubut, como también que el punto de salida de la expedición debe haber estado situado entre 43 y 44° S. o aún más al sur, por haber alcanzado su curso inferior desde el S.W., que en este tramo corre de W. a E.

En conformidad a los datos del itinerario ya citado de Vehedor y de Mori, la comisión debe haber realizado un camino de 40 leguas desde el punto de salida en la costa hasta alcanzar el Guadalquivir. Si suponemos a la legua española itineraria antigua más o menos igual a cuatro kilómetros, (*p*) y si trazamos esta distancia de 160 kilómetros desde uno de los pequeños establecimientos costeros entre 44 y 46° S. en dirección N. N.W., entonces cortamos el valle del Chubut entre 66 y 67° de longitud W., cerca de su unión con el río Chico (que suele secarse) o curso inferior del Senguer, no muy lejos del lugar denominado «Valle Alsina» por la expedición de Fontana del año 1886. (*q*)

En el río encontraron los españoles a unas cuantas mujeres indígenas en una choza primitiva y a un anciano (Mori:

«gente muy bestial»). Las primeras fueron aprehendidas y acarrearon con ellas conjuntamente con una oveja peruana (oveja mansa como las que llevaron del Perú), posiblemente se trate de un guanaco domesticado o bien de una llama, el mismo animal que en tiempos pre - hispanos era empleado para el transporte de carga y por su lana y que era denominado chilhueque. Una vez atravesado el río se continuó bajo la conducción del piloto y de las mujeres indígenas en una caminata de ocho a nueve leguas, por terreno pedregoso, («por unas peñas muy altas») hasta alcanzar a un río de aguas cristalinas en las que se cogió pescado. Este río (según Mori) pudo ser vadeado con cierta dificultad continuando luego por elevado terreno montañoso («entre sierras muy altas») y dos días seguidos por terrenos desprovistos de agua, hasta volver al mismo río por el que siguieron río arriba durante diez a doce días. Vehedor no menciona la pasada por el segundo río, sólo dice que allá fué aprehendida una india anciana, cuyas expresiones de signos alentaron a los españoles a proseguir en el camino, pues creyeron deducir que cinco jornadas más adelante iban a encontrar a gentes con valiosos adornos de oro. Bajo la conducción de esta anciana, y del piloto que siempre continuaba a la cabeza, siguieron por una senda durante cinco días consecutivos, pero el terreno se iba haciendo más pesado, el valle angostaba y las montañas iban acreciendo («las montañas más altas que llegaban al cielo»). Por fin el día de Pascua de Resurrección de 1535 se efectuó la vuelta, después que el piloto hizo saber que se habían recorrido casi cien leguas y que estaban a veintidós días en camino desde la salida de los buques.

Encontramos además la noticia en Vehedor que siguieron a la india anciana en unas treinta leguas, de manera que para el camino total que se siguió después de haber atravesado el Guadalquivir resultarían entre 38 y 39 leguas, o en números redondos 155 kilómetros. La fijación de esta distancia en la carta y en la suposición que la ruta seguida en general es hacia el NW. nos conduce a una latitud aproximada de $42^{\circ} 30'$ y escasamente más allá de los 67° de longitud W. El segundo río que vadearon los españoles se reconoce, pues, fácilmente en el arroyo Tselsen de las cartas argentinas modernas. Este curso de agua proveniente entre masas volcánicas que desaparece de la superficie en una hondonada, por diferencia con otros pequeños ríos, conducen aguas agradables para la bebi-

da, (r) propiedad que se hace resaltar en las relaciones antiguas. (s) La hipótesis establecida por Guerrero Vergara (t) y aún aceptada por Markham que el río en discusión se identifica con el arroyo Calcheta, cuyo curso (también incompleto) se encuentra entre 40 y 41' S., debe rechazarse definitivamente teniendo en vista la presente exposición.

Las declaraciones de Vehedor y de Mori, respecto a las condiciones del último trecho recorrido por los expedicionarios, nos suministran una buena reproducción del aspecto del terreno. En realidad, se trata de un terreno muy quebrado de mesetas en las que en algunas sobresalen unos macizos en forma de montañas, que es surcado por numerosos y profun- dizados cursos de agua, que se pierden en las hondonadas más grandes y que las más conducen aguas insalubres para la bebida y para empleos culturales. Grandes extensiones están desprovistas de agua y la marcha sin conocer los sitios donde se encuentra es aventurada y presenta peligros. Luego es muy probable que los datos de las distancias de ambas relaciones sean exagerados. Como en general ocurre en todas las expediciones de exploración a la Patagonia, las distancias no fueron medidas, sino que calculadas por el tiempo transcurrido en caminarlas. Aún no hacen excepción los viajes de Fontana y algunas expediciones de reconocimiento de las comisiones de límites.

Pero aún sin considerar lo dicho: si se traza en las cartas el itinerario con las distancias indicadas, entonces el punto más alejado por Rodrigo de Isla y su equipaje cae en medio de la montaña escalonada, casi intransitable y aún poco explorada, cerca del límite norte del territorio del Chubut, en todo caso muy distante de la Cordillera, de la que difícilmente habrán podido divisar los más elevados montes nevados en el lejano horizonte occidental. En ninguna de las relaciones hay alguna indicación que la expedición haya estado convencida de que al continuar pocos días hacia el oeste del punto en que volvió podría haber alcanzado hasta un elevado cordón de montañas nevadas. Si Vehedor habla de montañas que alcanzan al cielo debe considerarse que la meseta patagónica constituida en su mayor parte por lavas volcánicas presenta una serie de macizos montañosos, en la mayoría volcanes apagados y montes y grupos de volcanes cortados por las erosiones, y cuya absoluta elevación alcanza la de las cumbres cordilleranas en estas latitudes y que se elevan del nivel

de la altiplanicie en forma que hacen la impresión de verdaderos montes. Así, según Bailey Willis, una zona de mesetas de lava se extiende desde los 66° de longitud W. hasta un grupo volcánico de Anecón Grande en 41° 30' S. - 70° W., cuya cumbre más elevada alcanza a una altura de 2013 metros. Entre 67° y 68° de longitud W. se presume que estas llanuras de lava alcancen más al sur de los 42° S. (u).

Las relaciones respecto de la marcha de la expedición no contienen informaciones que sirvan para dilucidar la cuestión del punto término de la expedición. Como se sabe se produjo entre las tripulaciones una abierta sedición, el jefe fué aprisionado y las tripulaciones marcharon en grupos en completo desorden para regresar a sus buques, donde con el asesinato de Alcazaba y las sangrientas rencillas entre los jefes subordinados toda la empresa tuvo un desgraciado fin.

* * *

En conformidad a lo expresado debe restringirse considerablemente la opinión hasta la fecha valedera de que la expedición de Alcazaba, con la empresa de Rodrigo de Isla, realizó la importante misión de penetrar al interior de la Patagonia hasta las cadenas de montañas de la Cordillera. (v). Puede sostenerse no más que se ha tentado una penetración más profunda hacia el interior de la meseta patagónica, hacia el norte del río Chubut, descubierto en esta ocasión hasta más o menos a medio camino entre la costa oriental y los contrafuertes más avanzados de la cordillera, y que pudo establecerse la pobreza de los suelos, la falta de irrigación y de vegetación, como el reducido número de su población semi-nómada.

Lo que los españoles demandaban aquí con insistencia, dar con la existencia de oro en el lejano interior, fué alcanzado nada más que indirectamente. Los indios conocían muy bien el metal amarillo del que los españoles les enseñaban muestras e indicaban hacia el interior, más adelante de la dirección de marcha, donde moraban gentes que portaban muchos adornos de oro en sus cuerpos, a saber, en forma de aros, como diademas y de adorno de las narices, como sobre los hombros. (Vehedor: «Había mucho oro que habían colgado en las orejas y cabellos y narices»; Mori: «Traían el oro en las orejas é en los hombros en mucha cantidad.»)

No tenemos que discernir aquí si esta noticia indica cono-

cimientos que los indios nomadizantes de la región hayan adquirido por el contacto con las tribus de cultura incaica, lo que no es imposible, pues hasta el Neuquén actual como lo demuestran algunos nombres indígenas, es seguro poder establecer esta influencia. Por otra parte, algunos valles afluentes al Chubut y los aluviones en los valles de los contornos orientales de la cordillera, entre 41 y 44° S. se distinguen por los yacimientos de oro. Ya Fontana informa de un «Cañadón de oro» que está indicado en su carta en la ribera norte del río Chubut un tanto al oriente de los 70° de longitud W. (w) Más al oeste se han descubierto yacimientos de oro en el valle del Teca y del Corintos, y más allá de la línea divisoria continental de las aguas, también en algunos parajes del Valla Nuevo y no hay duda que los aborígenes migrantes en sus tierras hayan tenido conocimiento de estos yacimientos la época pre - hispana.

Por último, debemos mencionar que la tradición posterior ha conservado las informaciones referentes al oro de las relaciones originales de la expedición Alcazaba o que las ha alterado. Así, por ejemplo, el padre Diego de Rosales en su *Historia General del Reyno de Chile* del año 1674, (x) relata que los indios que alternaron con los españoles en el puerto Leones presentaban adornos de planchas de oro en sus orejas y que habían manifestado que en el interior del país existía una gran población, «muy rica y opulenta de oro» por lo que Alcazaba había decidido ir en su rebusca. Como parece, se introduce ya rasgos que desde el principio del siglo XVII dicen relación con la creencia en un fabuloso país de oro (los Césares) en el interior de la Patagonia o de las cordilleras australes.

(a) VEVEDOR: *Relación de las cosas que sucedieron en la armada de Simón de Alcazaba*, etc. El documento ha sido reproducido en varias partes, optamos por la publicación del *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo V, págs. 433-448, con notas de R. Guerrero Vergara. Compárese la traducción inglesa de Sir Clements Markham en *Early Spanish Voyages to the Strait of Magellan* (edición de Hakluyt Society, 2nd series, Londres, 1911, págs. 133 - 56) MORI, *Relaciones del desgraciado viaje que hizo... la armada de Simón de Alcazaba*, etc. *Anuario Hidrográfico*, tomo VII, 1881, págs. 559 - 576. Véase también C. MORLA VICUÑA, *Estudio histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia*, etc., Leipzig, 1903, pág. 216 - 224. OVIEDO, *Historia General y Natural de las Indias*, libro XXII (edición, Madrid, tomo II, 1852).

(b) Mori: Que unos indios que le habían traído ciertas muestras de oro y que en tre tanto que allí estuvieron, podían entrar por la tierra dentro a buscar poblado de indios.»

(c) *Estudio Histórico*, págs. 225 - 6.

(d) *Historia*, libro XXII, cap. 2.

(e) *Anuario Hidrográfico*, tomo V, pág. 437, nota 13.

(f) *A Chronological history of the voyages*, etc. Parte I, 1803, pág. 173.

(g) HAKLUYT, *Collection of voyages*, vol. 3, pág. 724.

(h) *Diccionario geográfico histórico de las Indias Occidentales*, Madrid, 1788.

(i) Historia de los viajes de descubrimiento y expediciones al Estrecho de Magallanes (*Zeitschr. d. Ges. f. Erdk.* Berlin, tomo XI, pág. 374).

(j) «Allí descubrió unas islas en la mar, en las cuales hallaron mucha cantidad de bestias que algunos decían que eran lobos marinos,» etc.

(k) Los nombres dados a los puertos, cabos, islas y escollos (como leones de mar, lobos marinos) son numerosos en la costa oriental patagónica y su situación en las cartas antiguas exigiría algún interés por nuestra parte del párrafo citado de Vehedor parece deducirse que el punto de internada de Alcazaba «Puerto Leones» le ha sido adjudicado por la expedición en el año 1535, pero por otra parte ya figura una tierra Leones, o arrecife Leones, en la latitud más o menos correspondiente en las cartas de los tiempos de la expedición de Magallanes. Así en la carta del vizconde Maiollo (1527) se observa una «tierra de Lobos Marinos» y un arrecife inmediato al sur de la península Valdez (en la carta no tiene nombre) caracterizado por sus definidos promontorios hacia el NE. y SE. y en la carta de Ribeiro (1529) en más o menos 44° S. aparece la «gran Bahía sin Fondo» y hacia el sur de ella un «arrecife de Lobos». Debemos agregar que la relación de Mori manifiesta que el puerto Lobos de Alcazaba también es un puerto que llaman «recife de Leones» (*Anuario Hidrográfico*, VII, pág. 560). El mapa-mundi de Sebastián Caboto de 1544 no contiene el puerto «Leones», pero presenta una ligera inflexión de la costa y una bahía bastante espaciosa con el nombre de Santo Domingo, que ya no figura en las cartas posteriores de la región.

El puerto Leones se ha mantenido en las cartas hasta los últimos tiempos coloniales con oscilaciones pequeñas en su latitud. N. Sansón Abbeville registra el puerto Leones en su carta de Chile, según datos de Ovalle, en la desembocadura de un supuesto río Desaguadero, en la costa patagónica oriental, por los 43½° S., en forma de una bahía más o menos grande con una isla en las proximidades del sur de un cabo Redondo. La misma ubicación y el mismo dibujo presenta la carta de G. Sansón en la edición parisiense de 1669.

Una carta holandesa «Paskarte van het Zuydelyckste van America van Río de la Plata tot Caap de Hoorn», del año 1664, coloca al puerto de los Leones como espaciosa bahía, con una isla en su boca, por los 44° S. y le agrega el cabo Redondo como proyección austral de la costa. M. de l'Isle en su carta del Paraguay, de Chile, etc., (París, 1703) presenta hacia el norte de 44° S. un port de Lyons y el Cabo Redondo. La carta de la América del Sur de Cruz Cano y Olmedilla (1775) contiene un puerto Los Leones y un cabo Redondo en 43°50' S., además en ella a muy escasa distancia de los 45° aparece una pequeña isla de los Leones marinos.

La carta de la América del Sur de Arrowsmith (1839), adjunta al primer tomo de la obra de la expedición de Fitzroy, de la que posiblemente se deriven la mayoría de las representaciones modernas del litoral patagónico oriental, no contiene un puerto Leones o Lobos, pero cerca de 44° muestra un cabo Lobos Head e inmediato a los 45° una isla Lobos, que ambos aparecen en las cartas argentinas modernas.

(l) Juan de Mori difiere un poco al manifestar: «caminando de continuo para el noroeste y otras veces hacia el oeste» y Herrera (Dec. v, lib. VII, cap. v) repite este dato casi con las mismas palabras. Pero habría que darle la preferencia a la circunstanciada determinación de la ruta dada por Vehedor, según la cual por lo general era entre «NW. y N, una más exacta fijación resulta imposible. También Markham traduce: «The direction was NW., turning sometimes to north, but always keeping NW. course» (*Early voyages*, etc., pág. 145).

(m) *Anuario Hidrográfico*, tomo v, pág. 439, nota.

(n) También en pág. 375.

(ñ) No se comprende la razón que ha asistido a Humboldt (*Krit. Untersuchungen*, etc., edición de Ideler, tomo I, pág. 303, nota) para establecer la conclusión de que el nombre San Matías no corresponde a la bahía actual de este nombre, sino que a otra situada 1% más al norte, la bahía de Todos los Santos (¿San Blas?) entre las desembocaduras del río Colorado y del río Negro.

(o) NAVARRETE, *Colección*, tomo IV, pág. 214.

(p) Respecto a la antigua medida de longitud española, la legua itineraria, A. Bertrand ha disertado al respecto en «La Puna de Atacama» (*Anuario Hidrográfico* tomo X, págs. 245-6) que sin más trámite puede aplicarse a las formaciones terrestres de alta planicie semejante de la Patagonia oriental. Según su cálculo la verdadera longitud de la legua itineraria es de 4170 metros, en tanto que la legua marina contada a 20

y la legua geográfica lo es de a 20 por grado de Ecuador, que alcanza a 5569 y 6350 mts. respectivamente. Sin embargo, en la región de la Puna, bajo la suposición de 4170 metros resultaban exageradas las antiguas indicaciones de distancia. Para las indicaciones de la marcha de la expedición de Alcazaba debe considerarse como suficiente aproximación a la realidad la suposición de 4 kilómetros por legua.

(g) *Viaje de exploración en la Patagonia austral*, Buenos Aires, 1886, pág. 62, también la expedición de Fontana encontró el río demasiado correntoso para cruzarlo vadeando, aún en un tramo bastante río arriba, en el llamado «Paso de los Indios» hizo construir Fontana unas balsas de madera de sauce, como otrora lo hiciera Rodrigo de Isla, y empleó dos días en el traslado. También en otras partes pág. 64 - 5.

(r) A. Windhausen, «Informe sobre un viaje de reconocimiento geológico en la parte nordeste del territorio del Chubut, con referencia especial a la cuestión de la provisión de agua de Puerto Madryn.» (*Dir. Gen. de Minas, Geol. e Hidrol. Boletín*, N.º 24, Buenos Aires, 1921, págs. 12 - 12.)

(s) Vehedor, «y la agua del río era la linda y la más sustanciosa que los hombres vieron, porque aunque la bebíamos ayunas, nunca a hombre hizo mal alguno ni se acordó de vino.» (*Anuario Hidrográfico* V. pág. 440) Oviedo, «E podrían haber andado hasta cien leguas en las cuales descubrieron un río de muy buena agua é muchos pescados y grandes», etc. (*Historia*, también en otras partes, pág. 161.)

(t) *Anuario Hidrográfico*, tomo v, pág. 440, nota 18, además corrección correspondiente en el *Anuario Hidrográfico*, tomo vii, pág. 566, nota 15.

(u) Forte - first parallel survey of Argentine. (*Compte - Rendu* 12, Sess. Congr. Géol. Internat., Ottawa, 1914, pág. 718 y siguientes). Le corresponde «General Map of the Northern Patagonia 1; 1500000. También la descripción de los valles de los ríos de esta región corresponde con las de las relaciones antiguas: «The valleys, though generally wide, narrow occasionally to mere gateways. . . . the relief being thus rugged and the valleys thus difficult to follow», etc.

(v) K. KRETSCHMER, *Die Entdeckung Amerikas* u. s. w. El descubrimiento de América etc., Berlin 1892; pág. 399. Exagerada por completo es la opinión de J. G. Kohl de que a Rodrigo de Isla le incumbe el honor de haber sido el primero en haber atravesado y reconocido como primero toda la Patagonia y haber alcanzado a divisar los Andes desde un punto tan austral de donde nadie aún los había divisado». Cree que el punto más distante de la expedición debe buscarse en las proximidades del origen del río Negro en el brazo del sur (o sea en las vecindades del lago Nahuelhuapi) y que Rodrigo de Isla si hubiese logrado dominar en obediencia a sus subordinados, quizás habría podido atravesar los Andes y adelantarse a Pedro de Valdivia en el descubrimiento de Chile austral (!) (*Historia de los descubrimientos*, etc., *Zeitschr. d. Ges. f. Erdk.* Berlin, tomo xi, pág. 376). Que hay opiniones muy erradas en la literatura alemana geográfica respecto de la expedición de Alcazaba lo demuestra una expresión de Polakowsky, quien asevera que la tripulación de Alcazaba ha fundado el 26 de Febrero de 1535 en el puerto Leones, «el primer establecimiento europeo en la Patagonia» (!) (*Contribución a la historia de la conquista de Chile*, *Zeitschr. d. Ges. f. Erdk.* Berlin, tomo xxi, 1886, página 2).

(w) «En el Cañadón del Oro y desde el Paso de los Indios (un tanto hacia el oeste de los 69º de longitud W.) se encuentran granos pequeños de oro puro, mezclados con la arena del río. . . . Nosotros hemos encontrado hasta diez granos de oro puro por palada de arena. (*Viaje de exploración en la Patagonia austral*, Buenos Aires, 1886, págs. 65 y 68).

(x) Edición de B. Vicuña Mackenna, Valparaíso 1877, tomo i, pág. 31.

CAPÍTULO V

PROGRESO DE LAS EXPEDICIONES DE CONQUISTA DE LOS ESPAÑOLES DESDE ALMAGRO HASTA LA MUERTE DE PEDRO DE VALDIVIA

La determinación de las principales líneas de dirección del gran sistema montañoso sudamericano fué realizada por las campañas de conquista de los españoles desde el N. y NW. Aquí ya sus primeras embestidas hacia el interior les permiten conocer en forma muy definida la naturaleza de la alta cordillera, cuyos contrafuertes hacia el oriente y occidente tuvieron que remontar para alcanzar los centros principales aborígenes de estados establecidos, de cultura indígena. Corresponden al decenio entre 1530 y 1540 nada menos que cinco magnas expediciones, las que, todas bajo enormes dificultades, condujeron por sobre las elevadas cadenas de montañas y por las altiplanicies de las cordilleras tropicales y sub-tropicales, a saber: la expedición de Francisco Pizarro hacia Cajamarca, (1532) y su avance hacia Cuzco pasando por Jauja; las expediciones de Alvarado y Belalcázar desde la costa occidental hacia la altiplanicie de Quito (1533 - 34), y la expedición de Almagro desde Cuzco hacia Chile (1535); también la embestida de Gonzalo Pizarro desde Quito hacia las llanuras orientales pertenecen a la serie.

La expedición de Almagro fué la primera que en el lado occidental del continente avanzó hacia regiones fuera de los trópicos, en cuyo seguimiento caminó largos trechos en dirección a la altiplanicie andina interior, y cruzó el ancho de la cordillera entre las actuales provincias del NW. argentino y el Atacama chileno. El cronista Oviedo y Valdés estaba per-

fectamente informado al respecto. Conoció una relación enviada por Almagro al emperador y probablemente también la «Carta de Navegar» que había hecho confeccionar de Chile por tres pilotos. Llega a criticar estos documentos porque fijaron la latitud del Estrecho de Magallanes en 56° S., o sea $3\frac{1}{2}$ más al sur que la verdadera «Carta de Navegar»; también manifiesta dudas con respecto a la latitud hasta la que alcanzó la expedición exploradora de Gómez de Alvarado, enviada con anterioridad por Almagro. (a)

El mismo cronista nos informa que Almagro, después de haber deducido de la relación de su subjefo que proseguir la marcha hacia el sur chileno lo llevaría a regiones siempre más inhospitalarias y pobladas de tribus hostiles, y que había solicitado informaciones precisas si aquende de la «Cordillera de la nieve que hasta el Estrecho prosigue» existirían tierras más aptas para establecerse. Los exploradores enviados con este propósito no pudieron avanzar con sus cabalgaduras debido a las dificultades que les opuso el terreno y regresaron al segundo día de marcha. Después de esto se produjo la vuelta de Almagro hacia el norte desde Chile, o sea, desde el valle del Aconcagua, donde había establecido su campamento principal.

Gómez de Alvarado, avanzó hasta el Itata, hasta los 37° sur, según las relaciones de Góngora Marmolejo (b) y de Mariño de Lobera (c) y nada más que hasta aquí puede haber alcanzado en el año 1536 el conocimiento visual de la alta Cordillera, la que en el avance hacia el sur les ha servido de guía y de dirección.

La ancha faja desconocida que existía respecto a la configuración de la costa entra las latitudes de Magallanes y las proximidades de Valparaíso, desde donde un buque de la expedición de Almagro intentó reconocer la costa hasta el Estrecho de Magallanes, como le había sido ordenado, (d) lo que tan sólo logró realizar un buque de la expedición de Camargo en 1540. Después de haber franqueado el Estrecho había seguido a lo largo de la costa chilena, y había recalado en un puerto en el litoral de Arauco por los $37\frac{1}{2}^{\circ}$, también había fondeado en la bahía de Valparaíso donde los emisarios de Pedro de Valdivia, que entonces se encontraba empeñado en su campaña de conquista de Chile, que había alcanzado al vecino valle de La Ligua, alcanzaron a encontrar los restos de las fogatas del campamento de la tripulación española. (e)

Se pudo observar que tanto aquí, como en el norte del

continente, en el Amazonas y en Venezuela, la geografía combinatoria del cronista había aventajado en mucho a la exploración en el terreno. (f)

Si se tiene presente esta realidad, llama tanto más la atención que en la primera repartición de las tierras de la América del sur, que fué realizada por el Emperador Carlos V en 1534 por primera vez, y aún más tarde, la cadena de montañas que constituye una barrera natural muy efectiva no haya merecido ni la menor consideración. En la mencionada repartición había quedado establecido que hacia el sur de Nueva Castilla, la Gobernación de Francisco Pizarro, cuyo limite sur era más o menos el paralelo de 14° S., se creaban tres nuevas gobernaciones en dirección N.-S., de las cuales cada una se extendía doscientas leguas. Diego de Almagro, Pedro de Mendoza y Simón de Alcazaba eran los agraciados con estas partijas recién creadas del imperio colonial español.

Respecto de su extensión este - oeste parece que al principio no ha habido una comprensión definida. En todo caso, ya en 1549 el licenciado Pedro de la Gasca, fué enviado al Perú con poderes reales para imponer la paz en la contienda desarrollada entre los diferentes lugar - tenientes del rey, para lo cual se hizo asesorar por unos expertos pilotos y de cuyo cometido existe una detallada relación suya al Consejo de las Indias. (g)

En ella, al referirse a la gobernación de Almagro, dice: «Y que así la dicha gobernación de Almagro era toda la tierra que se contenía Oeste - Leste entre los dos paralelos que distaban por la equinoccial, el primero por catorce grados escasos y el otro por veyntycinco grados escasos de mar a mar.» También la concesión con que fué agraciado Pedro de Mendoza alcanzaba como la anterior desde el mar del Sur, hasta el mar del norte, pues, la real cédula de 1534, lo facultaba para tomar posesión desde Buenos Aires de las doscientas leguas de las costas del mar del Sur. Por último Alcazaba estaba convencido que la extensión de su gobernación (denominada Nueva León) se extendía de un mar al otro, por lo que realizó la toma de posesión con una solemne ceremonia en un punto de la costa oriental patagónica, desde donde marchó hacia el interior a fin de alcanzar el litoral del mar del Sur. (Véase el Cap. IV).

Pero que también la corona española estaba convencida de esta comprensión lo demuestra la Real Cédula del año 1536,

en que es agraciado Francisco de Camargo con la Gobernación de Nueva León por la que se interesaba y que había quedado acéfala por el asesinato de Alcazaba. El documento establece que la gobernación se extiende a la costa del Pacífico hasta el Estrecho de Magallanes y tierras vecinas y del lado del Atlántico hasta la zona encomendada a Mendoza. (h)

Se tomaron todas estas disposiciones a pesar de que en el Consejo de Indias y en la Casa de Contratación de Sevilla existía una sección especial para la recopilación y valorización del material de cartas y de las relaciones que llegaban de ultramar, (i) como lo demuestra el párrafo recién citado de Oviedo, que se refiere a la extensión de cordillera desde el Perú hasta el Estrecho de Magallanes, o sea, que atraviesa las tres gobernaciones, a pesar de que estaban en antecedentes (j) y que sabían bien, por las relaciones de Almagro, que la cordillera presentaba una barrera cubierta en muchas partes por nieves y hielos, y vastas superficies desoladas, que separan a los países del Pacífico del interior del continente.

Igual abstracción de las cordilleras la encontramos en diferentes documentos oficiales de los años 1537 - 1552, que se refieren a la investidura de la gobernación de Chile (Nueva Extremadura) de Pedro de Valdivia. En ninguna parte se fija el límite oriental de otra manera que por la fijación de determinada distancia de esta línea desde la costa del mar Pacífico. Así, por ejemplo, en la Providencia real de 18 de Abril de 1548, que La Gasca extendió en favor de Valdivia dice: «Os doi é asígno por governación é conquista desde Copiapó que está en veinte i siete grados de altura de la línea equinoccial a la parte del sur hasta cuarenta y uno de la dicha parte, procediendo norte - sur por meridiano, é de ancho entrando de la mar a tierra hueste - leste cien leguas», etc. Esta disposición fué confirmada en todas sus partes por real cédula de 31 de Mayo de 1552. (k)

Valdivia podía, pues, referirse sin más a sus títulos legales y poderes conferidos cuando ya en los primeros años de su gobierno intentó confirmarlos también al otro lado de las Cordilleras. No es preciso hacer hincapié aquí en que la gobernación, cuyo límite oriental estaba a cien leguas, o en números redondos a seiscientos treinta kilómetros, distante de la costa (considerando la legua de $17\frac{1}{2}$, por grado de Ecuador) no tan sólo abarcaba a toda la región de cordillera en toda su anchura sino hasta el oriente de algunas provincias

argentinas occidentales y territorios desde Tucumán hasta el Neuquén y que a los 45° casi alcanzaba al Atlántico.

Cuando en el año 1535 fué promulgada la cédula real que ordenaba extender la jurisdicción de la gobernación hasta el Estrecho de Magallanes, sin haber alterado los límites este-oeste de las cien leguas, pudo Valdivia desde los 44 1/2° hacia el sur considerar que todo el continente en toda su anchura quedaba dentro de su concesión.

En varias cartas al Emperador Carlos V, Valdivia ha aprovechado la oportunidad para dar a conocer el carácter geológico de Chile en un sentido más amplio. No presenta una representación continuada, que debería haber sido elaborada por los cosmógrafos, tanto para el interior como de la costa y que en primera ocasión debería ser enviada al emperador, pero es dudoso que haya logrado hacer semejante representación del país.

Con respecto a la alta cordillera encontramos una noticia en un documento del 26 de Octubre de 1552, en el que Valdivia da cuenta de su expedición emprendida hacia el sur de Chile la noticia de que ha seguido a lo largo de una cadena de montañas en su viaje al sur, montaña que corre desde el Perú y que continúa a lo largo de todo el reino de Chile a una distancia de quince a veinte leguas y aún más del mar, y que es atravesada por el Estrecho de Magallanes («una cordillera que viene del Perú é va prolongando todo este Reino, yendo a la continua en quince y veinte leguas e menos de la mar, y esta traviesa y la costa el Estrecho»). (1)

Debe hacerse notar en la última frase la afirmación de la continuación de la Cordillera más allá del Estrecho de Magallanes. Valdivia no puede haber obtenido esta información más que por las cartas confeccionadas en España, y llama tanto más la atención, pues las cartas más antiguas de que disponemos en las que las cordilleras figuran claramente como cadena meridional del lado occidental del continente, como en el Mapa-mundi de Caboto de 1544, hacen terminar la montaña a buen trecho del Estrecho de Magallanes.

En la misma carta de 1552, Valdivia da cuenta de su marcha hacia el sur de Chile que para la ampliación del horizonte geográfico en esta dirección ha llegado a ser muy importante.

De la ciudad de Valdivia emprendió la marcha entre la costa y la cordillera en dirección al Estrecho (el de Magalla-

nes) alcanzando hasta los 42°, donde un curso de agua ancho, de más de una milla, le cerró el camino. Había continuado por este curso en dirección recta hacia la sierra, donde encontró un lago de donde provenía ese río y que, según cálculo concordante de dos de sus acompañantes, medía cuarenta leguas de circunferencia. De aquí volvió nuevamente a Valdivia.

Frente a una opinión antigua, que sostiene Barros Arana en su *Historia General de Chile*, (m) Valdivia no ha podido avanzar más que hasta las orillas del lago Ranco (más o menos en 40° 15' S.) cuyo caudaloso desagüe, el río Bueno, habría presentado insuperables dificultades para su travesía, se puede sostener con cierta seguridad, en virtud de investigaciones más recientes, particularmente de las de Thayer Ojeda (n) de que la expedición alcanzó mucho más al sur, probablemente hasta el canal de Chacao, un brazo de mar semejante a un río que separa a la isla de Chiloé del continente. El gran lago a que se refiere Valdivia correspondería a la hoya norte del golfo de Ancud, que constituye parte del Mar Interior de Chiloé, suposición que se puede fundar en diversos documentos geográficos y también en documentos posteriores en los que es denominado «Lago Grande», (ñ) (no debe confundirse con la bahía de Ancud en el extremo NW. de Chiloé).

Con respecto al retorno de Valdivia a la ciudad de su nombre carecemos de datos fidedignos. Es probable que a fin de evitar la travesía difícil del río Maullín en su curso inferior haya seguido una ruta más oriental que la en el viaje de venida, y que ahora en esta otra ocasión haya descubierto el lago de Llanquihue. (o)

En todo caso se puede suponer que Pedro de Valdivia, cuyo avance hacia el sur tuvo por objeto principal alcanzar al Estrecho de Magallanes, o sea, al límite de su gobernación, ha podido avanzar hasta donde lo podría haber realizado una fuerza armada bajo considerables dificultades, o sea, hasta el canal Chacao, extremo austral del valle longitudinal chileno. Con respecto a la continuación de la costa hacia el sur, donde el mar penetra en numerosos canales y esteros hacia la boscosa cordillera patagónica, pudo responder tan sólo la expedición náutica de Francisco de Ulloa, ordenada por Valdivia, y que en el año 1554 alcanzó hasta el Estrecho de Magallanes. (p)

Mientras que Valdivia en su propia expedición hacia el

sur se mantuvo a mayor distancia de la cordillera, algunos de sus lugar-tenientes, por orden de él, efectuaron exploraciones hacia el muro montañoso y lo atravesaron en algunos puntos y llegaron hasta las llanuras hacia el oriente. Por desgracia poseemos nada más que muy pobres noticias de estas empresas.

Pertenece a ellas las incursiones de Francisco de Villagra, (q) que en el año de 1551, en viaje de vuelta al Perú, desde donde debía traer fuerzas combatientes para Valdivia en Chile, restableció la autoridad de su jefe en Tucumán, y quien continuando por el país de los Comechingones (en la sierra de Córdoba) llegó a la provincia de Cuyo, donde se vió detenido por la estación de invierno. Desde aquí hizo una embestida hacia el sur, a fin de avanzar hacia la «tierra de los Césares» que ya entonces alborotaba las mentes de los conquistadores aventureros, (véase Cap. VII), y parte de la expedición siguió viaje al interior al mando de Gabriel de Villagra. Un documento nos habla de una formidable tempestad de nieve que sorprendió a la tropa en la alta cordillera en el día de San Juan (r) pero no es posible determinar el paso que aprovechó para la travesía. Francisco de Villagra parece que volvió a Chile por el paso de la Cumbre, «descubriendo el camino del Inga para volver a este Reino,» como observamos en otro documento. (s)

Fuera de la expedición de Villagra, encomendó Valdivia al mismo tiempo a Francisco de Aguirre y a Francisco de Rivera para hacer dos expediciones hacia el oriente de la cordillera. Aguirre, que ya había sido nombrado lugar-teniente en Tucumán, debía atravesar la cordillera a la altura de La Serena y someter a las provincias andinas orientales desde el paralelo de 26° hasta el límite norte de la jurisdicción del tribunal de justicia de Santiago de Chile. Existe una breve noticia en un escrito del Cabildo de La Serena al rey, de 8 de Noviembre de 1552 (t) que en lo principal no se refiere más que a la cuestión de someter y repartir los aborígenes entre los «encomenderos españoles», y Rui Díaz de Guzmán en su *Historia Argentina* hace referencias a 47.000 indios juries y tonocotes que Aguirre hizo repartir entre 56 encomenderos. No tenemos noticias respecto a los pasos cordilleranos frecuentados por los capitanes chilenos, pero puede suponerse que lo hicieron por el paso de San Francisco, usado ya en tiempo de los Incas para el tráfico de La Serena, Coquimbo, Copiapó y

otros lugares del norte de Chile, para llegar, por los valles de Calchaquí hasta Tucumán y actuales provincias argentinas del NW. (u) De la expedición de Riveros informa Valdivia en su carta de 26 de Octubre al Emperador, que hay tráfico por la cordillera «por las espaldas de esta ciudad de Santiago», luego posiblemente por el paso de la Cumbre o de Uspallata, y que conducen indígenas del otro lado de la montaña para trabajos a servidumbre (esclavitud). (v)

El primero de los lugar - tenientes de Valdivia que atravesó la cordillera en latitud austral, probablemente entre 39 y 40° S., y quien alcanzó desde el oeste hasta las llanuras del Neuquén, parece haber sido Jerónimo de Alderete. Morla Vicuña ha allegado algunos documentos respecto de este acontecimiento, que posiblemente haya sucedido entre 1550 y 1552. Según opinión de un testigo que pretendió haber oído personalmente la relación de Alderete, cuando éste hubo vuelto a España, la cosa parece haber sido una tentativa realizada con ochenta jinetes escojidos, para llegar a las llanuras más allá de la cordillera. (w) Luego se habla de una batalla con los indios, de los que más o menos 10.000 se habían juntado en una hondonada para enfrentarlos, y que los habían tenido tan a mal traer que los obligaron a retornar a Chile.

Estas y otras embestidas de los españoles hacia las lomas y llanuras del contorno oriental de las cordilleras fueron designados como «Jornada de la Sal», y se observa que los parajes que eran el objeto de sus expediciones semejantes eran designados con denominaciones como «Trapanada», «Linlin» o bien «Noticias de César». Aunque el objeto principal de estas empresas casi siempre lo constituía el descubrimiento de nuevas regiones de densa población indígena a fin de obtener esclavos para las labores mineras de Chile, sin embargo, la designación de «jornada de sal» incluye aún otra causa. La cuestión era de proveer de sal a los conquistadores de Chile, de las salinas de los faldeos orientales de la cordillera y de las regiones limítrofes de secano de la Pampa. (x) Los españoles, al proceder así, no hicieron más que seguir el ejemplo de los araucanos aborígenes, que desde antiguo mantenían un comercio primitivo por los pasos cordilleranos, en especial, por el de Villarrica, a fin de trocar la sal por los productos de sus industrias, entre ellos tejidos y varillas de coligüe, indispensables para fabricar lanzas para usos guerreros. En los documentos de mediados y de la segunda mitad del siglo XVI encon-

tramos algunas indicaciones hacia la necesidad en que se encontraron los españoles de terminar con la escasez de sal en Chile. (y)

Consideración especial merece en este desarrollo una segunda expedición de Francisco de Villagra, la que según parece emprendió en Octubre o Noviembre de 1552, pues es la que nos suministra las primeras noticias de los parajes hacia el oriente de las cordilleras y que abarcan hasta el límite norte de la Patagonia propiamente tal. Como Valdivia lo hace saber al emperador, Villagra debía partir de Villarrica, situado en 40° S., hacia el mar del Norte, que según los aborígenes de la región estaría distante unas cien leguas desde allí.

Respecto a la realización de este viaje tenemos una relación en la *Historia General del Reyno de Chile*, del padre Diego Rosales, que debe merecer atención especial porque Rosales, que personalmente realizó un viaje hacia las llanuras del río Limay, conocía el carácter del terreno, los ríos que debían ser atravesados, etc., y en consecuencia, podía juzgar la ruta de marcha de Villagra con conocimiento de causa.

Escribe (z) que Villagra realizó el tránsito por el «camino de la Villa Rica» con toda facilidad, pues el camino es plano, aunque conduce por entre «montañas y serranías». Ya a los pocos días había alcanzado a las pampas y llanuras», que se extienden hasta Córdoba y Buenos Aires, y que al pie de la Cordillera alcanzaban hasta el Estrecho de Magallanes. Que no había divisado tierras para cultivos, sino nada más que estériles (arenales) extensiones arenosas, también que el clima era muy distinto del de los «suaves aires del Chile de esta banda de la Cordillera». La tribu de indios puelches que encontró era «gente sin policía, ni sembrados», vivía nada más que de la caza y realizaba comercio con plumas de avestruz y piedras de bezoar.

Cuando Villagra pretendió seguir su marcha hacia el oriente, para alcanzar al mar del Norte como se le había ordenado, vió su camino obstruido por un gran río, y se vió obligado a torcer hacia el sur, y ahora tuvo a la cordillera de su mano derecha y a la izquierda un «caudaloso río que desemboca cerca de Buenos Aires.» En este camino encontró las agunas del correntoso río Limucan, que nace en la cordillera a espaldas de Osorno, y como no lograra vadearlo regresó a Valdivia después de realizar una marcha de 70 leguas. En el viaje de regreso parece que tuvo que sostener combate con

algunas tribus montañeses que se habían atrincherado en una «cueva» y que ultimaron a algunos españoles por medio de disparos de flechas emponzoñadas.

Esta relación del padre Rosales nos permite fijar la ruta de la expedición de Villagra con cierta aproximación. Conducía por uno de los pasos ya bastante frecuentados en la época pre-hispana hacia el oriente del lago Villárrica, posiblemente el paso de Mamuil - Malal, que atraviesa la cordillera al pie del volcán Lanin, a una altura de 1200 metros y que es relativamente de fácil tránsito, de tal manera que en los tiempos recientes se le ha considerado adecuado para el emplazamiento de una vía andina ferrocarrilera. (aa)

Villagra ha continuado por el ancho valle de Mamuil - Malal y más allá siguiendo por el río Malleco ha llegado a la pampa, hasta que un gran río le ha interceptado el camino, que no puede haber sido sino el río Aluminé o Collon - curá, que corre de norte a sur y que lo obligó a desviarse hacia el sur. Después de haber seguido por el camino de los indios que conduce al lago Nahuelhuapi, donde ha tenido la cordillera a la mano derecha, como lo expresa Rosales. El río grande que quedó a la izquierda del que se dice que «desemboca cerca de Buenos Aires», no es otro que el río Limay, afluente principal austral del río Negro, que desde su nacimiento en el lago Nahuelhuapi, hasta allí donde lo acompaña la antigua senda india principal, toma dirección casi directa al norte, de manera que Villagra, que venía del norte, quedaba a izquierda.» Coincide más o menos con respecto a este río lo que Rosales dice al referirse a él, «río fugaz», (correntoso) que más o menos a la espalda de Osorno abandona la cordillera. El Limay que en el tramo expresado no es vadeable en ninguna parte impidió el avance de Villagra, como le sucedió casi cien años después al padre Rosales.

De la vuelta a Chile de Villagra, fuera de la bastante somera relación de Rosales, tenemos una noticia en un documento (bb) según el cual la cordillera fué atravesada veinte jornadas más arriba hacia el Estrecho, o sea más al sur que en el viaje de salida. Los indios defendieron el paso, que no es posible identificar, (¿Puyehue, Cajón Negro?) y aquí posiblemente también tuvo lugar la escaramuza de que nos informa Rosales. (cc)

Villagra además ha realizado una tercera expedición más grande de exploración por orden de Valdivia, a fin de prepa-

rar la fundación de una ciudad en los confines australes, que alcanzó a visitar corto tiempo antes el Gobernador. Durante esta expedición siguió por el lado occidental de la cordillera, y parece que no avanzó más allá del canal de Chacao o hasta el golfo de Reloncaví. En el viaje de retorno, cuando como se presume se encontraba entre los lagos de Rupanco y de Puyehue, lo alcanzó la noticia del gran levantamiento de los indígenas y de la muerte de Pedro de Valdivia, (1.º de Enero de 1554), acontecimientos que causaron una paralización transitoria en el avance de los españoles en ambas bandas de la cordillera del sur. (dd)

(a) OVIEDO Y VALDES, *Historia General y Natural de las Indias*, Lib. 47, Cap. v.

(b) *Colección de historiadores de Chile*, tomo II, pág. 5.

(c) Misma obra, tomo IV, pág. 33.

(d) OVIEDO, *Historia*, Lib. 47, Cap. Cap. IV.

(e) Las escasas noticias respecto a este viaje en la *Descripción histórica - geográfica del Reino de Chile*, por Carvallo y Goyeneche (*Col. de Hist. de Chile*, tomo VIII, pág. 36 y en la *Crónica del reino de Chile*, por Pedro Mariño de Lobera, (misma obra, tomo VI, pág. 43 - 44.)

(f) Misma obra, lib. 47, Cap. III.

(g) *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, tomo L, Madrid 1867, págs. 9 - 11.

(h) El pasaje a menudo repetido de este ampuloso documento reza: «Prometemos de vos hacer nuestro Gobernador y capitán general de las tierras é provincias y pueblos que hobieren en la dicha costa del Mar del Sur. . . . hasta el Estrecho de Magallanes y en toda la dicha vuelta de la costa y tierra del dicho Estrecho, hasta volver por la otra mar al mismo grado que corresponde al grado donde hobiere acabado en la dicha Mar del Sur, la gobernación del dicho don Pedro de Mendoza y comenzare la vuestra.» Véase la reproducción de este documento y otras similares en Morla Vicuña, *Estudio histórico*, etc. (Leipzig, 1903). Apéndice págs. 19 a 27.

(i) Que existían cartas impresas marinas de las costas del sur de Chile lo demuestra un pasaje de una carta de Pedro de Valdivia al emperador Carlos V, que es del siguiente tenor: «Cuando envié al piloto Juan Bautista de Pastene. . . . al descubrimiento de la costa ácia al Estrecho, rigiéndose por las cartas de marear que de España tenía imprimidas», etc., *Col. de Histor. de Chile*, tomo I, pág. 48.

(j) Testimonio elocuente de que la Corona española estaba ya correctamente informada respecto del recorrido y situación de las altas cordilleras lo es un documento del Licenciado Cristóbal Vaca de Castro, de 24 de Noviembre de 1542, al Emperador, en el que lo informa del envío de la expedición de Diego Rojas con el objeto de la conquista de las tierras hasta el Plata. El pasaje en cuestión reza: «Ay noticia que entre las provincia de Chile y el nacimiento del río grande que llaman de La Plata, ay una provincia que se llama Tucma (Tucumán) hacia la parte de la Mar del Norte, de aquel cabo de las sierras Nevadas, que diz que es muy poblada y rica; por manera que la Cordillera de las Sierras Nevadas que atraviesa estas provincias hácia al Estrecho, queda entre las provincias de Chile y está tierra», etc. (Morla Vicuña, *Estudio histórico*, pág. 286). Obsérvese que ya diez años antes Pedro de Valdivia, en una información al Emperador, ha indicado la situación de las cordilleras con toda corrección.

(k) Véase la relación circunstanciada de este documento y otro similares en Morla Vicuña, obra citada, Documentos y pruebas, págs. 64 - 73.

(l) *Col. de Histor. de Chile*, tomo I, pág. 60.

(m) Tomo I, pág. 406. Posiblemente la relación de la expedición provenga de *Historia del Descubrimiento y Conquista de Chile*, la que ha aprovechado Polakowsky. Miguel Luis AMUNÁTEGUI en su célebre obra *Descubrimiento y Conquista de Chile*, Santiago de Chile, 1862, no cita este avance hacia el sur del Conquistador.

(n) «Observaciones acerca del viaje de don García Hurtado de Mendoza a las

provincias de los Coronados y Ancud» (*Revista Chilena de Hist. y Geografía*, tomo VII, 1913, N.º 11, págs. 323 - 381).

(ñ) En realidad, el estrechamiento del golfo en 42°18' S., entre las islas Butachauques y la proyección continental de Punta Chulao a más o menos diez millas es bastante grande comparado con las dimensiones del golfo para no modificar la impresión que se recibe por una contemplación pasajera, como la ha podido hacer Valdivia desde el Canal de Chacao de una continuidad de sus riberas. Un importante complemento, o sea una confirmación de las informaciones de Valdivia, lo tenemos en la relación de Góngora Marmolejo, en la que leemos: «Llegando cuarenta leguas adelante de la ciudad de Valdivia que había acabado de poblar, halló por delante un gran lago que nacía en la Cordillera Nevada e iba a entrar en la Mar del Sur, tan ancho que le pareció era menester hacer bergantines para podello pasar. . . . Pues Valdivia, poniéndole por nombre el lago de Valdivia, se volvió desde allí». Hay que hacer notar que la suposición de un río como desagüe del lago desaparece en la relación de Góngora; no habla más que de un gran lago en la Cordillera, que avanza hacia el Mar del Sur y que para franquearlo se precisan embarcaciones. Por otra parte, ya en la carta de Pedro de Valdivia de 1552 dice que el gran lago se encuentra situado en la montaña («Me sobí el río arriba derecho a la sierra y en ella hallé un lago», etc.). Como el golfo de Ancud con sus esteros en realidad penetra profundamente en la costa continental, no dejan de tener su cierta razón las exposiciones de Valdivia y de Góngora. Del pasaje de Góngora citado se desprende que Valdivia le ha dado su nombre al lago supuesto, más tarde el nombre de Valdivia se extendió al lago Llanquihue y al lago Ranco, lo que quizás haya inducido a error a algunos historiadores, que han determinado el punto de avance máximo hacia el sur mucho más al norte. Compárese Cres. Errázuriz, «La expedición austral de don García de Mendoza», en *Revista Chil. de Hist. y Geogr.*, VII, N.º 11, pág. 388, nota 1.

(o) Thayer Ojeda que expresa esta suposición (entre otros pág. 332) se basa para ello en un documento las dec araciones de un testigo procesal. Gerónimo Núñez, quien declara (MEDINA, *Col. d. Doc. Inéd.*, XIX, pág. 11) que se había encontrado presente en el descubrimiento por Valdivia del gran lago «Guanauque». La región del lago Llanquihue, como también el volcán Osorno, hasta el siglo XVIII, eran conocidos bajo el nombre de «Guanauca» o «Guañauca».

(p) En la carta, ya repetidas veces citada, al Emperador, de 1552, afirma Valdivia que en su expedición hacia el sur ha alcanzado hasta 150 leguas del Estrecho de Magallanes. De acuerdo con esta suposición el Estrecho debería estar nada más que entre 7 y 8° más al sur, o sea entre 49 o 50° S. (!)

(q) BARROS ARANA, *Proceso de Pedro de Valdivia, Obras completas*, tomo VIII, págs. 22 - 23, nota 6 y pág. 404, nota 2) considera la ortografía Villagrán como la más castiza, al igual que la mayoría de los cronistas. La ortografía Villagra ha sido preferida por J. T. Medina por sus investigaciones de los archivos, y los autores más modernos.

(r) MEDINA, *Col. de Doc. Inéd.*, XXI, pág. 237.

(s) Misma obra, pág. 467.

(t) MORLA VICUÑA, *Estudio histórico*, pág. 158.

(u) Durante la época de los Incas debe haber sido frecuentado por caravanas un trayecto desde el norte de Chile, a través de la cordillera, hacia Tucumán y de allí hacia Bolivia actual y a Cuzco. Es curiosa la temprana relación de «Tucma» (Tucumán) con el «Reino de Chile»; según Garcilaso, por ejemplo, el Inca Viracocha fué informado de «Chile» por primera vez por sus emisarios enviados a Tucma y que había decidido proceder a su conquista. Se decía que Tucma no puede tener relaciones comerciales con Chile debido a la elevada cordillera nevada que los separa. Una expresión de Juan Matienzo nos da particularidades del «camino del Inga». Véase BOMAN, *Les antiquités de la region andine*, tomo I, en especial, págs. 197 y siguientes y págs. 204 - 205. En este antiguo camino principal debe haberse desarrollado la conquista de Chile por Tupac Yupanqui, que se inició con motivo de querer sofocar una rebelión de los indios Collas de Bolivia austral de hoy. La referencia que hace (Sarmiento de Gamboa) de Coquimbo como objetivo de la expedición conquistadora (*Historia de los Incas*, Ed. Pietschmann pág. 97, lo hace probable. Las incursiones posteriores de los Incas fueron conducidas por Uspallata. En Cieza de León (1554) encontramos una descripción detallada del camino principal Inca que recorría las provincias andinas boreales, como también en la *Geografía y descripción universal de las Indias*, publicada entre 1571 a 1574, del cronista Juan López de Velasco. Dice entre otros: «El camino de los Ingas, que viene desde la gobernación de Popayan, atravesando el Perú por la serranía y tierra de los Andes, que es camino largo y despoblado, y para entrar por él a la tierra de Chile se pasa una

Cordillera nevada», etc. Luego menciona el «valle de Copiapó» y en la continuación hacia el sur «el Gasco» (Huasco) y Coquimbo, como estaciones para la provisión de agua buena y como tierra fértil. En Coquimbo principia la población, «lo poblado», o sea la parte poblada de Chile, propiamente tal. (Ed. Justo Zaragoza, Madrid, 1894, págs. 518 - 519.)

(v) *Col. Histor. de Chile*, tomo I, pág. 60.

(w) «Dijo que el Adelantado Alderete en el Reyno de Chile, antes de ser adelantado, había fecho una entrada con ochenta soldados escogidos de a caballo y pasando cierta cordillera había bajado hacia los llanos y entre unas lomas había topado unos valles muy grandes y de mucha copia de gente.» (*Estudio histórico*, pág. 183, Documento N.º 55). Obsérvese que el término cordillera es empleado aquí para designar una cadena de montaña aislada y no de todo el macizo.

(x) En los sedimentos mesozoicos de los contrafuertes orientales del sur de Mendoza y del Neuquén se encuentran extensos yacimientos de sal, de los cuales son conocidos desde antiguo los situados en Chosmalal, situados más o menos en 37°20' S., y que fueron explotados por los indios ya en la época pre - hispana. M. J. Olascoaga indica «cerros de sal de piedra cuyas galerías interiores abisman por sus enormes cavidades debido a la explotación que viene desde siglos, hecha por los Indios, insaciables comedores de sal y por la exportación a ultracordillera, donde no la hay». (Notas descriptivas del Neuquén», *Rev. Soc. Geograf. Argentina*, VI, cuaderno LX, 1888, pág. 287) Molina se refiere a la industria salera de los indios pehuenches en las faldas orientales de las cordilleras entre 34 y 37° S., y hace resaltar que los indios de Chile austral «hacen un gran consumo de sal de las fuentes de los Pehuenches» (*Compendio de la Historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*, 1.ª parte, Madrid, 1788, tomo I, pág. 48, 49, 82) Más hacia el sur desaparecen los yacimientos de sal de los valles cordilleranos y los sedimentos mesozoicos son relevados por formaciones volcánicas recientes. Pero a su vez se encuentran hacia el oriente de las llanuras numerosas hoyas salinas, más o menos grandes, cuya frecuencia queda indicada por los nombres de muchas localidades, como Salinas, Salitrales, Arroyo Salado, Laguna Salada y otras parecidas. El comercio de la sal, realizado principalmente por los araucanos con los yacimientos considerados, se ha mantenido hasta los tiempos modernos. El padre Diego de Rosales hizo un viaje a través de la cordillera para interceder por la paz al otro lado de la cordillera (por 1650) y llegó donde los «Pehuenches de las Salinas», que están junto al Cerro Nevado que está en el camino de Mendoza.» (*Historia del Reyno de Chile*, Ed. Vicuña Mackenna, tomo III, pág. 437). FONCK (*Viajes de Menéndez*, pág. 22) presume que este Nevado sea el Volcán Punmahuida, que en la actualidad es llamado Trómen (un tanto al sur de los 37° S.) y que las Salinas de su pie son las mismas que un siglo después fueron exploradas por el misionero alemán Havestadt. En su carta ha situado los «sulfodinae» y en su texto hace una descripción de ellas, conjuntamente con una explicación bastante ingenua referente al origen de la sal. (Havestadt, *Chilidugu sive Res Chilensis*, etc. Muenster, Westfalia, 1777, tomo I, fol. 910 - 911). También de estas salinas. Butamallin hacia el N.W. del cerro Trómen, compárese la carta de Host y Rittersbacher. «La frontera militar del Neuquén» en *Zeitschr. d. Ges. f. Erdk.*, Berlin, 1882, lámina 2) afirma que desde antiguo han provisto de sal a los aborígenes de ambas bandas de los Andes (Félix SAN MARTÍN, *Neuquén*, Buenos Aires, 1919 pág. 189, nota). En el siglo XVII según se dice, el araucano Calvucura, hijo de un cacique del Llaima (Chile) fundó un establecimiento en «Salinas Grandes» en el Neuquén que en ocasiones alcanzó a albergar hasta 20.000 personas. T. GUEVARA, *Los araucanos en la Revolución de la Independencia Anal. Univ. de Chile*, número extraordinario, 1911, pág. 229). En el Colón - curá, un poco más abajo de San Ignacio, una reducción de unos cien indígenas, descendientes degenerados del gran pueblo de los Chadiches, o sea, de los saleros, cuyo dominio se extendía antiguamente desde las Salinas Grandes, cerca de Córdoba hasta el río Negro. (Observaciones de viaje en los dominios de los araucanos, *Revista de la liga científica alemana para el conocimiento cultural y geográfico de la Argentina*, 1919, cuad. 2, pág. 142. Debo esta última referencia al capitán de corbeta e. r. Brunswig, radicado en la Argentina, en Chimehuin, F. C. S.).

(y) En las declaraciones de testigos de la «Información de Servicios» de Pedro de Villagra en Santiago de Chile, en el año 1562, encontramos la siguiente explicación: «El dicho Pedro Villagra por mandado del dicho Gobernador Valdivia fué detrás de la Cordillera Nevada con gente a descubrir é traer sal de unas salinas que allá estaban, cosa menesterosa de este Reyno por falta que hay della.» (Morla Vicuña, entre otros, Documento, págs. 124 - 125.)

(g) Lib. III, Cap. 29, Ed. Vicuña Mackenna, Valparaíso, 1877, tomo I, pág. 474.

(aa) F. SAN MARTÍN, *Neuquén*, pág. 16, cree que Villagra, en consideración al objetivo principal de su comisión, cual era reconocer el Estrecho de Magallanes, ha usado el paso de Paimun, que atraviesa al pie occidental del volcán Llaima, un poco al sur que el Paso de Mamuil - Malal, y que alcanza una altura de 1507 metros en la línea divisoria de las aguas. El motivo expuesto no constituye argumento convincente, pues como lo dice Valdivia en sus propias palabras en su escrito al Emperador: «Para que desde la Villarrica. . . . pase a la Mar del Norte.» Luego debía alcanzar el Océano Atlántico, y no el Estrecho, y en consecuencia debía marchar directamente hacia el oriente. Para ello el paso de Paimun hasta cierto punto era un rodeo, pues su dirección inicial es hacia el sur hasta el lago Huechulafquén, para en la orilla norte del lago continuar hacia el oriente. También el paso Paimun es cerca de 300 metros más elevado que el de Mamuil - Malal y no merece la denominación de «camino plano» de éste.

(bb) Declaración del testigo Alonso de Reinoso, *Col. de Doc. Ind.*, xx, pág. 403.

(cc) El presente trazado del itinerario de la expedición de Villagra difiere en varios puntos de las anteriores tentativas de reconstrucción de la ruta de viaje. Barros Arana, basándose en las relaciones de Góngora Marmolejo y Mariño de Lobera (*Historia General de Chile*, I, págs. 416 - 420) supone que Villagra ha alcanzado hasta el río Negro y que en el viaje de vuelta quizás haya atravesado por el paso de Riñihue (¿?). FONCK (*Viajes de Menéndez*, págs. 5 - 6) analiza la relación del padre Rosales e interpreta su expresión de «río fugaz de Limucau» en forma arbitraria, como río de curso intermitente y expresa la incomprensible opinión de que habría que considerarlo como el río Tetelenufu (por supuesto error de imprenta por Futaleufu o Feteleufu) y mencionado por F. P. Moreno en un artículo de prensa(!)

(dd) Los trabajos de Thayer Ojeda y de Crescente Errázuriz, en la *Rev. de Historia y Geog.*, VII, págs. 331, 337, 389 y siguientes tratan sobre particularidades de la última expedición de Villagra.

CAPÍTULO VI

DON GARCIA HURTADO DE MENDOZA Y EL RECONOCIMIENTO DE LA COSTA PATAGONICA CORDILLERANA POR LAS EXPEDICIONES MARITIMAS DE ULLOA HASTA LA DE SARMIENTO DE GAMBOA

La intención de Pedro de Valdivia para alcanzar por tierra el Estrecho de Magallanes, siguiendo a lo largo del pie occidental de la cordillera, había sufrido una suspensión prematura en el canal de Chacao o golfo de Ancud. También Villagra no había progresado más allá de las barreras naturales. Cuatro años después de la muerte de Valdivia, el tercer Gobernador de Chile, don García Hurtado de Mendoza, renovaba la empresa que se hizo célebre, en especial, por la participación que le cupo al poeta Alonso de Ercilla, quien en su *Araucana* creó una fuente histórica de valiosas referencias al respecto. (a)

La expedición de don García, que cae en el mes de Febrero de 1558, ha sido estudiada por todos los historiadores chilenos modernos en todos sus aspectos, particularmente desde que Medina en el tomo XXVIII de su *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile* publicó todo el material documental que con ella se relaciona, obtenido en el Archivo de Indias. (b) También investigadores más antiguos como Barros Arana (c) y Vidal Gormaz (d) han estudiado el acontecimiento con toda prolijidad.

Se puede afirmar categóricamente, basándose en estos estudios, que no corresponde a la realidad cuando Ercilla expresa «que la expedición de don García ha alcanzado el

extremo de Chile hasta donde jamás nadie ha alcanzado», opinión que por otra parte es aún sostenida por algunos historiadores modernos. El 26 de Febrero de 1558, la columna de los españoles, viniendo del norte, alcanzaba las alturas detrás de Puerto Montt, desde donde divisaron el golfo de Reloncaví al que supusieron ser un gran lago. (Ercilla: «Un extendido lago y gran ribera»); En la playa alternaron con los aborígenes, los que los recibieron con amabilidad y les suministraron víveres. La marcha prosiguió «derecho al sur», o sea a lo largo de la línea sinuosa de la costa occidental del golfo, («Rumbo al sur derecho, la torcida ribera costeano, siguiendo la derrota del Estrecho»); hasta donde lo permitió el terreno, pero a los dos días llegaron a un canal marino que los españoles creyeron ser el desagüe del supuesto lago y donde tuvieron que detenerse («Un hondo y veloz desaguadero»).

Vidal Gormaz, apoyado en su autoridad como conocedor de la región, y J. T. Medina (e) suponen que con desaguadero queda indicado el canal de Chacao, que han alcanzado en su angostura oriental frente a la punta Pугueñun. Pero, como a base de los documentos no se ha podido establecer el que la fatigada hueste haya podido cubrir el largo tramo hasta alcanzar el canal de Chacao en el punto indicado, me inclino en dar la preferencia a la opinión manifestada por T. Thayer Ojeda y Crescente Errázuriz que el desaguadero de Ercilla es el paso de mar hoy llamado «Paso Tautil», que corre entre la pequeña isla de este nombre y la grande de Puluqui. Tiene apenas media milla de ancho, pero es tan profundo que constituye la ruta para los grandes vapores que van y vienen de Puerto Montt hacia Chacao.

A fin de establecer si se puede seguir con facilidad hacia el sur fué comisionado el licenciado Gutiérrez de Altamirano, con 50 hombres, para hacer una exploración de algunos días en las pequeñas embarcaciones de los indígenas. Pero volvió ya al día siguiente, después que probablemente no haya avanzado más allá del archipiélago donde se encuentra hoy la villa de Calbuco, y haya divisado adelante el amplio espacio del golfo de Ancud, quizás más allá aún la costa de la isla grande de Chiloé. Don García, a raíz de ser informado por Altamirano y sin haber avanzado más allá de las orillas de Reloncaví, dió orden de dar la vuelta al norte. (f)

La imposibilidad de continuar por tierra, o poder seguir en la costa opuesta del «gran lago», parece que don García la

ha reconocido exactamente. Su relación (g) al Consejo de Indias, de 20 de Abril de 1550, atestigua que alcanzó hasta un gran lago con muchas islas, donde no pudo continuar, porque el lago se introducía a la tierra hasta la llamada cordillera nevada, que se extiende en un ancho de diez a doce leguas hacia el mar. También algunos de sus compañeros de armas se expresan en el mismo sentido, en la «Probanza de servicios de don García». Uno de ellos hace alusión a «algunos volcanes de nieve» y «a una playa muy grande por donde no se puede seguir la jornada más allá». Otros agregaron que se había llegado «hasta donde la cordillera nevada cerraba el mar» o bien «hasta una cordillera de nieve que no se pudo pasar,» etc. (h).

La semejanza de las declaraciones que se encuentran en los cronistas, y que se refieren a la expedición de Valdivia, es notable (véase Cap. V,) sólo que los últimos se refieren al golfo de Ancud, en tanto que don García y sus compañeros hablan del golfo de Reloncaví, con el que también calza la descripción. En realidad, desde las playas bajas de la costa occidental se ven las faldas empinadas que orlan la costa, y un poco más al interior, los dentellados picachos de la cordillera propiamente tal y algunas cumbres nevadas aisladas, en su mayoría volcanes apagados o en actividad. La impresión de la intransitabilidad de esta línea costera, y la imposibilidad de seguir por ella hacia el sur, es aún reforzada, pues precisamente desde el punto hasta donde ha avanzado la columna española se divisa la ancha y sombría abra de la boca del estero Reloncaví, que se interna tan profundamente a la cordillera entre los promontorios del Morro del Horno en el N. y del Morro Chico en el S.

Por la expedición de don García no se ha allegado material para esclarecer la topografía de la cordillera. No hizo más que confirmar en forma fehaciente la experiencia ya hecha por Valdivia, que al acercar el paralelo de 42° existen canales marítimos y golfos que en el primer momento fueron tomados por lagos, que penetran los flancos de la cordillera nevada de manera que imposibilitan al avance por tierra.

Con motivo de esta expedición oímos por primera vez hacer mención de volcanes en la cordillera austral, que gracias a su situación avanzada son visibles desde el mar y que han causado la admiración de los viajeros. Excepción es el volcán Villarrica, del que Ercilla dice que constantemente

expele fuego. (i) Donde en los documentos se hace mención de «volcanes de nieve» (ver arriba) los detalles son demasiado vagos para poderlos referir a determinado monte. Como se sabe, del majestuoso panorama cordillerano que se divisa desde las playas de Reloncaví emergen algunos volcanes en actividad en tiempos históricos, como el Osorno, Calbuco, Yates, Huequi y otros.

* * *

Pero, aunque don García en su expedición al sur no tuvo éxito geográfico, sin embargo, el envío de una expedición hacia el Estrecho constituyó un impulso para importantes progresos en el reconocimiento de las cordilleras australes. En realidad, con ello debemos recordar el empeño de Valdivia al tomar posesión efectiva de su Gobernación, que se extendía hasta el Estrecho de Magallanes. Como ya se ha dicho, conjuntamente con la expedición de Villagra allende de la cordillera había ordenado el alistamiento de una expedición marítima que compuesta de dos naves de cincuenta toneladas cada una, bajo el mando de Francisco Ulloa, zarpaba del puerto de Valdivia a fines de Octubre de 1553.

Ulloa fué un eminente marino que ya había estado durante 35 años en comisiones de descubrimiento y de conquistas en California y México. Su acompañante durante la expedición lo fué el cosmógrafo Francisco Cortés Ojea (también escrito Ogea, Hogeá, Hojeda) el mismo que cuatro años después tomó parte en la expedición de Ladrillero, apertrechada por García de Mendoza, pero que separado por un temporal, al último realizó un viaje absolutamente independiente. Respecto a este último disponemos del diario de su acompañante, el notario Goizueta, (j) la única documentación que hace referencia a los expedicionarios y en la que también encontramos informaciones aisladas respecto de la comisión de Ulloa de 1553.

La ruta seguida por Ulloa y Cortés Ojea puede trazarse más o menos en la siguiente forma: después del descubrimiento de la inflexión de la costa que ellos denominaron «Golfo de los Coronados», en 41° 40', inmediato al norte del canal de Chacao, descubrieron la isla de Guafo, que denominaron San Martín, y luego continuaron a lo largo de una tierra de aspecto muy cortado, compuesta de muchas islas grandes de

montes arbolados y que presenta muchos buenos tenederos, descripción que más o menos corresponde al archipiélago de los Chonos. (k) El punto siguiente del itinerario que es posible determinar es un puerto «San Esteban», en 46 dos tercios grados sur, en cuyas inmediaciones descubrieron una enorme gruta en la costa, «Cueva infernal» que los aborígenes utilizaban para cementerio. Otro fondeadero en la costa que recibió la denominación de San Andrés y que posiblemente pueda ser identificada con la bahía actual del mismo nombre en 46° 33', tuvo que ser abandonada rápidamente por la hostil actitud de los aborígenes.

Después de que recalaron en algunos fondeaderos de las islas interiores, entre las latitudes de 51 y 52°, la expedición alcanzó a penetrar al Estrecho de Magallanes, pero nada más que unas treinta leguas, (l) de manera que no alcanzó a divisar el tramo del Estrecho que conduce al Atlántico. Respecto del viaje de vuelta nada sabemos de cierto, fuera de que Ulloa y sus compañeros estuvieron de vuelta en Valdivia como a mediados de Febrero de 1554.

El viaje de Ulloa es el primero realizado en dirección N.S. que demostró la continuidad de los tramos continentales reconocidos desde los tiempos de Almagro y de Pedro de Valdivia y de las costas descubiertas en el extremo austral por Magallanes. Sin duda que la supuesta continuación de las cordilleras en el tramo desconocido y calculado en una extensión mucho menor (m) aunque no desmostrada en todas sus partes, se hizo evidente. Algunos pasajes muy significativos de la relación de Goizueta, nos indican que los expedicionarios se formaron una bastante acertada representación del recorrido y de las singularidades de la cadena montañosa. Al respecto no es de importancia que éstos pasajes tengan relación más bien con el segundo viaje de Cortés Ojea (1557 - 58) que más allá de los 47° S. penetró hacia el interior del laberinto de islas y se acercó a los pies de la cordillera continental.

Por primera vez se divisó la alta cordillera con toda claridad desde una bahía «Nuestra Señora del Valle», que en vista de la indicación de su latitud dada por Goizueta (47°53') debe buscarse cerca de la entrada norte del canal Fallos, en la costa de una de las islas del archipiélago Campana. La vista hacia el interior por sobre una baja lengua de tierra-baja abarcaba grupos montañosos, cuya altura va incrementando, de cumbres áridas y más abajo arboladas y más dis-

tante hacia el interior «muchas elevadas montaña nevadas» (*n*) las que posiblemente hayan sido las altas cordilleras de la región del estuario Baker, donde algunos gigantes nevados se elevan a más de 3.000 metros.

La expedición Ladrillero - Cortés Ojea alcanzó al pié de esta montaña hacia el sur de los 49° S., donde el estero Eyre con sus ramificaciones penetra profundamente en el mundo cordillerano, de tal manera que desde el interior helado los avanzados ventisqueros se proyectan hasta el nivel del mar, que acarrea con témpanos de hielo los que en ocasiones alcanzan la ruta de navegación a lo largo de la isla Wellington. Goizueta describe los témpanos embarrancados en las aguas del estero y los en movimiento y continúa: (*n*) «El bote avanzaba para explorar el camino, pero lo encontró obstruido por completo por las nieves (*o*); y al acercarnos, divisamos desde nuestro buque la continuidad de los hielos de la montaña. Este hielo era tan elevado que alcanzaba hasta media falda de los montes. En el día, Miércoles 22 del mismo mes, el capitán hizo viaje en bote hacia el interior del expresado brazo de mar. . . . hasta que encontró una bahía que estaba completamente cubierta por los hielos. Nos abrimos camino a través del hielo con el bote hasta que vimos que la tierra termina en tres picachos muy elevados (balcanes o cerros altísimos) los que hasta la playa estaban cubiertos por hielos de ventisqueros, y de los que provenían muchos témpanos que llenaban la bahía.»

A fin de interpretar esta descripción, proveniente del año 1568, como corresponde, debemos hacer notar que en ese tiempo no existían aún descripciones correctas de regiones europeas de ventisqueros. En realidad, parece que los navegantes españoles de entonces reconocieron con toda propiedad el muro continuo de hielos que en aquellas latitudes limita a los esteros del lado de tierra y que se extiende por las hondonadas más elevadas de la cordillera patagónica. Descubrieron aquí también el río Trinidad, el único río mayor que constituye desagüe hacia el W. de esta montaña helada, en más o menos 49° 20' S. y cuyo valle interior aún permanece inexplorado (*p*)

El viaje de Ladrillero adquirió considerable importancia por el descubrimiento y prolijo reconocimiento de la intrincada región insular y costera en los parajes alrededor de los 52°, donde los canales marítimos perforan todo el ancho de las cordilleras y alcanzan a la llanura patagónica. Bajo la

suposición errada de haber alcanzado la entrada del Estrecho de Magallanes había entrado al canal Sarmiento a principios de 1558 y rodeando el extremo sur de la península del mismo nombre había enfilado hacia el oriente donde franqueó el canal de la Montaña («que corre al norte entre unas sierras crecidas») y pasó la Angostura Kirke para luego tomar el canal Última Esperanza.

Con toda precisión reconoció que había atravesado la cordillera por camino marítimo, alcanzando hasta las llanuras orientales, donde como lo anota en su diario «la tierra es de buena constitución» y que podía producir trigo, maíz y otros productos. «Aquí termina la cordillera, manifiesta, y hacia el este-nordeste toda la tierra es plana, en apariencias hasta el Mar Norte» (el Océano Atlántico). Siguió por el canal Última Esperanza hacia el NW. y «descubrió un río de muy gran corriente» que provenía de ventisqueros cordilleranos, que es el río Serrano, del que el mundo vino a saber 330 años más tarde por la expedición del oficial de Marina del mismo apellido, cuyo nombre lleva el río en la actualidad. Con todo acierto describe Ladrillero el contraste que se manifiesta en el carácter de la tierra hacia el oriente y occidente de la Angostura Kirke: «Hacia el lado del mar Norte es plana y tierra al parecer de buena calidad, hacia el mar del Sur (o sea el Océano Pacífico) todo está lleno de majestuosas montañas nevadas con rocas y bosque de coigües y de ciprés». También hace resaltar la diferencia del cielo claro irradiante sobre las pampas en el oriente y la región nebulosa y sombría de las faldas occidentales de la cordillera, como que las condiciones climáticas de la región vecina a los 52° son reseñados con todo acierto en forma breve. (q)

Pero Ladrillero, no tan sólo alcanzó el límite oriental de la cordillera patagónica con respecto a la llanura, y las tierras hacia el norte de los 52° S., sino que avanzó lo bastante al sur para poder formar juicio respecto del extremo sur de la gran cadena de montañas. La expedición tomó una ruta de continuación al sur, continuando más allá de la entrada occidental del Estrecho de Magallanes, y siguió a lo largo de la costa de la isla Desolación hasta un puerto, supuesto en latitud 53 ½°, que fué denominado «Nuestra Señora de los Remedios» y que les sirvió para invernar desde el 22 de Marzo hasta el 22 de Julio de 1558. «Esta tierra,» dice Ladrillero, «es constituida por altas montañas áridas. La vegetación arbórea

es escasa, que es más abundante por los lados del Este, Suroeste y Sur, lo que pretende explicarlo por la dirección dominante de los vientos. Después de un vaivén más o menos prolongado alcanzaron al Estrecho, que fué seguido hacia el oriente, donde engañado por las neblinas resultó en los canales del lado de la Tierra del Fuego, a lo que parece en el canal Gabriel, que a lo largo de la costa SW. de la isla Dawson alcanza al pie de la cordillera fueguina cubierta por numerosos ventisqueros. A esta circunstancia se refiere posiblemente la observación de la relación de viaje que todos los alrededores estaban cercados por montañas nevadas. («Sierras nevadas de una parte y de otra.»)

La prosecución de la expedición hasta cerca de la salida del Estrecho hacia el Atlántico dió oportunidad a Ladrillero para poder establecer el contraste en el aspecto de las tierras y de las condiciones climatéricas entre la mitad occidental y oriental del Estrecho, lo que se revela con claridad en la descripción general que hace de aquellos parajes. Dice: «La cordillera principia donde el Estrecho tuerce», a saber a 43 leguas del mar del Norte y a 57 leguas del mar del Sur. (r) Luego Ladrillero hace coincidir el extremo austral en el frontón elevado de la costa norte del Estrecho, que más tarde fué denominado Cabo Froward, que en realidad es el extremo austral de un cordón de montañas que cubren a la península de Brunswick, que pueden ser consideradas como contrafuertes de la cordillera. Los montes nevados por él reconocidos del lado fueguino no los ha considerado como pertenecientes a la cordillera. La expresión cordillera no queda limitada por Ladrillero para designar una cadena de montañas singular, sino que la aplica como denominación del macizo montañoso del lado norte de la mitad occidental del Estrecho en contraste con las tierras planas a ambos lados de la mitad oriental.

Las exploraciones de Ladrillero en las aguas patagónicas occidentales y en las magallánicas fueron dadas a conocer ya trece años después de la notable expedición por el cronista López de Velasco, en su obra de compilación *Geografía y descripción universal de las Indias*, bajo el acertado juicio de su notable interés. (s) También el cronista se ha apropiado la descripción de los expedicionarios de las tierras magallánicas al estampar: «43 leguas hacia el interior del Estrecho, contadas desde la salida hacia el mar del Norte, principia una cordillera de elevadas y áridas montañas rocosas (Cordillera de sie-

rras y peñas altas y peladas») que en apariencia es el término austral de la Sierra de los Andes,» etc.

Hay que hacer notar la expresión «sierra de los Andes» aquí empleada. En las relaciones más antiguas del siglo XVII que se remontan a los expedicionarios y conquistadores, se emplea la denominación de «Cordillera» sólo o con agregados como «Cordillera nevada», la «famosa Cordillera», «Gran cordillera nevada», «Cordillera de Chile», también «Sierra nevada», pero nunca «Cordillera de los Andes» para designar las montañas en el dominio de la antigua Gobernación de Chile. López de Velasco parece ser el primer geógrafo que, valiéndose de los resultados de los reconocimientos realizados por Ladrillero y sus predecesores, trató de expresar la continuidad de la alta cadena de montañas desde el Perú hasta el Estrecho de Magallanes abarcándola con una expresión general. (t)

* * *

La serie de viajes de descubrimiento del siglo XVI, a los que debemos el conocimiento de la costa montañosa de la Patagonia occidental, terminan con el viaje de Pedro Sarmiento de Gamboa del año 1579 - 80, que para el esclarecimiento geográfico de la región insular hacia el sur de los 50°, y de determinados tramos del Estrecho de Magallanes, llegaron a adquirir extraordinaria importancia, pero que en el conocimiento de la topografía cordillerana no sobrepasaron los resultados obtenidos por Ladrillero. (u)

Sarmiento se aproximó al escenario de sus actividades un tanto al norte de los 50°, donde entró al ensanche de las islas exteriores de la costa que denominó «Golfo de la Santísima Trinidad». En el fondo de este poderoso brazo de mar, conocido en la actualidad como golfo de Trinidad, reconoció la continuación del mismo en anchos canales y esteros hasta las Cordilleras Nevadas, las que tuvo a la vista constantemente durante la prosecución de su viaje por el canal Concepción. De él proviene también la denominación del canal o brazo Ancho (*Wide Chanel*) y canal San Andrés, o sea de los dos esteros cuyas ramificaciones alcanzan inmediatos al pie de la alta cordillera situada entre 49½ y 50½°. La montaña es designada como «Cordillera Nevada y continuada de la Tierra Firme» en contraste con las cumbres elevadas de las islas,

por donde traficó la expedición y que amenudo ha denominado también Cordillera.

Una exploración de quince días del bote «Guía», cuyo nombre se ha perpetuado hasta hoy en la angostura Guía, entre las islas Chatham y Hannover, condujo a los expedicionarios al descubrimiento de un estero en latitud $50^{\circ} 53'$, en el que reconocieron que avanzaba hasta la «Cordillera Nevada»; que este estero «Peel» de las cartas modernas está en comunicación con el sistema hidrológico del estero San Andrés, ya explorado con anterioridad, fué sospechado por Sarmiento con toda exactitud. Se continuó por el canal, que hoy se llama Sarmiento, siguiendo la costa continental, y se pudo establecer que aquí la montaña avanza hasta el mar por todas partes destacando poderosos macizos roqueños, carente de vegetación desde media altura (v) También el extremo sur del canal, donde se encuentran las islas llamadas en la actualidad, Carrington y Newton, es representado en detalle y con exactitud en la relación. Desde aquí divisaron (en aproximadamente $51^{\circ} 49'$ S.), por en medio de una abra, las cordilleras nevadas en el oriente, de la que Sarmiento hace una breve pero muy exacta descripción. Hace resaltar los muchos picachos y la gran aglomeración de «nieve» que en los valles más elevados es de color albo y en los inferiores azul-verdoso. Luego reconoció con propiedad la cubierta de nieve persistente y de los ventisqueros, tal como veintidós años antes lo había hecho Ladrillero. «Esta es la Cordillera de la Tierra Firme», agrega, «y en contraste todo lo demás que de aquí se encuentra hacia el oeste y que estamos reconociendo lo constituye un archipiélago de islas y tierras despedazadas.» (w) No sin razón, se ha denominado «Cordillera de Sarmiento» en las cartas modernas al tramo de montañas entre $51^{\circ} 35'$ a $52^{\circ} 10'$ Sur.

En prosecución hacia el sur encontró Sarmiento que el cordón montañoso se sumerge en el mar, de manera que pudo decir en su relación: «Aquí chocamos sobre la Cordillera de Tierra Firme, que en este canal avanza hacia el mar.» (x) También en este acápite habla de una gran extensión de hielos color azul turquesa, que se observaba desde las medianías hacia las crestas de la cordillera. En realidad, en las elevadas hondonadas de la cordillera Sarmiento, terminan los campos de nieves persistentes, y de hielos que se extienden sin interrupción a través de cuatro grados de latitud en las cordilleras australes. Sarmiento ha reconocido muy a fondo los

alrededores de esta región en la que según, sus propias palabras se encontraba en medio de la Cordillera, pero sin encontrar como Ladrillero el camino por esteros y canales hacia Última Esperanza.

Pero, por su parte acompañado por uno de sus pilotos, efectuó la ascensión de un monte designado como muy elevado, «Cordillera de la oración», que posiblemente se puede suponer la montaña de la península Zach, que limita el canal Unión hacia el W. y SW., y desde el cual descubrió la extensa vía marítima del canal Smyth y el singular istmo muy bajo en el fondo de la bahía Istmus, que separa a aquel canal del canal Unión. Según las indicaciones de Sarmiento, un bote podría pasar por sobre este istmo en pleamar, y su ancho no excede al alcance de un arcabuz.

Casi un año después encontramos a Sarmiento en su reconocimiento del Estrecho de Magallanes occidental y nuevamente en las proximidades de la cordillera occidental. Encontró del lado norte del Estrecho una grande inflexión de la costa en forma de golfo, al que denominó golfo de Xaultegua, vocablo indígena, aún empleado hoy, y observa que desde allá un brazo de mar alcanza el pié de la cordillera nevada de la tierra firme. Esta observación es efectiva, aunque en la época de Sarmiento no cabían más que suposiciones. En el norte del golfo de Xaultegua desemboca un canal marítimo (y) que alcanza al pie de la Cordillera Nevada de la Tierra Firme, parecido a un río que hacia el N. lo comunica con una gran extensión de agua interior, la bahía Skyring, canal que es obstruído frecuentemente por los témpanos que desprenden los ventisqueros cordilleranos que lo bordean de manera que tan sólo en el año 1902, el entonces teniente de marina, Ismael Gajardo, logró demostrar en forma fehaciente la comunicación marítima entre la bahía Skyring y el golfo de Xaultegua.

También al canal Jerónimo, que descubrió Sarmiento algunos días después, lo considera que se apoya en la cordillera de la tierra firme. (z) Creyó que aquí desembocaba el canal que conduce al golfo de Xaultegua y que el tramo de costa que se interpone (la península Córdoba) en consecuencia formaba parte de una isla. Más allá, sin embargo, dice: «Luego principia la tierra continental con planicies cerca del mar y con valles entre las crestas de los montes.» La descripción que sigue de las costas en las proximidades del Cabo Froward (llamada Punta de Santa Agueda) nos indica que Sarmiento

ha considerado a las montañas de la península Brunswick que en ella terminan como no formando parte de la cordillera continental, aunque sigue empleando los términos «Cordillera» y «Sierra Nevada» para las montañas más elevadas como lo son las del lado fueguino del Estrecho. (aa)

NOTAS

(a) *La Araucana*, Ed. de A. Koning, Santiago de Chile, 1888, págs. 182 - 192.

(b) A. Edwards, «El itinerario de don García Hurtado de Mendoza en su viaje a los archipiélagos de Ancud», (*Rev. Chil. de Historia y Geografía*, VII, N.º 11, págs. 301 a 322); Thayer Ojeda: «Observaciones acerca del viaje de don García Hurtado de Mendoza a las provincias de los Coronados y Ancud», misma publicación, págs. 323 - 381; Cresc. Errázuriz, «La expedición austral de don García Hurtado de Mendoza», (misma publicación, págs. 382 - 424).

(c) *Historia General de Chile*, tomo II, Santiago, 1884, págs. 163 - 166, con nota 10. Polakowsky, aprovechando esta versión, ha publicado en alemán la expedición en *Zeitschr. d. Ges. f. Erdk.*, Berlin, 1887, págs. 39 - 41.

(d) «Ercilla y el descubrimiento de Chiloé», en *Estudios geográficos e históricos*, Sant ago, 1905 (Biblioteca geográfica histórica chilena, public. de L. I. Silva, tomo II).

(e) «El viaje de Ercilla al Estrecho de Magallanes», *Rev. Chil. d. Hist. y Geogr.*, VI, N.º 10, 1913, pág. 379).

(f) Durante los preparativos para el regreso al norte se realizó la embestida hecha célebre por los versos de Ercilla, realizada por él y unos cuantos compañeros, que no alcanzó la isla Grande de Chiloé, como antiguamente se había supuesto, sino que la isla Puluqui, frente al paso Tautil. Aquí grabó Ercilla en la corteza de un árbol los conocidos versos que han transmitido a la posteridad la fecha precisa del avance y del regreso de la expedición. (28 de Febrero de 1558).

(g) MEDINA, *Colección de documentos inéditos*, XXVIII, pág. 158.

(h) *Colección de Doc. Inéd.*, XXVII, págs. 64, 170, 239.

(i)

*Pasó de Villarrica el fértil llano
que tiene al sur el gran volcán vecino,
fragua, según afirman, de Vulcano
que regoldando fuego está contino.*

Araucana, Ed. A. Koning, pág. 179.

(j) R. Guerrero Vergara ha resumido todos los datos sobre Ulloa y el itinerario de su viaje, *Anuario Hidrográfico*, VI, págs. 435 y siguientes. Compárese AMUNÁTEGUI *Cuestión de límites*, tomo I, pág. 282.

(k) «Es toda la tierra horadada, cuya costa es toda islas grandes, montuosas hasta la cumbre de los cerros» (*Anuario Hidrogr.*, V, pág. 1518).

(l) LÓPEZ DE VELASCO, *Geografía y Descripción universal de las Indias*, 1571 - 74, Madrid, 1894, pág. 538 indica «cuarenta o cincuenta leguas».

(m) Aún Cortés Ojea en su expedición de 1557, encontrándose en latitud de 51º a la altura de la isla Hannover creyó tener ante sí la entrada al Estrecho de Magallanes. *Anuario Hidrogr.*, V, pág. 486 - 87.

(n) «E más la tierra dentro parecían muchas sierras altas nevadas.» (*Anuario Hidrogr.*, V, pág. 484).

(ñ) También en pág. 491.

(o) El diario de Goizueta, al igual que los documentos españoles antiguos llaman nieve, no tan sólo a la nieve propiamente tal, sino que también para indicar a las nieves persistentes y al hielo de los ventisqueros. El idioma español carece de una expresión castiza para la cual en la América española se ha acudido al francés para el término «glacial». El término ventisquero se ha introducido (en ventisquero de nieve) para indicar los glaciares eso sí que en el idioma científico.

(p) H. Steffen, «El llamado hielo continental». *Rev. para el conocimiento glacial*, VIII, págs. 567 - 69).

(q) *Anuario Hidrogr.*, V, págs. 482 - 86.

(r) «La cordillera comienza desde donde hace la vuelta el Estrecho», etc., (misma obra pág. 501). Compárese «A la costa hay pocos puertos, hasta llegar a la Cordillera». «En todo este trecho desde la Mar del Norte hasta llegar a la Cordillera que son 43 leguas», etc. (misma obra págs. 500-501.)

(s) «El derrotero de Juan Ladrillero que de los que ahora le han pasado es el más particular y que parece más cierto». (Ed. Madrid, 1894 pág. 546).

(t) Obras cartográficas sobre América del Sur en las que se encuentran dibujadas montañas que aproximadamente corresponden a las cordilleras, las tenemos nada más que desde mediados del siglo XVI. Pero la representación es arbitraria. Así, por ejemplo, el mapa - mundi de Giacomo Gastaldi, del año 1546, cubre el interior del continente con cadenas de montañas sin nombre, que acompañan el curso del Amazonas dirigido norte - sur y que cubre la región denominada «provincia de Quito», pero que está situada hacia el oeste de la desembocadura del Plata (!!) mientras que las provincias de Collao y Perú, esta última también cubierta de montañas se encuentra ubicada como continuación norte de la de Quito. (S. RUGE, *El desarrollo de la cartografía de América hasta 1570* (Petermanns Mitteil, cuaderno complementario 106, Gothe 1892, pág. 69 y reproducción N.º 12). Aspecto muy semejante presenta la carta de Sud - América de Juan Bello, adjunta a la conocida obra de Cieza de León, *Parte primera de la Chronica del Perú* (Ed. Amberes, 1554), en la que Chile se encuentra comprendido en la región cubierta de montañas. Dos años más tarde, en el mapa - mundi de Gaspar Vopell, en la *Cosmographia* de Gerónimo Giravass (Milán, 1556), aparece el nombre de «Andes», correspondiente a una cadena de montañas que acompaña en el oeste al Amazonas diseñado también en dirección meridional, que alcanza hacia el sur hasta la región «Chile», pero no hasta el Estrecho de Magallanes. Hay que mencionar una carta de Sud - América («La discriptione di tutto il Perú») de Paolo di Forlani de Verona, en la que todo el continente aparece cubierto de una caos de montañas, y en las que resaltan algunas provincias como «Chili», «Chincas», «Prov. de la Plata» (*Catálogo de la colección de cartas del Museo británico*, pág. 30 (2) pág. 10 (1) y cap. 124 (1)). También la carta de Mercator 1569 presenta un sinnúmero de montañas imaginarias y en la que por primera vez queda indicado «Copaiapo» del lado occidental. (Ruge, entre otros, pág. 85 y reproducción N.º 16).

(u) *Viaje del Estrecho de Magallanes*, por el Capitán Sarmiento de Gamboa, Madrid, 1768, también en el *Anuario Hidrogr.*, tomo VII, Santiago, 1881, con notas de la Oficina hidrográfica chilena. Como referencia para la determinación de las situaciones pueden servir «A chart of the Gulf de la Santísima Trinidad with the channels adjoining to the South, delineated from the Journal of Pedro Sarmiento; en Burney, *A Chronological History*, etc., tomo II, pág. 9 y 17 - 28, Londres, 1806. Compárese también la «Carta esférica de la parte sur de la América meridional», del año 1788, en *Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes*, etc.

(v) «La costa es toda de morros gordos de peñascos pardos pelados de medio arriba» (*Anuario Hidrogr.*, VII, pág. 455.)

(w) Misma obra, págs. 456 - 57.

(x) «Aquí dimos en la Cordillera Nevada de la Tierra Firme que sale a la mar por este canal», También en otras partes, pág. 459.

(y) Misma obra, pág. 493.

(z) «Canal que va arrimado a la Cordillera Nevada de la Tierra Firme», también en otras partes, pág. 496.

(aa) También Sarmiento no ha sido consecuente con la denominación de cordillera, como sucede a muchos autores españoles. Así por ejemplo, la cadena de colinas de la orilla norte del Estrecho entre las dos Angosturas: «Una Cordillera como loma, no muy alta ni tampoco muy baja», (También entre otros, V, XI y I pág. 530).

CAPÍTULO VII

FUNDAMENTOS Y DESARROLLO DE LA LEYENDA DE LOS CESARES

La expedición enviada hacia el interior por Sebastián Caboto en 1528 desde el Plata (véase Cap. III) ha sido objeto de una circunstanciada relación que el historiador argentino Rui Díaz de Guzmán publicó en la *Historia Argentina*, en 1612, y la que debemos analizar de cerca, en especial, contemplándola bajo el punto de vista de sus datos geográficos. El más importante es el siguiente: (a)

Después de la construcción del fortín Sancti Spiritus, Caboto envió a cuatro españoles al mando de César a fin de reconocer los países situados hacia el sur y hacia el oeste, y para encontrar una vía terrestre hacia el país del oro, el Perú. («a descubrir las tierras australes y occidentales que por aquellas parte pudiesen reconocer, según le parecía al dictamen de su entendimiento y cosmografía que por allá era el más fácil y breve camino para entrar al reino del Perú y sus confines») Se les ordenó avanzar en dirección entre Sur y Oeste (entre medio día y occidente) y estar de regreso antes de tres meses en Sancti Spiritus.

Los expedicionarios reconocieron diferentes establecimientos indígenas y atravesaron después una cadena de montañas, que desde la costa marítima se extiende hacia el W. y N. y que se une a la alta Cordillera de Perú y Chile («atravesando una cordillera que viene de la costa de la mar y corriendo hacia el poniente y septentrión, se va a juntar con la general

y alta cordillera del Perú y Chile.») Entre ambas montañas encontraron extensos valles, poblados por numerosos indios de diferentes tribus. Después de haber pasado por buen número de estas localidades donde encontraron amistosa hospitalidad, torcieron hacia el sur y llegaron a una provincia de densa población y que, fuera de grandes tesoros en oro y plata, tenía grandes manadas de ovejas de la tierra (llamas) de cuya lana tejían telas («ropa bien tejida»). Los aborígenes obedecían a un cacique, cuya amistad y voluntad supieron asegurar los españoles, de manera que después de cierta permanencia les concedió permiso para que pudieran regresar y fueron obsequiados con generosidad con oro y plata y trajes. Atravesaron todo el país y regresaron por el antiguo camino hacia el fortín de donde habían partido, pero lo encontraron destruido y evacuado.

Hasta este momento puede hacerse concordar la relación de Rui Díaz en sus líneas generales con lo que hemos podido saber por los documentos considerados en el capítulo III, aunque haya divergencias en algunos puntos, en lo que respecta a la vuelta de César y de sus acompañantes. Que estos últimos hayan llegado después de la destrucción de Sancti Spiritus, como lo sostiene Rui Díaz queda contradicho rotundamente por un pasaje del «Interrogatorio presentado por Sebastián Caboto» en Sevilla a 29 de Agosto de 1530. (Véase Capítulo III, nota (k)).

La indicación de la cordillera en dirección W. y N. que se une a la cordillera general y alta del Perú y Chile adquiere interés cuando al propio tiempo se contempla la carta de la América del Sur de Sebastián Caboto del año 1544. Encontramos en ésta una representación de montañas tan concordante con esta descripción, que se está tentado de suponer que le haya servido de fundamento para el pasaje citado de la relación de Rui Díaz. La cordillera en dirección W.E. principia en el Cabo Blanco, inmediatamente al sur del estuario del Plata, entre 35 y 36° S., de allí corre en dirección directa al W., hacia el interior, y al irse acercando a la cadena montañosa elevada tuerce hacia el NW. para unirse a la última. Un poco al norte de la unión nacen tres cursos de agua, que juntos más abajo forman el río Carcaraña, que al igual que el fortín Sancti Spiritus, están designados por sus nombres en la carta. Algunos manojos de pasto dibujados al pie de la

alta cordillera por el este muestran las tierras de las pampas de las actuales provincias del litoral argentino.

La identificación de la cordillera, poniente - oriente, presenta dificultades, pues, las únicas elevaciones de terreno que entran en consideración, a saber, la serie de pequeñas sierras de la provincia de Buenos Aires, que se extienden desde el Cabo Corrientes hacia el interior en dirección NW., se encuentran muy apartadas y no se unen a la alta cordillera. Luego debe prescindirse de esta cadena de montañas imaginaria, usada por Rui Díaz como aderezo inventado de acuerdo con la carta de 1544, también la alta cordillera general del Perú y Chile no debe haber interceptado la marcha de los hombres de César, más bien las sierras de Córdoba y de San Luis, a las que se han referido las informaciones de los indios querandíes con respecto a los tesoros en metales, como lo he indicado en el capítulo III. La carta de Caboto no presenta una distinción entre estas sierras y la gran cadena cordillerana peru-chilena.

La relación de Rui Díaz de Guzmán contiene otras informaciones sobre la expedición de la gente de César que no es posible controlar por medio de la documentación más antigua contemporánea.

En vista de la destrucción de Sancti Spiritus, dice que César volvió nuevamente a la provincia por él visitada en el interior; y que desde aquí había intentado un nuevo avance. Que habían ascendido «una cordillera muy elevada y muy áspera» de la que simultáneamente se divisaba el mar del Norte y el mar el Sur. («Mirando el hemisferio vieron de una parte al mar del Norte, a la otra el del Sur») Rui Díaz agrega al instante que esto debe ser un error y que posiblemente hayan divisado algunos grandes lagos que allá se supone que se encuentran y confundido con la mar. Han continuado su marcha a lo largo de la costa (evidente del mar del Sur) muchas leguas hasta Atacama y a la «tierra de los Olipes», por consiguiendo hasta la planicie boliviana austral, y dejando a Charcas a la derecha han llegado a Cuzco. Que su entrada al imperio de los Incas se ha realizado al mismo tiempo en que Pizarro hacía aprehender al Inca Atahualpa en Cajamarca, o sea el año 1532.

Rui Díaz termina su relación con lo que designa como «Conquista de los Césares» con la nominación de su informante, el capitán Gonzalo Sáenz Garzón, habitante de Tucumán y

anterior participante en la conquista del Perú. Este asegura haber conocido a César en Lima y haber recibido sus informaciones.

* * *

Antes de que J. T. Medina lograra reunir el material documental relacionado con Francisco César y ponerlo a disposición de la investigación crítica, no cabía más que manifestar dudas, respecto de la relación de Rui Díaz con referencia a la segunda expedición de la gente de César, por su inverosimilitud. Los historiadores argentinos más antiguos en general presentan la relación de marcha de los cuatro españoles con algunos aderezos, extrayéndola de la *Historia Argentina*, y hasta Hermann Burmeister en el capítulo de la historia del descubrimiento, que antecede al primer tomo de su *Descripción Física de la República Argentina*, 1875, discute seriamente la cuestión de si César en realidad haya podido divisar simultáneamente los dos océanos desde una altura de la cordillera (lo que el propio Rui Díaz pone en duda) (b). Pero en lo que no cabía duda para él, era que aquel César fué el primer europeo que cruzó el río de La Plata a través de la América del Sur, hasta alcanzar las costas del Océano Pacífico y que llegó hasta Lima, en estado de construcción. (c)

A esto podemos oponer que ahora sabemos que César y sus acompañantes, después de su expedición al interior, estuvieron de vuelta en Sancti Spiritus ya en 1529, y que regresó con Caboto a España, donde al año siguiente entabló juicio ante el tribunal para que se le cumpliera con su paga. Además ha quedado establecido que el mismo César había regresado ya en 1532 a América, pero en esta ocasión a Nueva Granada (Colombia) donde, según la información del Cronista Herrera, tomó parte en las campañas guerreras de Pedro de Heredia y del Licenciado Vadillo, entre 1532 - 1538, y que rindió la vida en el último año citado. (d) Según se desprende, es, pues, inverosímil que César se haya encontrado en Cuzco en 1532, en la época de la prisión de Atahualpa, por Pizarro, después de haber atravesado el continente. Medina manifiesta dudas de que César en su vida haya llegado a Lima, la que fué fundada tan sólo en 1535, precisamente en la época en que sus actividades lo mantenían atado en el norte. Con eso caería por su base la relación de Díaz de

Guzmán respecto de las propias declaraciones del informante de Lima.

Posiblemente debe interpretarse la segunda parte de la relación de Rui Díaz que trata de la travesía de la cordillera, de la marcha a través de Atacama y hasta Cuzco, como una ampliación fabulosa del mismo César, y de adorno de su expedición relativamente breve y de escasos resultados, hacia el interior, al oeste o suroeste de Sancti Spiritus. Si esta versión se ha originado durante una estada posterior de César en el Perú, para la que a pesar de las dudas de Medina existen ciertos puntos de referencia, es materia difícil de dilucidar.

El conocido cronista de la Conquista del Perú, Pedro Cieza de León, que posiblemente haya sido compañero de armas de César durante las expediciones guerreras con Heredia y Vadillo, menciona sobre la base del relato que notoriamente ha hecho circular el propio César o uno de sus compañeros en relación con las fabulosas riquezas en oro, plata y piedras preciosas, las grandes manadas de «ovejas peruanas» y los indios bien vestidos, pero sin indicación de su residencia, y con la bien empleada observación que estas cosas en general son abultadas en extremo. (e)

«El Cuento de los Césares» (lo de César, «la gran noticia», llamada también «los Césares») se ha esparcido con rapidez y amplitud tanto en los países andinos como en el Plata. A pesar de las informaciones generales de suma vaguedad no dejan de percibirse ciertas indicaciones con respecto a determinada región en el contorno oriental de las cordilleras. Es la misma como lo hemos indicado en el capítulo III, hacia donde tienden las relaciones creíbles respecto al primer avance de las gentes de César. Podemos presentar aquí dos ejemplos.

Después de la derrota del joven Almagro en la batalla de las Chupas, el victorioso Capitán General del Perú, Vaca de Castro, envió una expedición conquistadora a fin de someter las tierras al oriente de las cordilleras, hasta las llanuras del Plata. La expedición alcanzó la región de los grandes lagos y ciénagas salinas, como lo ha dejado establecido Rui Díaz de Guzmán, (f) en la provincia de Santiago del Estero, que encontraron poblada por las tribus de los indios juries y más al sur llegaron donde los Comechingones, moradores de grutas («que son indios naturales de la provincia de Córdoba que viven bajo de tierra en cuevas») donde fueron recibidos amigablemente y donde obtuvieron noticias de los países vecinos. Oye-

ron hablar aquí de una región situada más al sur, rica en oro y plata, que los indios llamaban Yungulo, y que como agrega Rui Díaz de Guzmán, debe asimilarse con su descubridor, apellidado «Los Césares», como lo llaman en el Plata. («Que se entiende sea la misma noticia que en el río de La Plata llaman los Césares, tomando el nombre de quien la descubrió.»)

Un capitán, Miguel de Avendaño y Velasco, conocido en la historia de la conquista de Chile, explica en una relación del año 1560, que debía dar a conocer sus méritos, que en una expedición junto con Francisco de Villagra habían llegado a Cuyo, «desde aquí, continúa, partí para descubrir el país de los Césares («salí al descubrimiento de lo de César») pero pudo escapar de allí después de muchas peripecias», etc. (g)

* * *

Con el trascurso de los tiempos, la «Historia de los Césares», con el aditamento de elementos extraños, se ha transformado en una leyenda que para el hemisferio austral del continente ha tenido la misma significación que la leyenda del Dorado en el del norte, y que en especial fué de decisiva importancia para la exploración de la cordillera patagónica.

Ya en las noticias respecto de la expedición aventurera de uno de los lugartenientes de Pedro de Valdivia, con el objeto de reconocer la región de Yungulo, que también aparece bajo la denominación de «Linlin», «Trapanada», o «Los Césares», y que posiblemente debe buscarse en el territorio del Neuquén actual, encontramos un nuevo elemento. El jefe de las tropas, del que se trata fué Jerónimo de Alderete, uno de los familiares de Valdivia, quien más o menos al mismo tiempo, como el ya nombrado Villagra, llevó a cabo una expedición de orden de su jefe y que desde Villarrica, entre 39 y 40°, condujo a través de la cordillera. (h) En una información llevada a cabo en Santiago del Estero, treinta años después de la expedición de Alderete, expone un testigo que conoció a Alderete durante su misión en España (1554) que le había contado la existencia de grandes poblaciones de indios, del otro lado de la cordillera de Chile, que vivían hacia el Mar del Norte, y entre las que también había blancos, españoles. Que éstos habían sido descendientes de los náufragos de una expedición del obispo de Placencia, que desde el Estrecho de Magallanes habían penetrado al interior, que aquí se habían unido a muje-

res indígenas y cuyos descendientes llevaban ahora una vida pacífica en medio de los aborígenes.

Si analizamos las razones históricas relativas a esta curiosa afirmación de la existencia de españoles en medio de la población india de esa región, retirada por completo del contacto con europeos, región situada en las faldas orientales de la cordillera austral, entonces llegamos a la siguiente conclusión:

De acuerdo con la relación de un diario, cuyo autor probablemente lo fué el capitán del único buque de la expedición que logró volver a España, y que el cronista Herrera ha empleado para extractarla y hacerle algunos agregados, (i) la expedición del obispo de Placencia, Gutiérrez Vargas de Carvajal, se componía de una flota de tres naves, que recalaban al Estrecho de Magallanes el día 20 de Enero de 1540. Dos días después la nave capitana naufragaba en Primera Angostura del Estrecho, pero la tripulación pudo salvarse. De las otras dos naves, la una mandada por el capitán Alonso de Camargo, pariente del obispo de Placencia, alcanzó al Océano Pacífico, y después de hacer escala en varios puertos chilenos (véase Cap. V) recaló por último en un puerto peruano. El segundo buque, al mando del capitán Gonzalo de Alvarado, intentó recoger a los naufragos, pero vientos contrarios se lo impidieron y el mal tiempo lo obligó a salir del Estrecho y correr a lo largo de la costa atlántica de la Tierra del Fuego, en cuya ocasión posiblemente haya alcanzado a llegar hasta el canal Beagle; permaneció aquí durante seis meses y volvió después a España. (j)

Una importante ampliación de esta relación la contiene un documento de 19 de Julio de 1541, encontrado por Morla Vicuña en el Museo Británico, entre los papeles del conocido geógrafo español y náutico Felipe Bauzá, y dirigido a Lázaro Alemán en Sevilla, el célebre impresor de mapas, llamado también Cromberger o Nuremberger, por su ciudad natal, y que relata la suerte corrida por la expedición del obispo de Placencia. (k)

No cabe duda de que en Enero de 1540, gran parte de la tripulación naufraga de la nave capitana de la desgraciada expedición, ha quedado abandonada en la orilla del Estrecho de Magallanes, entre ellos el jefe de la flota, Comendador don Francisco de la Rivera, a quien el rey había agraciado con la concesión de la Gobernación en ambas orillas del Estrecho de

Magallanes, en reemplazo de Francisco de Camargo, (l) quien había sido el concesionario anterior. Con respecto a la suerte corrida por estos náufragos no existen más que noticias de suma vaguedad y que no merecen crédito, entre las que debe figurar la indicada «Información» del año 1589. Hay que agregar que un análisis crítico de los acontecimientos considerados se dificulta por la confusión de que adolece la citada Información, y también otros documentos posteriores, en los que se confunde a los náufragos de la expedición de 1540, con los sobrevivientes de los establecimientos fundados por Sarmiento de Gamboa en 1584, y después abandonados por los moradores.

Respecto de la suerte de estos últimos da alguna luz una relación de Tomé Hernández, el único de aquellos desgraciados colonos que embarcó en su nave el corsario inglés Cavendish, en el año 1587, en su viaje por el Estrecho y el que más tarde fué citado por el Virrey del Perú para declarar respecto a sus aventuras. En conformidad a las declaraciones, las gentes dejadas por Sarmiento han debido sobrellevar una vida en las más miserables condiciones durante dos años, mientras que el hambre, las enfermedades y los ataques de los aborígenes redujeron su número original de 50 a sólo 15. De ellos, uno, el expresado Hernández, fué admitido a bordo de los buques ingleses y los otros catorce siguieron en el abandono. Como han sucumbido no lo sabemos. Se dice que el capitán inglés Merrick recogió a bordo en 1590 al último sobreviviente, pero que éste muy luego falleció a bordo de la nave. (m)

En las noticias más antiguas que merecen fe, no tenemos referencia alguna de que los españoles náufragos hayan abandonado el Estrecho, y partido hacia el interior de la Patagonia, y que hayan alcanzado aún hasta la región del Neuquén actual. De las declaraciones de Hernández se desprende la categórica afirmación que los españoles abandonados cuando más se han alejado unas tres leguas del Estrecho. (n)

Si se pregunta cómo ha sido posible que después de diez años del naufragio en el Estrecho de Magallanes hayan circulado rumores entre los primeros conquistadores respecto al establecimiento de sus compatriotas náufragos o de sus descendientes entre los indios en las faldas de la cordillera en el Neuquén, debe recurrirse, para dar una explicación satisfactoria, a la errónea suposición de la situación del Estrecho de Magallanes, de la que estaban poseídos los conquistadores

españoles que venían desde el norte. Cuando Pedro de Valdivia aún no había alcanzado el paralelo de 42°, en su marcha hacia el sur de Chile, informaba al Emperador que había llegado hasta una distancia de 150 leguas del expresado Estrecho y aún errores más crasos se observan en las opiniones de sus lugartenientes. (ñ) Según ellos la suposición de que los naufragos del Estrecho de Magallanes hayan podido caminar hasta cerca de la región por donde los conquistadores españoles habían atreavesado a la cordillera austral chilena era un asunto que no ofrecía dificultad, y posiblemente esta especie se mantuvo aún algún tiempo después que los viajes de Ulloa, Cortés Ojea y Ladrillero dieron a conocer la distancia con cierta aproximación con referencia a las playas de Reloncaví y de Chiloé.

* * *

La tradición posterior, cuyo representante más eminente podemos considerar al padre Diego Rosales, en cuanto al objeto considerado, en su *Historia General del Reyno de Chile* nos presenta extensos considerandos sobre «los Césares» y, con motivo de rumores y noticias de muy dudoso valor, ha construído la fantástica historia de una ciudad de los Césares, de cuya opulencia todo el mundo deliraba sin que nadie pudiese ubicarla.

Como parece, Rosales, quien escribió su *Historia* por el año 1574, no ha tenido ni noticias de la expedición del capitán César, la que a no dudar es la más antigua base histórica, si así puede decirse, en relación con las fábulas relacionadas con los Césares. Para él, el acontecimiento histórico es la expedición del obispo de Placencia, alrededor de la cual teje sus versiones sobre los Césares. Hasta el origen de la designación de Césares, que hasta Rui Díaz de Guzmán deriva con toda propiedad de aquel capitán César, cayó en olvido más tarde, y fué reemplazada por una muy objetable hipótesis según la cual el nombre provenía del César, o sea del Emperador Carlos V, a cuyo ejército y armada pertenecían los fundadores de la ciudad fantástica. (o)

Entre los elementos de tradición histórica que se fueron ligando, en los siglos XVI y XVII, para constituir la leyenda de los Césares, hay que considerar, fuera de los mencionados, algunos otros que hasta cierto punto han tenido notable influen-

cia en la formación de la leyenda. Forman entre ellos la tradición histórica sobre establecimiento de tropas de indios dispersados de países del norte, establecidos en una región imposible de determinar en las cordilleras australes, o aún del lado del Atlántico. En todo caso, ya a fines del siglo XVI se ha relacionado la antigua leyenda de los Césares con la emigración de indios peruanos. La demostración la encontramos en el «Informe sobre el Reyno de Chile, sus indios y sus guerras», de Miguel de Olaverria, del año 1594, en la que se han conservado importantes noticias respecto de la última expedición de los Incas hacia Chile. (p)

La relación habla de una gran batalla en las llanuras del río Maule, en la que el ejército de los Incas fué aniquilado casi por completo por los indios chilenos Purumaucas. Los pocos sobrevivientes peruanos que lograron escapar a la carnicería, no regresaron al Perú, porque ya habían tenido noticias de la conquista de su patria y de la prisión del Soberano por los españoles, y habían huído hacia el lado opuesto de la cordillera, por el valle de un río Butagan (q) y que se había establecido en «el asi llamado Césares, cerca del Mar del Norte» respecto de lo cual hay muchas informaciones e indicios. (r)

En especial en el Perú deben haber circulado por ese tiempo las especies más fantásticas respecto del establecimiento de indios fugados hacia alguna región austral. En conformidad a lo aseverado por Rosales, don García Hurtado de Mendoza, como Virrey del Perú, encomendó a un juez supremo del Tribunal de Atacama para que hiciera indagaciones respecto del paradero de los 30.000 indios que al principio de la conquista del Perú habían huído a través del desierto de Atacama. Que éste en realidad había podido descubrir que los caciques e indios más ancianos informaban por sus «quipus» respecto a la fuga de los 30.000 peruanos después de la muerte de Atahualpa de que los fugitivos habían caminado muchas leguas entre ambas cordilleras, hasta que al fin alcanzaron a un gran lago, en medio de una fértil campiña, donde la cordillera presentaba ricas vetas de oro y plata. Que allí habían fundado una gran ciudad, pero que, por lo demás, se habían mantenido alejados de los indios chilenos puelches que vivían en aquella región cordillerana.

Tenemos aquí necesariamente ante nosotros el aspecto original de los «Césares indios» que en las fases posteriores del desarrollo hay que distinguir de los «Césares españoles», cuya

patria, al igual que la leyenda original de los Césares, hay que ubicar en los faldeos orientales de la Cordillera del Neuquén.

Como complemento podemos considerar a los «Césares osornenses», que provocaban el interés más intenso en la segunda mitad del siglo XVIII. Eran considerados como los descendientes de españoles fugitivos de Osorno, Imperial, Villarrica y otras localidades del sur de Chile, que a principios del siglo XVII habían sido destruídas por los indios. Con respecto a la región donde al fin se establecieron divergían bastante las opiniones, pero predominaba la suposición de que debía buscarse cerca de un lago en los contornos de la cordillera austral. La *Historia geographica e hidrographica*, que el Gobernador Amat y Junient envió en 1757 al rey de España, observa expresamente que, a decir verdad, no había podido determinar la existencia y ubicación de los Césares (ciudad y pueblo de gente española), pero que a menudo se le encontraba ubicado en latitud de 46° y de longitud 312° (W. de Tenerife). En algunas cartas del siglo XVIII, los Césares se encuentran ubicados aún más al sur. (u)

* * *

En la historia de los descubrimientos y de las exploraciones de la cordillera austral, desde mediados del siglo XVI hasta fines del siglo XVIII, encontramos a cada paso las más serias tentativas en la rebusca de los Césares. Con manifiesta obstinación se ha mantenido la creencia de la existencia de esta ciudad fabulosa, a pesar de los descalabros de las expediciones y de las enormes dificultades y de los no escasos gastos originados por esos viajes, aunque éstos por lo general eran cubiertos por el Gobierno. Aún la circunstancia de que viajeros experimentados y eruditos, como el piloto español José de Moraleda y Montero, se opusieron a las fábulas con todo vigor, no tuvo efecto convincente. Se observa con asombro que hasta las postrimerías del siglo XVIII la creencia en los Césares fué robustecida, a pesar de que en una u otra parte se habían presentado dudas respecto de su veracidad.

Posiblemente la razón haya sido que en los tiempos posteriores no se hayan puesto en acción algunos aventureros aislados, militares ambiciosos o activos misioneros, sino que los propios gobiernos coloniales de Chile, Perú, Buenos Aires y aún hasta el mismo Consejo de Indias se interesaron por el

problema de los Césares por razones políticas, y han impulsado expediciones para un esclarecimiento. Las frecuentes depredaciones de los piratas holandeses e ingleses en los puertos españoles fueron el motivo. Desde la expedición de Francis Drake (1578) en las autoridades coloniales españolas dominaba el temor por sorpresivos ataques, o aún por el establecimiento permanente de conquistadores extranjeros en las costas indefensas de la Patagonia occidental, y como lo demuestra el asalto y saqueo de Chiloé por Hendrick Brouwer (1643) no por razones baladíes. La expresada isla, el punto más avanzado de colonización y de dominio de España, constituía pues el objeto de permanentes desvelos para los gobernadores de Chile y Virreyes del Perú, y al último fué colocada bajo la administración y control directo del gobierno de Lima, el que al mismo tiempo ejercía la tutela de las estaciones de los misioneros establecidos en Chiloé.

En esta forma Chiloé llegó a convertirse en el punto de partida de una serie de expediciones de militares y misioneros españoles, de las que no siempre la búsqueda de los Césares era el objeto manifestado, pero que, en todo caso, era un objeto secundario auspiciado con calor por las autoridades. Como existía el convencimiento de que la ciudad o región buscada debía encontrarse en las faldas orientales de la cordillera, las comisiones, de preferencia, tomaban el camino entre los esteros y valles fluviales, que penetran en las montañas de la costa continental frente a Chiloé o al archipiélago de los Chonos, en la esperanza de poder alcanzar las llanuras de la Patagonia propiamente tal. Desde la boca del Reloncaví hasta el estuario Aysen, o sea en una extensión de cuatro grados de latitud, no existe una sola inflexión que no haya sido frecuentada por los buscadores de los Césares, y que no haya sido seguida a lo menos hasta los primeros tropiezos del terreno, de los cursos de los ríos o de la vegetación.

Tan sólo en dos partes lograron los vajereros atravesar la cordillera hasta los faldeos orientales. Una, desde Ralun, en el extremo norte del estero Reloncaví, por los valles hacia el norte, y por el sur del macizo del Tronador, hasta el lago Nahuelhuapi; y la otra, en el fondo del estero Camau; por el valle del Bododahue, hasta la línea divisoria de aguas continentales, en 42° 30' S. Los valles más importantes, que pueden ser considerados como caminos de tránsito a través de los macizos de la cordillera, puesto que los ríos que los surcan en

general nacen de las alturas de los contornos de la pampa patagónica y van a desembocar al mar como el río Puelo, Manso, Yelcho, Futaleufu, Palena, Cisnes, y Aysén aún están inexplorados, excepto la región de sus desembocaduras.

Llegamos a la conclusión que, en general, respecto a la importancia de las expediciones de los Césares, no han estado en relación con el gran número de ellas realizadas y de los medios en ellas empleados, y no han correspondido a las grandes penurias y peligros de estas empresas. Sin embargo, debemos citar algunas que han arrojado bastante provecho, como los viajes del padre Nicolás Mascardi (1667 y 1670 - 73), que partió desde el Colegio de los Jesuítas en Castro en Chiloé, y que fundó una estación permanente de misioneros entre los indios poyas y puelches, según es de presumir a las orillas del lago Nahuelhuapi. Además los viajes de sus sucesores, Felipe van der Meeren, Juan José Guillermo, Miguel de Olivares y otros que suceden en los dos primeros decenios del siglo XVIII, y por los datos de Olivares (*v*) obtémos algunas particularidades respecto del camino cordillerano desde Ralun hacia el lago Todos los Santos, y por el valle del Peúlla hacia Nahelhuapi; mientras que la ruta de los misioneros por el sur del Tronador, llamada camino de Buriloche, sólo puede ser ubicado por noticias indeterminadas. (*w*)

Provecho geográfico arrojaron también los viajes del piloto Bartolomé Díaz Gallardo y de Antonio de Veá, en los años 1674 - 75, que debían recoger noticias respecto del establecimiento de extraños en las costas hacia el sur de Chiloé. Veá describe las islas de los Chonos y las cordilleras que emergen en el lejano oriente con el volcán Macá, se hizo relatar historias de aventuras por los aborígenes en relación con los Caucaes o Caucahues, o sea, de los indios nomadizantes de más al sur, que según suposición combatían con una nación extraña, donde existían hermosas mujeres de vistosos trajes, y otros cuentos. Sin embargo, esta expedición adquirió importancia por haber sido la primera en darnos noticias del mundo de los ventisqueros de la laguna San Rafael y del istmo de Ofqui, que fué traspuesto por los expedicionarios con ayuda de los indígenas. (*x*)

Los dos buscadores de los Césares más afortunados pertenecen a la segunda mitad del siglo XVIII. Son el jesuíta Jose García Alsué y el padre franciscano Francisco Menéndez.

Del primero poseemos un detallado diario (*y*) en que rela-

ta su viaje de misionero del año 1766 - 67, que particularmente tiene importancia para la exploración del istmo de Ofqui y de las costas del golfo de Penas y del canal Messier, y al que ha adjuntado una carta en la que están trazados también los anteriores viajes del padre. Esta carta es el primer documento, y único durante mucho tiempo, que en rasgos generales presenta en forma correcta la costa continental entre Palena y Aysen, aunque en escala arbitraria. Podemos deducir de ella que el padre ha recorrido los canales Jacaf y Poyeguapi, entre 44 y 45° S., y que ha reconocido en forma correcta la isla Magdalena con el volcán Matolat. El itinerario marcado en la carta nos demuestra además de que en la costa oriental del canal Poyeguapi ha tratado de penetrar hacia el interior de la cordillera por la bahía Quelat, parece que ha vaciado en su carta este pequeño estero lateral dibujado sobre la marcha en escala bastante aumentada. El río que desemboca en el fondo del canal aparece como brazo de mar que penetra a la «Gran Cordillera Nevada,» en más de un grado de longitud. El dibujo parece querer indicar que existe aquí un paso hacia las llanuras orientales donde sospechaba la existencia de los Césares.

Interés especial despierta el dibujo de los contornos de la costa hacia el sur de 45½°, donde el estero Aysen aparece como un brazo de mar que se introduce profundamente hacia el continente, y en cuyo término interior ha trazado los cursos de tres ríos y en el más austral, denominado Río de los Desamparados, se ha introducido un trecho. Tenemos aquí la representación cartográfica más antigua del río Aysen, que permite reconocer que según opinión del padre «La Gran Cordillera Nevada» sufre una interrupción por la interposición de un gran valle fluvial. Si la designación «Desamparados» indica una alusión a los españoles supuestos, diseminados por el interior de este valle fluvial, es materia de estudio. Hacia el sur del estero Aysen dibuja la cordillera como cadena continua, que en latitud 48° es interrumpida nuevamente por un ancho brazo de mar que lleva la inscripción: «Estero Messier no se sabe el fin.» Este estero Messier debe ser el Estero Baker actual, llamado también Calen, del poderoso sistema de esteros así llamado que se introduce a más de cien kilómetros hacia el interior de la cordillera. La ruta del padre no conduce hacia el interior, de manera que se puede suponer que la dirección hacia el este que le ha dado al estero la ha

copiado del levantamiento de un «Sargento Mayor de Chiloé» como lo indica al margen de su carta. (z)

El padre franciscano Menéndez en su segundo viaje cordillerano (1786 - 87) logró atravesar la alta cordillera en el fondo del estero Comau, subir por el río Bododahue y alcanzó la región lacustre del río Futaleufu superior, desde donde algunos de sus acompañantes avanzaron algunas jornadas hacia el este y noreste, donde encontraron extensas llanuras y rastros de indios nómades. Por desgracia, no es posible trazar su itinerario nada más que en las inmediaciones de la costa, en todo lo que atañe al valle del Bododahue es precario hacerlo por las tan confusas indicaciones del padre. Luego el provecho del padre ha sido nulo en relación con el progreso de la representación cartográfica de las cordilleras en $42\frac{1}{2}^{\circ}$ S. Aún del viaje apenas se han tenido noticias, hasta que Fonck en el año 1896, publicó los diarios del padre y le adicionó sus propias observaciones. (aa)

Mayor importancia tiene la actividad misionera y exploradora de Menéndez en las cordilleras vecinas al Tronador y a Nahuelhuapi, que corresponde a los años de 1791 - 94. Sus diarios de esa época contienen una recopilación de valiosas observaciones singulares, que se refieren a las características del terreno, a la vegetación, a las aguas, a los ventisqueros, a los volcanes, etc., mientras que los datos topográficos a menudo son confusos y los itinerarios difíciles de seguir. En particular, en lo que respecta a su expedición a las cordilleras en el río Blanco en 1791, a fin de volver a encontrar el paso Buriloché de los jesuitas, caído en olvido. A decir verdad, las expediciones del padre Menéndez están bajo la pesadilla de la leyenda de los Césares, pero los elementos puramente fantásticos quedan relegados por el entusiasmo de descubrir tierras a fin de obtener un buen provecho de la misión entre los indios de Nahuelhuapi. (bb)

En relación con las expediciones a los Césares, debemos hacer mención del piloto José de Moraleda y Montero, quien por orden del Virrey del Perú efectuó un viaje de reconocimiento en los años 1792 - 96 a la isla de Chiloé, a parte de los Chonos y hacia la opuesta costa continental. En contraste con su contemporáneo Menéndez, haría Moraleda una severa crítica a todas las leyendas de los Césares, aunque participaba del temor de las autoridades en lo que al establecimiento de extraños se refiere en las costas de Chiloé o de la Patagonia

occidental. A su juicio, constituía Chiloé la llave de los reinos de Chile y Perú y en repetidas ocasiones ha manifestado la posibilidad de que una flota extraña pudiese apoderarse de algún puerto. A las cordilleras ha avanzado Moraleda nada más que una parte, a saber: en una excursión al lago Todos los Santos, de cuya situación y contornos su carta es la primera representación fidedigna. (cc) De las cordilleras de la región de sus trabajos conoce nada más que los más elevados picos de los montes volcánicos, que denomina «montañas» o «volcanes», y que presenta con denominaciones. Después de unas cuantas tentativas en las desembocaduras de los ríos, como el Palena y el Aysen, se consideró facultado para restar a todos los ríos cordilleranos toda importancia como caminos de acceso al interior o como tránsito hacia las llanuras orientales. (dd) En la forma más crasa se refiere en su información respecto al Aysen, del que asegura que es un río de corto curso que a no dudar se forma por los derrames de los montes nevados de las inmediaciones, y que el valle del río no es más que un abra que penetraba al interior una legua escasa. Y hay que hacer presente que en las instrucciones del Virrey se le recomendaba en especial el estudio de la boca del Aysen y del canal, estero o río allí existente, que el explorador debía seguir lo más posible al interior, y en caso que fuese posible llegar, aún a alcanzar la costa del Atlántico de la Patagonia.

Es apenas dudoso que su opinión, en extremo severa respecto a los cuentos de los Césares, lo haya hecho incurrir en sensibles errores, cuyas consecuencias hasta cierto punto han alcanzado hasta los tiempos modernos, en lo que se refiere a su juicio errado respecto de los valles cordilleranos patagónicos.

La afición de los chilotes, caracterizada ya por Moraleda en su relación, de esparcir toda clase de cuentos relacionados con la presencia de extranjeros armados en los valles cordilleranos australes, es casi seguro que ha sido el impulso para el alistamiento de muchas de las expediciones a los Césares, y ha contribuido para que las autoridades coloniales españolas favorecieran siempre nuevas empresas a menudo bastante dispendiosas. Un ejemplo típico lo constituye la historia de una expedición militar de mucho bombo hacia el Hinterland de la bahía de Cahuelmó, en la costa oriental del estero Comau (42° 20' S.), que se llevó a cabo en 1809 - 10, hacia el final de la dominación española en Chile.

Se trataba aquí de una noticia aportada al gobernador de

Chiloé por pescadores chilotes, en que lo informaban de un supuesto depósito de armas y de rastros que delataban la presencia de gentes y de caballos, que pretendían haber descubierto en las despobladas florestas silvestres hacia el interior de Cahuelmó. El gobernador trasmitió la noticia a Lima, y de acuerdo con el Virrey organizó una campaña, de la que formaron parte nada menos que sesenta y dos soldados de las diferentes armas, con dos cañones de campaña, seis más pequeños y una considerable provisión de municiones. Después de infructuosa rebusca de varias semanas la expedición regresó de la cordillera, donde descubrió un pequeño lago y avanzó hasta el límite de las nieves. Los desgraciados autores de este rumor fueron encarcelados y puestos a disposición de los tribunales del Virrey para ser juzgados por sus descabelladas habladerías. (ee)

Que los Césares desempeñan aún hoy papel en la imaginación de los leñadores y montañeses chilotes lo he podido palpar a menudo durante mis viajes.

NOTAS

(a) Pedro de ANGELIS, *Colección de documentos sobre el Río de La Plata*, tomo I. Nueva edición, Buenos Aires, 1854, Lib. I, Cap. v, XI y I.

(b) Pág. 138, nota 23, (17)

(c) También, pág. 18.

(d) Véase datos biográficos de César, en J. T. MEDINA, *El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España*, tomo I, Santiago de Chile, 1908, págs. 234 - 237.

(e) GUERRA DE CHUPAS (*Colección de Doc. Inéd. para la Hist. de España*, LXXVI, Madrid,) 1881, pág. 300. Por otra parte Cieza de León, tiene una alta opinión de las condiciones militares de César. En la *Primera parte de la Chronica del Perú*, (Ed. Amberes 1554, págs. 28, 29, 281) hace mención de diversas hazañas, que según se dice realizó con unos pocos españoles frente a grandes contingentes de indígenas, en una campaña en Cartagena, hacia los valles de la Colombia de la actualidad,

(f) Entre otros, lib. II, Cap. vi.

(g) BARROS ARANA, *Hist. Gen. de Chile*, I, pág. 403.

(h) Más pormenores en el capítulo v.

(i) *Dec. VII*, lib. I, Cap. VIII.

(j) Véase el detallado estudio al respecto en el *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo v, págs. 449 - 457 por R. Guerrero Vergara.

(k) *Estudio histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia*, etc., Leipzig, 1903, pág. 238 - 239.

(l) Cuando llegaron a España las noticias de estos acontecimientos, existía aquí el convencimiento de que el Comendador Rivera y la tripulación salvada de la nave capitana aún permanecían a las orillas del Estrecho de Magallanes. (Carta del Emperador Carlos V a la Superiora del Hospital del rey, para solicitar una prórroga de la licencia de la hermana del Comendador. Morla Vicuña, entre otros, pág. 250). Pero no ha trascendido si se llevaron a cabo algunos intentos para rescatarlos. Pero el obispo de Placencia, preocupado de la pérdida de su inversión para el equipo de la expedición, obtuvo una orden real para todos los tribunales y autoridades españolas que debían proceder a arrestar a todos los tripulantes de las naves regresadas y hacerlos castigar si resultasen convictos de haber abandonado a su general y a su equipaje; también se debería exigir rendición de cuentas por el dinero desaparecido, y que el obispo había confiado en aquel buque. (Morla Vicuña, pág. 251).

(m) «Declaración que de orden del Virrey del Perú, don Francisco de Borja. . . . hizo ante escribano. . . . Tomé Hernández», etc. (En el apéndice de *Viaje al Estrecho de Magallanes por el capitán Pedro Sarmiento de Gamboa*, Madrid, 1768.)

(n) «Declaración ya citada, pág. xxvi, R. E. Latcham, quien recientemente ha publicado un estudio prolijo sobre los fundamentos y el desarrollo de la leyenda de los Césares, que se apoya en los documentos del archivo de Morla Vicuña de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, y que cree que de las relaciones antiguas permiten reconstituir dos establecimientos de tripulantes náufragos diseminados: uno, en 46½° en la región andina, posiblemente en las orillas del lago Buenos Aires, y el otro cerca de la costa atlántica entre los ríos Colorado y Negro. (La leyenda de los Césares. Sus orígenes y su evolución. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, tomo LX, N.º 64, Enero - Marzo 1929, pág. 218 y siguientes). El que conozca la Patagonia interior, en particular, las mesetas en su mayor parte áridas de los contornos de la cordillera al sur de los 46°, encontrará que el establecimiento en aquellas regiones no resulta imposible, pero que no merecen consideración seria.

(ñ) Jerónimo de Alderete, quien participó en la primera expedición marítima que Valdivia envió al sur al mando del capitán Pastene, y que no pasó más allá de los 41°15' sur, declaró más tarde, en memorial dirigido al rey, que había navegado toda la costa hasta el Estrecho de Magallanes. En exageración semejante incurre Ercilla en su *Araucana*, cuando habla de la expedición al golfo de Reloncaví como viaje realizado a Magallanes. Véase J. T. MEDINA, «El viaje de Ercilla al Estrecho de Magallanes», en *Rev. Chil. de Hist. y Geogr.*, VI, N.º 10, 1913, págs. 343 - 395.

(o) Así, por ejemplo, la observación de CARVALLO Y GOYENECHÉ en el capítulo XXXVIII de su *Descripción histórico-geográfica del Reyno de Chile*, donde habla de los náufragos de la expedición del obispo de Placencia: «También suponen haber naufragado todos en el Estrecho de Magallanes, gobernando la España el invicto Carlos V, de donde les viene a los supuestos colonos la denominación de Césares». (*Col. de Histor. de Chile*, X, pág. 191). La misma opinión la comparte hasta el historiador Benjamín VICUÑA MACKENNA, cuya composición científico-popular en sus *Relaciones históricas* ha contribuido grandemente al conocimiento más extendido de la leyenda de los Césares.

(p) Reproducido en GAY, *Documentos sobre la historia de Chile*, II, pág. 13. Respecto a hacer intervenir la tradición de establecimiento de indios peruanos diseminados, en las formas más antiguas de la historia de los Césares, lo he sugerido por primera vez en mi composición: *Los comienzos de la leyenda de la ciudad encantada de los Césares*. (Conferencias de la liga científica alemana en Santiago de Chile, II, 1892, cuaderno 4, págs. 219 - 230). Recientemente R. E. Latcham, (trabajo citado, págs 203 y siguientes) ha desarrollado más el tema.

(q) «Pasaron la gran cordillera por el río Butagan, que está cerca del dicho río de Maule». A cual de los tantos pasos cordilleranos en la latitud aproximada se refiere esta advertencia es difícil de determinar.

(r) Olaverría, quien en el último decenio del siglo XVI, tomó parte activa en las campañas contra los araucanos, debe haber conocido las fábulas originales del capitán César, pero en apariencia aun no tenía conocimiento de la supuesta ciudad de los Césares que, a no dudar, posiblemente habría hecho figurar en su registro de ciudades. (GAY, obra citada, págs 13 a 19). Parece que sus noticias son de origen indígena: «Según la noticia que dan los indios de mucha edad que algunos vivían tres años y medio á de quienes yo fui informado». (Gay, pág. 24.)

(s) ROSALES, *Historia*, tomo I, págs. 102 - 103.

(t) M. de l'Isle, en su «Carte du Paraguay, du Chile, du Etroit de Magellan», etc., Paris, 1703, sitúa los Césares un poco más al norte, o sea, por 44½° S., en las faldas orientales de la cordillera.

(u) En la carta «L'Amérique Méridionale» de D'Anville, Paris, 1743, se observa un claro en el dibujo de la cordillera, por los 48° de latitud, con una inscripción: «On place ici les Argueles et Césares, quó on dit etre. . . méles d'Espagnols sortis du Chili en 1554». Una edición inglesa de la misma carta «with several improvements and additions and the newest discoveries». (Londres, printed for Robert Sayer, 1775) desplaza a los Césares a una latitud aproximada de 47°. Una carta de Sud América de 1780 (published by J. Bew, Londres, from the *Political Magazine*, vol. I, pág. 462) la sitúa en 48 grados.

(v) *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. (Col. de Hist., tomo VII.)

(w) STEFFEN, *Patagonia Occidental*, tomo I, págs. 70 - 72.

(x) Véase la relación del *Anuario Hidrográfico*, XI, págs. 525 - 596. Steffen, «El Istmo de Ofqui». *Mitt. d. Geogr. Ges. f. Thüringfen*, Jena, 1913, pág. 20.

(y) El diario con la carta del padre fueron impresos por primera vez en *Nachrichten von verschiedenen Landen des spanischen Amerikas*, por Chr. T. v. MURR (Halle 1809). El texto completo español apareció en los *Anales de la Universidad*, 1871, y en el *Anuario Hidrográfico*, tomo XIV, con importantes observaciones de Vidal Gormaz.

(z) Por una nota al margen de la carta se deduce que en su confección, además de sus propias observaciones, ha recurrido «a las observaciones hechas por el Sargento Mayor de Chiloé por el año 1744. Se refiere a los trabajos realizados por el Sargento Mayor Abraham Edward (el apellido también aparece escrito como Eward, Eduard o Edwards) un inglés naturalizado en Chiloé del que se menciona una carta general de las islas entre Chiloé y Magallanes, que por desgracia no ha sido conservada. Los resultados, de suma importancia para la historia, los ha empleado a profusión el Presidente Amat y Junient en su *Historia geographica e hydrographica*. Compárese Thayer Ojeda, en *Rev. Chil. de Hist. y Geogr.*, XXIV, N.º 33, pág. 228; J. T. Medina, misma publicación, XIX, N.º 23, pág. 9 y siguientes.

(aa) *Viajes de Fray Francisco Menéndez a la Cordillera*, Valparaíso, 1896.

(bb) *Anuario Hidrográfico*, tomo XV, págs. 1 - 71; FONCK, *Viajes de Fr. Menéndez a Nahuelhuapi*, Valparaíso, 1900.

(cc) Véase «Carta esférica» en el *Anuario Hidrogr.*, tomo XIII, junto con la relación del explorador que también ha aparecido como libro, (MORALEDA, *Exploraciones geográficas e hidrográficas*, Santiago de Chile, 1888.)

(dd) Entre las notas que ha agregado a su carta se lee lo siguiente: «Los esteros no presentan terreno apropiado para cultivo, producción útil alguna para ser poblados, ni fácil internación desde su interior a las pampas o terrenos al Este de la Cordillera real, cuyo término occidental es dicha costa, y sus esteros no son más que unas estrechas profundas quebradas», etc.

(ee) STEFFEN, *Documentos relativos a una expedición colonial a las Cordilleras australes de Chile*, Chile, 1913, pág. 33 - 75.

CAPÍTULO VIII

LAS PRIMERAS TENTATIVAS DE DIVISION Y ESTRUCTURA DE LAS CORDILLERAS

No podían tardar ya las primeras expediciones de invasión de los españoles del lado occidental del continente, que les suministraron algunas nociones, por supuesto elementales, respecto a la estructura exterior de la cordillera. La extensión meridional de las montañas, y su recorrido paralelo, fueron luego reconocidos, como también el hecho que el sistema de montañas en ciertas latitudes ofrece extensas altiplanicies situadas entre las cadenas principales que se han separado. Cuando Almagro en el año 1536 hizo su campaña a Chile conoció no sólo la altiplanicie de la región austral de la actual Bolivia y del sur de la Puna de Atacama, sino que además cruzó algunas de las cadenas marginales de la región de la Puna, entre las latitudes de 22 a 27° S. y antes de descender hasta el occidente por un valle en dirección a Copiapó, quizás haya tenido que vencer el valle de San Francisco o de Pircas Negras. (a)

Para la mitad boreal de las cordilleras, desde el golfo de Darien hasta cerca de 20° S., la gran obra del guerrero español Cieza de León, la *Crónica del Perú*, en especial la primera parte, que contiene una especie de descripción del país y de su pueblo, en conformidad a las propias impresiones del autor, contiene numerosas contribuciones para el conocimiento de la montaña. Como lo dice, Cieza ha confeccionado sus relaciones durante los períodos de descanso en el campamento y, donde carecía de experiencia personal, ha interrogado a las gentes más entendidas. Su permanencia en la América del

Sur duró 17 años. En 1541 principió con sus apuntes en Cartago, en la gobernación de Popayan, y los terminó en Lima en el año 1550. Cuatro años después se hizo la primera impresión de la *Parte primera de la Crónica*, a la que se encuentra agregada la carta mencionada del Nuevo Mundo de Juan Belleró (véase Cap. VI, nota t).

Que la cordillera de los Andes, (Cieza de León emplea comúnmente esta expresión para la totalidad de la montaña, aunque de una observación estampada en el capítulo XXXVI de la *Crónica* se podría suponer que aplica esta denominación a la cordillera grande del Perú) se extiende por todo el continente, desde el golfo de Darien hasta el Estrecho de Magallanes, parece para él un hecho inamovible: «Esta cordillera de sierras que se llama de los Andes se tiene por una de las grandes del mundo, porque su principio es desde el Estrecho de Magallanes, a lo que se ha visto y se cree». (b) En la descripción particular de las diferentes provincias distingue la «Cordillera de los Andes» con bastante precisión de los otros cordones del gran sistema montañoso.

En la descripción de la provincia de Popayán, por ejemplo, indica sus límites en la siguiente forma: «De un lado tiene la costa del Mar del Sur y una montaña muy elevada y áspera, que corre a lo largo de la costa. En el lado opuesto corre la extendida cordillera de los Andes y entre ambas cordilleras nacen muchos ríos, entre ellos algunos muy caudalosos, que forman anchos valles», etc. (c) Con mayor precisión se expresa en el Capítulo XXVI, en la descripción del valle del Cauca superior, en las proximidades de Cali: «Del otro lado del río hacia el oriente se encuentra la cordillera de los Andes, y allende de ella existe un valle mayor y de más hermoso aspecto que se llama Neyra (Neira) por el que corre otro brazo del gran río de Santa Martha.» (d)

A este último río, el actual Magdalena, al que compara con los grandes ríos como el Ganges, Nilo, Eufrates, Tigris, Amazonas, La Plata y otros, ha dedicado Cieza un capítulo especial, el XXXI, del que al mismo tiempo se desprende claramente la distinción que hace entre la «Gran Cordillera de los Andes», o sea de la actual «Cordillera Central Colombiana», y el cordón de montañas designado como «Cordillera colombiana occidental». Parece que sus expediciones no han conducido al autor hacia la región de la cordillera colombiana oriental, pues considera la provincia de Bogotá como situada

ailende («de la otra parte») de la cordillera de los Andes y lo demuestra una breve observación del Capítulo CXV, que hace sobre la riqueza mineral de la montaña. (e)

El capítulo XXVI (f), que contiene una descripción general («descripción y traça») del imperio de los Incas, ofrece una subdivisión de la cordillera en tres cordones longitudinales o zonas que denomina, «tres cordilleras o cumbres desiertas», y que describe como montañas de enmarañado bosque, insalubres y deshabitadas en su interior. Su distancia al Mar del Sur parece ser entre 40 y 60 leguas. A lo largo corre otro cordón principal «una serranía», cuyas características son las numerosas montañas nevadas («grandes montañas de nieves») y los fuertes vientos permanentes. También esta zona de montañas la supone inhabitable por no tener tierras utilizables. La tercera cordillera, según Cieza, la constituyen los desiertos arenosos (arenales) que se extienden desde Túmbez hasta el sur de Tarapacá, donde no se encuentra nada más que montañas arenosas y rige un intenso calor solar («sierra de arena y de gran sol») donde no corre un curso de agua, donde no crece planta, ni árbol y de los seres animados no se divisan más que aves. Esta última faja de tierras, o sea la montaña costera peruana, es designada en general como llanos, evidentemente para indicar el contraste con las «serranías» y «montañas» y hace resaltar su poca altura y clima caluroso. La colonización y cultivo, según Cieza, quedan restringidos a los valles de los ríos y a las llanuras, los que describe siguiendo la dirección del antiguo camino principal del Inca.

Menos detallada que la descripción de las regiones boreales, pero en absoluto correcta en sus grandes rasgos, lo es la representación de las provincias australes del antiguo Perú, donde la bifurcación de las cordilleras en cordones principales, y la inclusión de poderosas hoyas en altura, y de altiplanicies entre sus crestas fué claramente reconocida por Cieza. Lo demuestra, por ejemplo, su descripción de la región de Cuzco y de la provincia de Collao, con los grandes lagos Titicaca y Aullagas (Caps. XCII - XCV y XCIX). (g) Como «montañas de los Andes» figuran aquí las montañas orientales, luego también la actual «Cordillera real de Bolivia». La cordillera occidental no tiene una denominación propia, sino que es designada como «cabezas de las sierras nevadas», cuyas vertientes alcanzan hasta el Mar del Sur.

Estas impresiones primitivas, pero derivadas de observación personal de Cieza de León, ya demuestran la intención de una ordenación orográfica y de subdivisión de las cordilleras, que el cronista de Indias Juan López de Velasco volvió a tratar en su obra de compilación titulada *Geografía y descripción Universal de las Indias*, y que aplicó en su descripción de las diferentes provincias del imperio colonial español, desde México hasta el Estrecho de Magallanes. (h)

Presenta un prefacio con consideraciones generales, que entre otras trata de la «disposición de la tierra» y en el que dice: «Desde las provincias de Nueva Galicia (i) se eleva una cordillera montañosa, compuesta de cadenas de montañas («una serranía de cordilleras de dos sierras y montañas») que corren hacia el sur, no lejos de la costa del mar del Sur, que atraviesa por toda Nueva España, por las provincias de Guatemala y de la Tierra Firme (o sea Panamá) de donde continúa hasta el Nuevo Reino (j) y a Popayán hasta Quito; desde aquí la una, que se denomina cordillera del Perú, sigue muy próxima a la costa, hasta que termina en Chile, y la otra que es la mayor, y que se denomina cordillera de los Andes, corre a una distancia entre treinta y cincuenta leguas del mar hasta que termina en el Estrecho de Magallanes.»

Respecto de la estructura de la cordillera en el tramo boreal de la América del Sur, hasta cerca del Ecuador, es evidente que López de Velasco no ha poseído conocimientos más exactos. Hace referencia, en general, en su descripción particular de Nueva Granada, que la tierra se encuentra plegada y que el país está tachonado de montañas, cerros, valles y hondonadas. La subdivisión muy reconocible allí de la cordillera en tres o cuatro cordones respectivamente ha escapado a sus conocimientos.

Mejor informado parece estarlo en la representación de la «Audiencia de los Reyes», que abarca la mayor parte del Perú actual. Dice: «Este distrito puede subdividirse en tres clases de constitución geológica, a saber: llanos, sierras y los Andes.» Como llanos indica la planicie de la costa de diez a veinte leguas de ancho, que se extiende desde Tumbes hasta las proximidades de Arequipa. Sierra o serranías es más o menos idéntico con la tierra montañosa que en la actualidad abarca lo que se llama cordillera occidental. Además llama a esta parte «La cordillera», «que son unas sierras altísimas y muy ásperas que van corriendo a lo largo de la costa», lo que

más o menos corresponde a la denominación adoptada recientemente de cordillera marítima. La tercera zona, por último, es la «gran sierra de los Andes», cuyo recorrido general como lo dice: «está dirigido desde más allá de Popayán hasta el Estrecho de Magallanes, y que se encuentra entre cincuenta y sesenta leguas y en trechos a más leguas de la costa del mar del Sur.»

No se precisa hacer presente que el modelo para el establecimiento de las zonas evidentemente debe buscarse en la *Crónica* de Cieza de León, en la que también por primera vez se emplean las denominaciones, llanos, sierras, serranías y Andes, que corresponden a la subdivisión triple de las tierras en Costa, Sierra y Montaña (Montaña boscosa).

La bifurcación de las cordilleras es continuada por Lope de Velasco en su descripción de las provincias de Chile, cuyo límite norte designa en el paralelo de 27°, y en el sur el de 52 Sur, y en el oriente y occidente indica como límites del Mar del Norte y el Mar del Sur respectivamente. Después de hacer algunas consideraciones sobre la población de estas provincias por españoles, deja establecido que la posibilidad de vecinamiento (lo poblado) hacia el oriente, hacia la cordillera de los Andes, (l) es casi imposible y repite que esta cordillera de Santa Marta atraviesa el Perú hasta estas provincias (Chile), y continúa: «Es muy alta, está cubierta de nieve durante la mayor parte del año, y está casi por completo deshabitada, pero de sus faldeos que presenta al mar del Sur principia la tierra apta para vivienda y su aspecto es apacible, de extensión plana y sin particular aspereza.»

Es notable lo que sigue: «Por toda la parte poblada de Chile se extiende la cordillera del Perú, que proviene desde Trujillo, y que corre a través de esta provincia a una distancia de dos a tres leguas desde el mar. . . . hasta la provincia de Chiloé, (m) donde está ubicada la ciudad de Castro, el extremo más avanzado hacia lo despoblado.» Agrega que esta cadena cordillerana aquí no es tan áspera y árida como en el Perú y tampoco tan continua, pues que en muchos puntos queda interrumpida por multitud de valles y ríos que bajan desde la montaña (sierra) y en la mayoría hay buenas tierras para pastoreo y vivienda», etc.

No cabe duda que bajo la denominación de cordillera del Perú quiere significar las cadenas de montañas que pertenecen al sistema de la hoy denominada «Cordillera de la Costa»

de Chile. Por otra parte lo confirma expresamente, pues así por ejemplo, el paraje donde moran los indios guerreros de Concepción, Imperial, Arauco, Tucapel y Purén lo describe como situado en los cerros y hondonadas «de la cordillera del Perú que está cerca de la mar», (*n*) a menudo emplea también la expresión «Cordillera de la mar», «Cordillera que va por junto a la mar» (*n̄*) o que «está cerca de la mar»; en forma semejante en que a la cordillera de la costa se la designa como cordillera marítima

En la misma obra obtenemos referencias respecto de la opinión de este compilador geográfico, en lo que atañe a la extensión hacia el sur de los dos sistemas montañosos. Dice: (*o*) «La cordillera del Perú termina allá donde principia el brazo de mar que se denomina el «archipiélago», al que en el idioma de los indígenas se le denomina «Quilan», pero que también es designado como lago de «Ancud» o de «Chiloé». Esta observación entretrejida en la descripción de la ciudad de Castro en Chiloé, nos indica que el autor sitúa el término austral de la cordillera del Perú o de la cordillera marítima allí donde termina la continuidad de la costa y se resuelve en una sucesión de islas, o sea más o menos por los 42° S., pues bajo el brazo de mar que llaman el archipiélago, hay que entender el mar interior de Chiloé, con los golfos de Corcovado, Ancud y Reloncaví. López de Velasco más adelante explica que en el archipiélago existen más de trece o catorce islas muy grandes, pobladas por indios, entre ellas una (Chiloé) con la ciudad de Castro, y que el brazo de mar penetra tanto en las tierras, hasta que perfora la cordillera, pero no se sabe si avanza más aún. (*p*)

Queda de manifiesto, que aquí donde principia el tramo patagónico de la cordillera vuelven a fallar los conocimientos geográficos del autor. Lo que nos relata sobre Castro y la vida de Chiloé lo funda en las exploraciones del general Martín Ruiz de Gamboa, quien en el año 1567 condujo la primera expedición a través del canal de Chacao y fundó la localidad de Castro en una bahía de las costa oriental de la isla. (*q*)

Por su lado, la cordillera de los Andes alcanza la costa norte de este Estrecho marítimo, como lo indica López de Velasco en su descripción del Estrecho de Magallanes (*r*) y la distancia de cuarenta y tres leguas de su salida al mar del Norte. Como ya lo hemos indicado en otra parte (véase Cap. VI, nota *s*) se apoya en su descripción en los datos de Ladrille-

ro, cuya representación de las costas es considerada por él como muy exacta y correcta.

La distinción entre ambas cordilleras con su diferente delimitación es pues el resultado de una contemplación global del geógrafo oficial. Los participantes en el descubrimiento y exploración del paraje aún no lo sospechan. Queda esto de manifiesto cuando se examinan las relaciones de viaje de los descubridores que hemos mencionado en el capítulo VI, desde Ulloa hasta Sarmiento de Gamboa. Sólo este último intenta un débil empeño para distinguir a la «Cordillera continental» de los grupos de montañas de las islas occidentales, como cordillera del Perú o cordillera marítima, aunque Sarmiento ha debido estar impuesto de la división de las cordilleras en varios cordones paralelos por su residencia y viajes en el Perú.

Una situación intermedia entre explorador independiente y geógrafo constructor ocupa el padre jesuíta José de Acosta que llegó al Perú en 1571, como Provincial segundo de la Orden. En su *Historia Natural y Moral de las Indias* encontramos un capítulo (Lib. III, cap. 20) que trata de las particularidades del país del Perú y en la que repite o más bien amplía la triple subdivisión en tres fajas longitudinales: llanos, sierras y Andes. En un capítulo anterior del mismo libro hace referencia a las cordilleras que parece haber cruzado en varias partes, donde experimentó los desagradables efectos del mal de las montañas. (s)

Que Acosta también acepta una división de la alta montaña en dos cordones principales longitudinales puede deducirse del siguiente acápite: «Lo que se denomina Andes, dice, y lo que se llama sierra, son dos muy elevadas montañas cordilleras («dos cordilleras de montes altísimos») que deben recorrer más de mil leguas, hasta cierto punto paralelas, una a la vista de la otra.» Con mayor claridad que López de Velasco describe el notable apartamiento de las dos cadenas cordilleras en la región de altura del actual altiplano boliviano; «más allá de la ciudad de Cuzco. . . . las nombradas cordilleras se separan entre sí y dejan entre ellas una extensa llanura (dexan en medio una campaña grande o llanadas) que se designa con el nombre de provincia de Collao. Existen aquí cierto número de ríos y el gran lago Titicaca, como también extensas comarcas con abundantes pastos; pero aún cuando la tierra es plana tiene igual altura y es inhospitalaria como la sierra.» (t)

Reconocimiento renovado y una más amplia aceptación ha encontrado el establecimiento de los dos sistemas paralelos de las cordilleras por su incorporación a la obra de don Antonio de Herrera, Cronista Mayor de S. M., publicada por primera vez en Madrid en 1601, bajo el título *Descripción de las Islas y Tierra Firme del mar Océano que llaman Indias Occidentales* y que durante mucho tiempo fué considerada como obra de consulta en lo que dice relación con el Imperio colonial español.

Las indicaciones de Herrera sobre las dos cordilleras, que en una parte distingue (*u*) como «Andes» y «Sierra» en otras, (*v*) como «Cordillera de los Andes» y «Cordillera del Perú», indican íntima concordancia con las partes correspondientes de la *Geografía y Descripción Universal* de López de Velasco que en una y otra parte emplea hasta idéntico lenguaje, de manera que la dependencia del uno con respecto al otro, en el sentido de haber obtenido igual información, no presenta duda. A las descripciones de Herrera, los mismo que a las de López de Velasco, que no conocieron las regiones por ellos descritas del Nuevo Mundo, no se le puede asignar valor de originalidad. Pero son de alto interés en su obra, publicada en 1601, los diseños de cartas, en las que por primera vez aparece una representación gráfica de los Andes, desde la latitud del lago Titicaca hasta las «provincias del Estrecho», o sea, hasta una latitud un poco más al sur del «lago de Ancud o archipiélago de Chiloé.»

El tramo del norte, titulado «Descripción del Audiencia de Los Charcas», presenta con claridad dos cadenas de montañas de curso paralelo desde la latitud de Copiapó hasta el paralelo de 21° y que dejan entre ellas la hoya del Titicaca. La parte oriental lleva la inscripción «Los Andes» y la occidental, de la que fluyen algunos cortos cursos de agua hacia el mar del Sur, la llama «cordillera». En la hoja austral, «Descripción de la provincia de Chile», corre un cordón de montañas continuo desde los orígenes del río Copiapó hasta el Hinterland del lago de Ancud y presenta la inscripción «Los Andes». Numerosas particularidades de la topografía de Chile, de sus ríos, lagos y ciudades, figuran en el tramo entre la cadena de montañas y la costa marítima.

En estas cartas se revela, pues, con exactitud la convicción de que la montaña de los 27° hacia el sur, hasta el Estrecho de Magallanes, es constituida por un cordón unitario, mientras que en las latitudes del actual Chile del norte, de

Bolivia, y del Perú austral, se resuelve en dos ramas que se dan separando paulatinamente y que hay que distinguir por sus nombres propios como «Andes», la de oriente y «cordillera» la de occidente.

Como se ve, la representación cartográfica no deja de diferir bastante con el esquema adoptado al texto de su descripción. Con respecto a una continuación de la cordillera del Perú hacia el sur, más allá de la latitud de Copiapó, o sea, con respecto a una cordillera marítima o de la costa chilena, no encontramos indicación; el desconocido dibujante del diseño, evidentemente con deliberado propósito, ha representado todo el conjunto de la montaña nada más que en el norte.

* * *

El tramo chileno de la cordillera, y la estructura general de las tierras que anteceden a la montaña hacia el oeste, se conocen bastante bien en sus rasgos generalés, con motivo de las interminables guerras de los españoles contra los araucanos, desde mediados del siglo XVI. Podemos citar como testimonio la obra de un oficial español, el Maestre de Campo don Alonso González de Nájera, que completó en el año 1614, después de haber servido en la campaña de Chile durante ocho años, y después de algunos viajes que lo llevaron a una y otra parte de América y también a través de la cordillera. Lleva por título *Desengaño y reparo de la guerra del Reino de Chile* (w) y es de especial importancia para nosotros porque contiene una descripción de los paisajes cordilleranos chilenos y al mismo tiempo de las tierras que los anteceden, derivada de observación personal y no deducida de la geografía de algún cronista español.

En un capítulo titulado «Montuosidad de Chile» manifiesta que fuera de la gran montaña cordillerana («sierras tan grandes y dobladas como son las de la Cordillera Nevada») existen otros cordones montañosos, menos elevados, que llenan el espacio entre aquellas y el mar y que considera como ramificaciones o contrafuertes de la alta cordillera. (x) De la masa caótica del macizo, que como lo dice en otra parte constituye un intrincado laberinto se destacan algunos cordones montañosos («algunas particulares cordilleras») bajo las que, en conformidad a su descripción, deben entenderse las crestas arboladas de la montaña de la costa de Chile austral

pluvioso. También observa que entre los cordones montañosos se encuentran extensos llanos y tierras de lomajes y valles aptos para el cultivo, como el valle de Quillota, al que pone de relieve por su extensión y fertilidad. Pero no se avanza en forma tal para dejar establecida para la región una definida distinción: cordillera longitudinal y montaña de la costa.

Además debe hacerse notar la aseveración del mismo autor de que sus compatriotas emplean la expresión de Gran Cordillera para la alta montaña. También conoce la expresión Andes, pero que considera más propia del Perú y que allí era empleada para designar la elevada cordillera que en su mayor parte acompaña a la costa. (y)

Aunque la descripción de González de Nájera, en lo que se refiere a la parte de la cordillera chilena difiere del esquema de López de Velasco, o del de Herrera, lo hace de manera más definida, la *Histórica relación del Reyno de Chile* (z) aparecida en el año 1646, y cuyo primer libro titulado «De la naturaleza y propiedades del Reyno de Chile» representa la más antigua descripción de la geografía física del país, y que bajo muchos puntos de vista llegó a ser fundamental. Entra aquí en consideración el capítulo V, «De la famosa Cordillera de Chile».

El autor, oriundo de Chile, bien preparado por su residencia en diferentes regiones de su patria y en otras provincias del imperio colonial hispano-americano, hace especial hincapié en la afirmación de Herrera, en que manifiesta la bifurcación de las cordilleras, pero hace valer su propia experiencia de la observación en la estructura de las montañas, y en que hace ver que los cordones cordilleranos, en su extensión hacia el sur, se vienen acercando, y que al alcanzar el dominio de Chile se unen en un cordón único. «Esta, dice, es la opinión de todos los viajeros que atraviesan a Chile desde Cuyo, «lo que él también ha realizado en varias ocasiones.» No se observa la bifurcación indicada de la montaña, la que es constituida por numerosas series de montañas continuas, que hacen de antemurales a ambas bandas a una cadena medianera que las excede en elevación, cuya última es designada con propiedad como «Cordillera». (aa)

En sus consideraciones respecto a la estructura de la montaña hace Ovalle siempre la distinción entre la cadena más elevada, o sea la cordillera propiamente tal, y del macizo montañoso total. A este último, por el recorrido en Chile hasta

el Estrecho de Magallanes, asigna la longitud bastante exagerada de 1500 leguas y un ancho de cuarenta leguas. Además manifiesta que abarca muchas hondonadas («valles intermedios»), o bien, que todo el espacio hasta la costa marítima no es más que una «prolongada y extendida ladera de la montaña.» (bb)

Ovalle, como lo dice, ha obtenido su impresión de la estructura de las cordilleras en el paso de Santiago hacia Cuyo (Mendoza) y no exige haber dado una definición aplicable a todo el sistema de montañas. Por el contrario manifiesta: «Esto es lo que se ve en el camino en esta parte de la Cordillera «pero quién pretende decir lo que puede observarse en toda la restante masa de esta enorme montaña? ¿Quién lo puede saber?... Expongo aquí lo que personalmente he visto». Luego se ha considerado a Ovalle como autoridad, que ha dejado establecida la denominación de cordillera para el cordón más elevado de todo el macizo. (cc) Notamos ya la doble aplicación del término cordillera, que encontramos en todos los exploradores al manifestar su opinión sobre la cordillera. Hay que hacer presente que Ovalle, a pesar de que en su obra de preferencia emplea el término Cordillera como designación global de la montaña, también aplica el nombre de Andes en igual sentido. Se observa en su carta de Chile la nota *ad lectoram* siguiente: «...totius regni (Chile) *Andibus et Australi mari comprehensa latitudo, ubi maxima est, vix gradum sit*», etc. Sin embargo, en la carta falta tanto la denominación Andes como la de Cordillera, que son substituídos por la expresión Vulcani, en letras mayúsculas, a lo largo de toda la cadena. Sólo el trabajo de la carta de Sansón y de otros cambian esta denominación en «Sierra Nevada de los Andes.»

No menos difundida y de igual influencia que el texto de la obra de Ovalle llegó a serlo la carta de Chile que le es pertinente, como consecuencia de las diferentes ediciones publicadas por el cartógrafo francés Nicolás Sansón de Abbeville y sus hijos.

El examen de una de estas ediciones más antiguas, así, por ejemplo, la confeccionada por N. Sansón y reproducida por Pierre Mariette de París en 1656, (dd) que alcanza de los 52 a los 55° S., y que abarca gran parte del oriente de las cordilleras que quedan designadas como Paraguay, Tucumán, Trapalanda y Terre Magellanique, indican un evidente progreso en el conocimiento de la configuración de la montaña.

A decir verdad, la cordillera aparece como una cadena de montañas unitaria de recorrido meridional, desde los 26° S., hasta el Estrecho de Magallanes, que lleva la inscripción «Sierra Nevada de los Andes». En latitud de 25° S., y esto es una innovación notable comparada con las representaciones más antiguas, la cadena de montañas tuerce hacia el oriente del volcán Copiapó, en la línea de los límites surcados por líneas interrumpidas y por fajas coloreadas entre Chile, Perú y Paraguay, limitando por el sur en la región marginal extrema designada como «Atacama Dessert». Es esta como parece, la primera indicación cartográfica del ensanche del sistema cordillerano en el norte de Chile, puesto de relieve por Ovalle, pero queda situado un grado más al norte y la ramificación hacia el oriente en realidad no principia en el volcán Copiapó sino que en el paso San Francisco en 26° 53' S. Es curioso que en esta edición de carta no se encuentren indicios de las ramificaciones hacia el sur y surdeste, al sur de los 27°, y que se extienden hasta muy adentro de las pampas de Tucumán y Cuyo, aunque Ovalle, con motivo de sus viajes, ha debido frecuentar estos parajes en varias oportunidades. Pero es verdad que aparecen éstas en una edición con aditamentos del año 1669, (*ee*) al menos hasta una latitud de 33° S., donde la topografía ha sido completada por el agregado de nuevos detalles (cadenas montañosas, cursos de ríos, manchones de bosques, valles y localidades).

Si se comparan las cartas de Ovalle, respectivamente, de Sansón, con las correspondientes representaciones de los geógrafos de la primera mitad del siglo XVII (Mercator, Hondius, Blaeuw) observamos como notable progreso la incomparable profusión en la ubicación de los ríos, lagos, volcanes y de localidades del lado chileno de los Andes. También el relieve general de Chile no es presentado tan en forma de esquema como en los geógrafos mencionados. Se observa, por ejemplo, en la montaña de la costa el cordón meridional entre los ríos Bío - Bío y Cautín de la cordillera de Nahuelbuta, por cierto que sin denominación. Muchas partes aún son de engorroso dibujo, como el tramo más austral del gran valle longitudinal, que por error es continuado más al sur por el contorno oriental del Mar Interior de Chiloé (lago de Ancud) y que va a terminar en la costa norte del Estrecho de Magallanes.

NOTAS

(a) BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, tomo I, pág. 172; A. BERTRAND, *Memoria sobre la exploración a las Cordilleras del Desierto de Atacama. Anuario Hidrogr.* tomo X, págs. 284 - 5 y carta.

(b) Parte primera de la *Chronica del Perú*, Amberes, 1554, pág. 235 (Cap. XCV). Los propios conocimientos de Cieza de la montaña no se extendieron a los tramos chilenos y patagónicos, pero estaba en posesión de una «copiosa relación» del piloto de la expedición de Camargo (1540) quien con su buque, después de haber franqueado el Estrecho de Magallanes, recaló en varios puertos de la costa chilena (véase cap. v). Esta relación por desgracia, le fué hurtada en 1548, como lo refiere, junto con otros papeles durante la campaña contra Gonzalo Pizarro, de manera que no ha podido disponer de los datos de este importante documento para poder describir los países cordilleranos.

(c) Misma obra, pág. 33.

(d) Misma obra, pág. 65.

(e) Misma obra, pág. 271.

(f) Misma obra, pág. s 93 - 95.

(g) Misma obra, págs. 229, 235, 242.

(h) La obra del autor nombrado, *Cosmógrafo, Cronista de Indias*, fué publicada trescientos años después por don Justo Zaragoza (Madrid, 1894). De la Nota preliminar del editor se desprende que el autor terminó su obra en 1574.

(i) La Audiencia «Nueva Galicia» comprendía todo el NW. del México actual, con las montañas de la Sierra Madre Occidental, que en consecuencia son consideradas dentro del sistema cordillerano.

(j) Se refiere al Nuevo Reino de Granada, o sea, la mayor parte de la actual Colombia.

(k) Misma obra, pág. 459.

(l) Misma obra, pág. 515. Debe observarse que la cordillera de los Andes no es considerada como límite político (compárese cap. v) sino que nada más que como límite de población. Es cierto que López de Velasco no es consecuente, pues pocas páginas más adelante trata de la provincia de Cuyo en ese tiempo del dominio de Chile, con sus centros de población españoles de Mendoza y de San Juan de la Frontera, de los que expresa con toda propiedad de que se encuentran allende de la cordillera de los Andes entre las altitudes de Santiago y La Serena.

(m) En el texto de la edición de 1894 figura «Chile» y es evidente que es un error de imprenta por Chiloé.

(n) Misma obra, pág. 518.

(ñ) Misma obra, págs. 527, 528, 533.

(o) Misma obra, pág. 534.

(p) Misma obra, pág. 537.

(q) La relación de la expedición de Ruiz de Gamboa que apareció en 1575, o sea un año después de la confección de la *Historia de Chile* por LÓPEZ DE VELASCO, y editada por el capitán de campaña y posterior Corregidor de Castro, Alonso González de Marmolejo, presenta el siguiente acápite: «Entre la isla de Chiloé y la Cordillera Nevada existe un brazo de mar cuyo ancho es de dos leguas. Proviene de la dirección del Estrecho de Magallanes, es interceptado por numerosas islas y, desemboca allí donde Martín Ruiz lo atravesó con las piraguas. Desde aquí la costa continúa hasta el Estrecho de Magallanes, es áspera, pero presenta muchos puertos porque el mar alcanza hasta los faldeos de la cordillera («La mar va cerrando siempre con las haldas de la Cordillera Nevada») y hasta el Estrecho no hay extensión alguna donde se pueda fundar un pueblo. (*Colección de Historiadores de Chile*, tomo II, pág. 154.

(r) Misma obra, pág. 546.

(s) ACOSTA, *Historia Natural y Moral de las Indias*. (6.ª edición, Madrid, 1792, tomo I, pág. 192): «Toda aquella cordillera que corre a lo largo de más de quinientas leguas. . . . yo la pasé fuera de Pariacaca, también por las Lucanas y Soras y en otra parte por los Collaguas y en otra por las Cabanas; finalmente por quatro partes diferentes en diversas idas y venidas, y siempre en aquel paraje sentí la alteración y mareamiento,» etc.

(t) Acosta, en págs. 164 - 65.

(u) HERRERA, *Descripción de las Indias*, etc. (Madrid, 1601, cap. XIV, págs. 38 - 39). «Las dos cordilleras de sierras que por todas estas Indias corren al par, tienen gran diferencia. . . . Estas cordilleras se llaman Andes y Sierra. . . . Pasada la ciudad

del Cuzco se van apartando estas cordilleras, dejando en medio una gran campaña que es la provincia del Collao», etc.

(v) Herrera, en otras partes, cap. xvii, pág. 64, «La cordillera de los Andes que acaba cerca del Estrecho y pasa por este Reyno (Chile) muy alta y casi siempre cubierta de nieve. Es toda tierra llana..... salvo donde llega la cordillera del Perú que se va reinatando a dos y tres leguas de la costa.» Una comparación con el párrafo citado de López de Velasco permite reconocer la exacta concordancia de ambos autores. También la descripción de la isla de Chiloé de Herrera (cap. xxii, pág. 66) aparece como, compendio reducido de la *Geografía* de LOPEZ de VELASCO.

(w) *Colección de Historiadores de Chile*, tomo xvi, Santiago, 1889.

(x) «Otros montes, aunque más humildes que proceden de ella..... Llegan por muchas partes a la margen y Mar del Sur, como faldas de la misma Cordillera».

(y) «Una muy levantada sierra a que en aquella tierra (Chile) llaman los nuestros la Gran Cordillera Nevada..... A la grandeza de montes o sierras de aquella cordillera no se igualan los Alpes, ni Pirineos, ni otra sabida cordillera del mundo, a que en todo el Perú llaman los Andes.» (También en págs. 6 - 7.)

(z) *Colección de Historiadores de Chile*, tomo xii, Santiago, 1888.

(aa) Ovalle, pág. 22: «No he visto esta división, sino continuos y perpetuos montes que de una parte y otra sirven de barbacanas y antemurales al que en medio se levante sobre todos, y es el que más propiamente se llama Cordillera.»

(bb) Compárese la suposición muy parecida de González de Nájera (nota 25).

(cc) Particularmente lo hizo resaltar la representación argentina en el Tribunal arbitral de límites en Londres, por razones políticas en la delimitación. (Véase la memoria oficial argentina respectiva, *Argentine Report*, etc., tomo i, pág. 14 y siguientes) y la respuesta en (*Chilean Statement*, tomo i, edición española págs. 150 - 2).

(dd) Le Chili. Tiré de celuy qui Alf. de Ovalle a fait imprimer a Rome en 1646, etc..... Par N. Sanson d'Abbeville, Geogr. ord. du Roy. A Paris, 1656.

(ee) Le Chili. Tiré du W. P. Alf. de Ovalle..... et de diverses Relatiions le plus recentes. Par M. Sanson, Geogr. ord. du Roy. A Paris chez Pierre Mariette..... 1669.